

31/1

354.83 (82) (05.)

POULLETO



REPÚBLICA ARGENTINA

ANALES DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA

SECCIÓN DE INMIGRACIÓN, PROPAGANDA Y GEOGRAFÍA

TOMO I. - NÚM. 1.

554 + 91] (82.65)

VIAJE

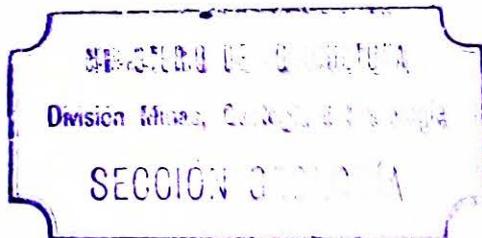
AL

INTERIOR DE TIERRA DEL FUEGO

POR

Eduardo A. Holmberg (hijo)

NATURALISTA VIAJERO DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA



BUENOS AIRES

Talleres de Publicaciones de la Oficina Meteorológica Argentina

1906

INTRODUCCIÓN

Por detalles de la vida burocrática, que no encuentran aquí su sitio más oportuno para ser anotados, estas modestas páginas, perdidas en el fondo de algún cajón de escritorio, esperaban la buena voluntad de un Ministro que ordenara su publicación. Ha pasado el tiempo. Mucho de lo que en ellas dije al escribirlas, para mi satisfacción personal ha sido plenamente comprobado, pero mucho también que era entonces de novedad ha dejado de serlo. Sin embargo, debo felicitar me de que el Señor Ministro de Agricultura haya ordenado su impresión, porque el momento no podía ser más oportuno, á pesar de todo.

Autores—ó que de tales han echado fama—figuran por ahí con un voluminoso libro sobre la Argentina, que sin duda, considerando *bien común* lo que fué hecho á costa del Ministerio y de mis esfuerzos, tomaron los manuscritos de este informe, eligieron lo que más fué de su agrado, lo copiaron, lo publicaron, todo sin comillas, excepto un párrafo, porque, de no hacerlo así, hubiera llegado el caso á su colmo, y de esta manera, sin más sacrificio que el de su conciencia, fueron los primeros en hacer uso de lo que del Ministerio era una propiedad que estaba reservada.

Bien sé que este mi trabajo es humilde más; lleva el sello de lo que para ser escrito ha sido visto—y por esto es que no trepido en dejar constancia, precisamente en estas líneas, de que si algo halla el lector que en el libro á que aludo ha leído, eso, fué escrito aquí primero.

La revisión de este informe ha vuelto á reanimar en mi memoria aquellos panoramas incomparables del Archipiélago Austral, y al contemplar con líneas indecisas, en un fondo sombrío, las seculares cumbres que blanquean eternas nieves, los bosques de tupidos robles, la tranquila expresión de los míseros indios, los majestuosos lagos, las furias del mar fueguino, siento que, de cuantas regiones conocí en la tierra, es la del Fuego la más bella, por sus vibrantes colores, por sus enérgicas formas, por su infinita, misteriosa y profunda armonía; que así como los grandes momentos de la vida quedan perdurables, como quedan los recuerdos siempre gratos, las hondas emociones, las alegrías de sus triunfos, queda de Tierra del Fuego un conjunto tan maravilloso, que hace olvidar al viajero cuantos sufrimientos le exigió en las horas en que se atrevió á penetrar en ella. Por esto, conforme á la placidez del alma le es necesario que pasen por ella en sus evocaciones las imájenes del contento, en la

comprensión de la Naturaleza en toda su magnificencia, aquellas montañas, valles y bosques, son indispensables. No es posible afirmar que se ha visto lo más bello de la tierra, mientras no se ha visitado Tierra del Fuego. Sin ella, la concepción de lo sublime es incompleta.

E. A. HOLMBERG (h.)

CAPITULO I

HISTORIA Y BIBLIOGRAFÍA

Descubrimientos y Exploraciones de los Españoles, Portugueses, Holandeses é Ingleses—Los viajeros modernos—King, Fitz Roy y Darwin, Bove, Fopper, *La Romanche*, Lahille, Gallardo, Nordenskjold y Payró, la South American Missionary Society y sus misioneros. Ushuaia y Río Grande.

En aquel apartado archipiélago en que dán su adiós al mundo los esplendores de la tierra americana, en un poliorama de formas y colores, hacinamiento de islas y laberinto de montañas, ora cubiertas de bosques, ora de nieves, se amontonan también incalculables riquezas, por cuya posesión, el salvaje y el hombre blanco, han luchado durante siglos.

Hay oro en el seno de las montañas; el minero lo busca, removiendo los lechos de los arroyos, de los ríos, y las arenas de las costas marinas; las ricas maderas de sus bosques dan vida en los antros de las selvas á numerosos aserraderos; con las preciadas pieles, la india hace quillangos de guanaco, y el lobero busca en las playas cueros que sólo se pagan con libras esterlinas; los tupidos pastizales de las llanuras se presentan ya rodeados de cercos, se alzan las habitaciones de sus propietarios, se ahondan los caminos las lejanas comarcas australes se desenvuelven rápidamente; todo anuncia el más risueño porvenir, favorecido por las riquezas naturales y aún más por su ventajosa posición al paso de las embarcaciones que, camino del Atlántico al Pacífico, se detienen en sus puertos.

Pero el temido mar del Sur se revuelve en sus canales; á poca distancia unos de otros, vense cascos viejos de barcas naufragas, ó grandes trasatlánticos desarbolados, terribles tributos con que el navegante paga las riquezas que la Naturaleza ofrece á su ambición.

Allí, más que en ninguna otra parte, ante los esplendores del escenario y los despojos del hombre, se siente el deseo de interrogar el porvenir. El mismo cuadro responde invariablemente. Vuelve primero la vista hacia el pasado.

Y efectivamente, no se puede valorar el rápido progreso de aquellas regiones, hoy vencidas por la actividad y el capital, sin conocer la larga lucha, sostenida en aquel suelo, inclemente ayer, y ahora próspero y feliz.

A quien llega por vez primera á enfrentar la entrada oriental del Estrecho de Magallanes, el archipiélago le ofrece un cuadro desolado, que en nada le anuncia sus próximas magnificencias. Sobre la línea monótona del horizonte marino, sólo ve el Cabo de las Vírgenes batido por las olas. Allí, último punto continental de América, el viajero quisiera encontrar un fantástico y enhiesto peñón, en que las gaviotas revolotearan eternamente, y los albatros de largas alas, que anuncian al marino la llegada del buen tiempo, tuvieran su nido, para lanzarse desde él en elegantes curvas, sobre las revueltas espumas de la estela. ¡Nada de eso! Una barranca que se pierde en el confin lejano, larga, siempre igual, sin curvas, sin colores. Y la otra orilla?—La costa de Tierra del Fuego es baja y el mar la oculta en la distancia.

Tal es la entrada del Estrecho que Magallanes descubriera el 21 de Octubre de 1520.

Vino el valiente portugués, *noble de cota y armas*, con cinco buques y 237 hombres. Su viaje inicia la numerosa série de desastres que constituyen la obra del descubrimiento. (1)

La Santiago, mandada por el capitán Serrano, se había perdido en las costas de Patagonia. La más tarde famosa Victoria, fué la primera en percibir el Estrecho, á lo cual se debió que al principio se le diese su nombre.

Habiendo ordenado Magallanes que el paso fuera estudiado, la tripulación de una de las naos se sublevó, volviendo á España. La segunda, de tres que eran las desprendidas de la flota en este servicio de exploración, regresó trayendo noticias de escasa importancia, y al cabo de tres días apareció la tercera, que después de viajar sin tropiezo alguno, traía la suposición de que el espacio recorrido era un paso de las aguas de dos mares.

El 6 de Noviembre de 1510, Magallanes, con las naves que le quedaban, pasó el Cabo de las Vírgenes, yendo á salir á la otra entrada 22 días después.

El océano azotado por el viento del sur que revolvía las crestas de sus olas, lo llevó al Nordeste con celeridad. Las aguas pasaban tranquilas á medida que avanzaba sobre los trópicos...le llamó: Océano Pacífico.

Sobre la márjen izquierda de aquel estrecho que acababa de recorrer, más de una vez vió hogueras de fogones ó señales que hacían los naturales, por lo que á aquella tierra que él fué el primero en considerar una isla, á pesar de lo cual por más de cien años se la creyó un continente, la llamó *de los Humos*. Más tarde Carlos V. se dijo: «Donde hay humo, hay fuego; por lo tanto, se llamará Tierra del Fuego.»

Magallanes fué muerto por los naturales de la isla de Mactan—en el archipiélago filipino y Sebastián del Cano, con sólo 18 hombres, volvió con la Victoria al Puerto de San Lúcar, después de haber dado por

(1)—Arana, Diego Barros.—Vida y viaje de Hernando de Magallanes.—Es una de las mejores obras que sobre el célebre marino se han escrito. Fué publicada en Santiago de Chile en 1854.

primera vez la vuelta al mundo. Las otras naves que habían pasado el Estrecho, la Concepción y la Trinidad, se perdieron en el camino.

El descubrimiento produjo gran entusiasmo en España. Las naves pasarían fácilmente por el Estrecho, en su camino hacia *Maluco*: las Molucas de hoy.

La corte preparó una nueva expedición compuesta de siete buques mandados por García Jofré de Loaysa y que en 1525 (1) se hicieron á la mar.

Traía Loaysa 450 hombres, y después de recorrer la costa patagónica, llegó á las proximidades del Estrecho, al que recién entró á principios de Abril, pues los vientos contrarios se lo impidieron por algunas semanas. Muy poco hizo Loaysa por su parte en este viaje y menos se hubiera hecho á no ser los fuertes vientos que apoderándose de la nao San Lesmes, mandada por Francisco de Hoces, la llevaron hacia el Sudeste, lo que le valió á su capitán descubrir la costa oriental de Tierra del Fuego. Las referencias hechas por Francisco de Hoces, que contó haber llegado á ver al Sur la mar franca, hacen suponer que estuvo en las proximidades del Cabo de Hornos. Loaysa que con los elementos que poseía hubiera podido determinar claramente la forma general de Tierra del Fuego, si hubiese seguido la ruta de la San Lesmes, prefirió pasar el Estrecho; dos de las naos se hicieron pedazos á la entrada y las otras quedaron perdidas al llegar al mar del Sur.

El Capitán de la Santiago, Guevara, no atreviéndose á seguir á las Molucas, se hizo al Norte, en busca de Méjico, pero Loaysa, con sus barcos casi inservibles, se empeñó en cruzar el Pacífico. Abatido por los desastres, y rendido por el sufrimiento, murió en la travesía, llegando su barco solamente á las islas de la Especiería; Urdaneta y la tripulación de este, tras una larga série de aventuras, volvieron á España 12 años después.

De esta manera, el entusiasmo que despertaron los descubrimientos comunicados por la Victoria, desapareció con el fracaso de Loaysa, convirtiéndose las regiones australes, para el espíritu de la generalidad, en comarcas inhospitalarias y temibles.

Sin embargo, fué este un buen pretexto para arreglar en algo las diferencias que existían entre la corte de España y Portugal, pues al contraer matrimonio ambos reyes con las hermanas respectivas, Carlos V. vendió todos sus derechos al rey de Portugal en más de 30.000 ducados.

El animoso Gaboto, al tener conocimiento de que las naos de Loaysa se habían perdido, preparó, ayuyado por la Corte, otra expedición, con el fin de socorrer á los descubridores. Con ella llegó al Río de la Plata, y de allí no pasó.

(1)—Observo que hay errores en las fechas dadas por algunos de los escritores modernos. Payró, p 120, dice, al seguir á Urdaneta, que *en 1525*, lo que me parece bien, pero Rodolfo Cronau que se guía por la Obra de Navarrete «*Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*» lo hace partir en los principios del 1520 ¿Cómo puede ser ese el año si Magallanes murió el 26 de Abril de 1521.?

Hasta el 21 de Septiembre de 1534 en que el portugués Simón de Alcazaba zarpó del Puerto de San Lúcar con rumbo á Magallanes, ninguna otra expedición se había dirigido hacia aquellos lugares.

Aunque portugués, Alcazaba, buen marino, tenía pasados muchos años en servicio de la Corte de España. En cinco meses llegó á la embocadura del Estrecho, entrando por él, pero las continuas tormentas de Enero y los fríos que experimentara la tripulación, á pesar de la época, decidieron á esta á obligar al marino á que regresara, por lo que, abandonando el Estrecho, se vió en la necesidad de explorar el interior de Patagonia, anclando en el Puerto de los Lobos. Esto es cuanto hizo aquella expedición en el Estrecho. Alcazaba murió asesinado por los tripulantes amotinados y su segundo, Rodrigo de Isla, pereció ahogado en el naufragio de la nave capitana.

El poco entusiasmo que en España quedaba, parecía haber desaparecido completamente, á tal punto que ni D. Pedro de Mendoza á quien Carlos V concediera las tierras que se extendían desde el Plata hasta el mar del Sud, con la condición de llegar á él por tierra, lo que parecía más seguro, se decidió á ello, limitándose, como Gaboto, á penetrar en nuestro gran río, donde no pasó menores sufrimientos que los que hubiese hallado en los términos de América.

Esto sucedió en el año de 1535. Recién en 1540, Alonso de Camargo se atrevió á pasar el Estrecho, mas tan rápida y limitada fué la travesía por él, que no habiendo efectuado ni desembarcos ni observaciones, su viaje carece en esa parte de toda importancia.

Pasaron trece años. Pedro de Valdivia, deseoso de facilitar las comunicaciones entre la parte de Chile por él conquistada, y la Corte, evitando largas travesías por el continente y comprendiendo la urgencia que, había en tomar posesión de aquellas tierras, más aún, convencido de que haciendo uso del Estrecho, Chile quedaría más próximo á España que el Perú, envió dos expediciones mandadas por Francisco Villagran la primera, con el objeto de llegar por tierra al Atlántico, y la otra á cargo de Francisco de Ulloa. Este debía seguir por el Occidente patagónico en busca del Estrecho, y llegar también al Atlántico, pero no habiéndolo hecho, tampoco sus trabajos tienen interés para nosotros; quede empero la constancia.

En 1558, el Gobernador de Chile, García de Mendoza, volvió á intentar el estudio de aquellas regiones, cruzando el valle de Arauco, llegando al golfo de Reloncavi y cruzando en bote á la Isla de Chiloé.

Este Gobernador había fletado la San Sebastián y la San Luís, que al comando de Juan Ladrillero salieron de Valparaiso en 1557. Si bien Ladrillero perdió muchos hombres, hizo en cambio, valiosas observaciones.

La San Sebastián, á las órdenes de Cortés Ojea, embarrancó en una isla situada á los 49° 40' de latitud Sud, después de haber sufrido continuos temporales en las costas y archipiélagos de la Patagonia Occidental, y su tripulación hubiera perecido totalmente á no ser la construcción de un pequeño bergantín en el que á duras penas llegó á Valdivia.

Ladrillero con la San Luís, pasando por entre las islas hoy llamadas Campana y Wellington, llegó al archipiélago de Madre de Dios, estudiando tan prolijamente los numerosos grupos de islas del Sud, que cuando King y Fitz Roy, tres siglos más tarde, trazaron sus cartas, tuvieron ocasión de comprobar los excelentes trabajos de Ladrillero.

En el año siguiente, este marino llegó al Estrecho, navegando por él hasta el Atlántico, tomando posesión á nombre de España, de éste y sus proximidades.

Su feliz viaje decidió á los Gobernadores de Chile á enviar nuevas expediciones, entre ellas la de Fernando Gallego, mas como muy pocas fueran de escasos resultados y de fatales consecuencias todas, España perdió nuevamente sus entusiasmos por el Sud. El Estrecho fué olvidado bien pronto; al fin la fábula se hizo dueña de él; se dijo que en su desembocadura había surgido una isla y nadie quiso llevar otra vez á cabo la empresa dudosa de explorarlo.

Un marino que en la historia de los mares del globo ha alcanzado el título de «Primer pirata del mundo», Francisco Drake, héroe y personaje de fantásticas historias, estaba llamado á despertar el Estrecho, imprimiendo nuevo impulso á los viajes de exploración.

Olvidado el Estrecho, Drake comprendió cuán útil le sería en sus correrías, pues no teniendo quien le molestara, fácilmente lo podría utilizar, pasando por él, camino de las costas del Pacífico, cuyas ricas ciudades españolas estaba dispuesto á saquear. Así lo hizo.

Resuelta España á reprimir los saqueos del pirata, indicó al virrey del Perú la conveniencia que había en ello y éste envió á Pedro Sarmiento de Gamboa con dos barcos y 200 hombres, con la orden de apostarse en la boca del Estrecho é impedir el paso á Drake.

Sarmiento de Gamboa hizo el mapa de los archipiélagos del Pacífico, del Estrecho y de las islas próximas á éste, poniendo algunos nombres que aún hoy se conservan. (1)

El éxito de Sarmiento por una parte y por otra la presencia del pirata que otra vez volvía á América, decidieron á la corona á imponer su dominio en el Pacífico, fundando colonias en algunos puntos convenientes, por lo que con veintitrés barcos y 4.000 hombres, salió Sarmiento de Cádiz, para volver bien pronto, pues tan terrible temporal lo sorprendió, que murieron 800 personas y siete buques se fueron á pique.

Otra vez volvió á hacerse á la mar y nuevamente los temporales lo deshicieron, perdiendo 200 hombres más, pero resuelto á llegar de cualquier modo, á costa de inenarrables penurias, pudo enfrentar el Estrecho.

Inútil fué la tentativa. Los vientos contrarios que como á Loaysa lo recibieron, lo obligaron á retroceder hasta Río Janeiro. Desde allí salió con cinco naves y 350 individuos.

(1) El manuscrito de Sarmiento: *“Relación y derrotero del viaje y descubrimiento del Estrecho de la Madre de Dios, antes llamado de Magallanes”*, se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. Comentado y bajo el título de *Viaje al Estrecho de Magallanes en los años de 1579 y 1580* fué publicado en Madrid, el año 1865, por Bernardo de Iriarte.

En esta expedición pudo doblar el Cabo de las Vírgenes y navegar con menos contrariedades. Había empezado ya á desembarcar algunos soldados y colonos, cuando un temporal inesperado, arrancándole las anclas, volvió á empujarlo al mar. Cuatro veces intentaron inútilmente volver á penetrar. El vendaval los devolvía.

Cansado el vice-almirante Rivera—segundo de Sarmiento—se separó de la flota, y, abandonando la expedición, regresó á España con su nave.

Sarmiento, solo, pero decidido á triunfar, pudo al fin levantar un fuerte á corta distancia de su entrada oriental, al que llamó Nombre Jesús. Allí dejó 50 hombres y continuó la navegación.

En el Nordeste del cabo Forward, fundó una colonia que bautizó «Ciudad del Rey Felipe», y en vista de que las provisiones escaseaban regresó á Río de Janeiro, pero en la navegación se apoderaron de él unos corsarios ingleses, llevándolo á Inglaterra.

En su *Australia Argentina*, dice Payró—del que más adelante me ocuparé,—que la expedición de Cavendish, á quien él como otros llama Candish—abre una larga série de otras realizadas por ingleses así como la de Sarmiento cierra con una catástrofe las de los españoles. Entre ellas, son mencionables la del Teniente de Cavendish, Davis, que empujado al Este por los vientos, descubrió un archipiélago que se supone sea el de las Malvinas.

Andrés Merik, que inútilmente trató de entrar al Estrecho, tuvo que regresar á Europa, y Richard Hawkins, en 1593, fué tomado prisionero por los españoles después de cruzarlo.

En 1600, Oliver Van Noort, pasó el Estrecho en su viaje al rededor del mundo y tres años después de Hawkins, se formó en Amsterdam la Compañía Groenlandesa, que, con el pretexto de establecer relaciones comerciales con la India, buscó el paso por las regiones australes de Sud América.

Jacobo Mahn, al frente de cinco embarcaciones, salió de Rotterdam, á mediados de 1598, pasó el Estrecho, pero una tempestad le dispersó.

La embarcación que mandaba Dirk Gherritz, fué arrastrada hasta los 64°, descubriendo la Tierra de Graham, y la que capitaneaba Sebaldo de Weerth descubrió la isla Jason, una de las Malvinas.

Gherritz,—como también observara Drake en su anterior travesía, hizo notar la existencia del mar intermedio entre el archipiélago fueguino y las tierras de Graham. No escapó esto á Isaac Le Maire, que convencido de la mayor seguridad que ofrecía la travesía al Pacífico por aquel mar, mucho más ventajoso que el inhospitalario archipiélago, fundó la Compañía Australiana, que en 1615 envió por aquella ruta La Endragt (Armonía) y la Het Hoorn (el Cuerno) á las órdenes ambas de Willem Cornelissem Schouten. Iba en esta expedición un hijo de Isaac Le Maire, llamado Jacobo.

La Het Hoorn se quemó en la costa patagónica, y la Endragt, después de tocar en la isla de Sebaldo Weerth y en la costa de Tierra del Fuego, enfrentó el Estrecho por el que, encajonándose las aguas de la

gran corriente que por el Archipiélago fueguino da la vuelta, pasar velozes unas veces, otras en revueltos oleages. Al Poniente, pobre en vegetación, ataviadas sus deprimidas barrancas por raquíuticos robles, se tendía la península que, siglos más tarde, llamó Popper Península Mitre y que ellos llamaron Tierra de Mauricio, mientras al Naciente, confusas en la distancia y desvanecidas en las brumas azules, se alzaban las montañas de la Isla de los Estados. A pedido del mismo Jacobo, dióse al paso descubierto el nombre de Estrecho de Le Maire.

Muy poco tardaron en la travesía del Estrecho, pues, al siguiente día, ya navegaban en el Mar del Sur.

El 25 de Enero de 1616, los navegantes habían logrado pasarlo, y el 29 de Noviembre, divisaban las últimas tierras americanas, terminadas en el cabo abrupto y desolado, al que en honor de la ciudad en que nacieron, dieron el nombre de Cabo de Hoorn.

Prisioneros más tarde Schouten y Le Maire fueron llevados á Holanda, muriendo Le Maire en el camino.

El capitán L'Hermite, hizo en los años de 1623 á 1626 una expedición hacia al Estrecho de Le Maire, pero que no fué de importancia.

Animada por el interés que otras naciones se tomaban en el Estrecho, España, que se entusiasmaba por temporadas, envió á los hermanos Nodal; los ingleses por su parte organizaron la expedición de John Narborough y más adelante el capitán Wood, que después de ser atacado por los españoles, regresó por la misma ruta, navegando de ida y vuelta por el Estrecho de Magallanes.

Siguen á este Dn. Antonio de Vea en 1675, los corsarios *Filibustiers*, la expedición de Strongen en 1689, la expedición francesa de M. de Geuner y Froger que tocó en el cabo Forward y dió nombre á la Bahía Francesa y Río Genner, el capitán Beauchesne, que invernó en el Puerto Hambre, M. Marcant que descubrió el canal Bárbara, llegando á todo esto el año 1748 en que por orden del rey Felipe V sale de Buenos Aires la primera expedición que hacia aquellas regiones partiera de esta ciudad. De ésta, en que fueron los padres jesuitas Quiroga, Cardal, Strobl y Falkner, son muy de tener en cuenta los trabajos del último sobre Patagonia.

El almirante Byron, enviado por Inglaterra, pasó el Estrecho en 1764, Wallis Carteret más tarde y el viajero francés Commerson, que en 1767 visitó Tierra del Fuego por vez primera, enviando á su patria grandes colecciones.

Sus trabajos son imprescindibles para los botánicos que de esta isla se ocupen, como que sus estudios son la base de las investigaciones hasta hoy efectuadas al respecto.

Felipe Ruíz Puente, enviado por Bucarelli á Tierra del Fuego, Bougainville y en los años de 1785 y 1786 Antonio de Córdoba, cuya relación es apreciable por su proligidad.

Dumont d'Urville en su viaje á las Tierras de Graham y Oceanía, exploró en 1792 las Malvinas, que por su proximidad tienen grandes semejanzas en su Flora.

Con las expediciones del siglo pasado, se inicia una nueva série de estudios más profundos. Felipe Parker King y Roberto Fitz Roy con el *Beagle* y la *Adventure* hacen las famosas cartas que año tras año perfecciona el Almirantazgo inglés, trabajos correctos, sin los cuales jamás se atreven los navegantes en los meandros del archipiélago fueguino, infaltables en las cámaras de los capitanes, y cuyos autores son recordados y admirados por cuantos han tenido ocasión de comprobar la proligidad con que fueron ejecutados.

Aún hoy se cuenta entre los marinos la constancia con que trabajaron aquellos hombres, con sus dos buques de vela, y la exactitud es tal, que, cuando no ha mucho fué enviado Juan Pablo Saenz Valiente con el acorazado argentino Almirante Brown á hacer el relevamiento del canal de *Beagle*, se hizo una reducción de las cartas de éste último. Superpuesta á la de Fitz Roy, las diferencias eran insignificantes, cosa que no tendría mucho de particular á no tenerse en cuenta la rapidez del trabajo de Fitz Roy y los inconvenientes con que tuvo que luchar durante sus exploraciones.

Con Fitz Roy vino el naturalista Carlos Roberto Darwin.

Más tarde trabajó en el archipiélago el comandante Mayne.

El comandante Luis Piedra Buena, dejó fama entre nuestros marinos por su conocimiento de los canales y costas del Sud.

No he de pasar por alto la expedición francesa del *Astrolabio* (1837) que trajo á su bordo á Jacquinet, Hombron y Le Guillon, que han hecho interesantes estudios de esta región.

J. D. Hooker, botánico en la expedición del *Erebus* y el *Terror*, publicó «*Flora Antarctica*».

Para quien se ocupe de botánica, es de suma utilidad la obra de Roberto Cunningham: «*Notes of the natural history of the Straits of Magellan and west coast of Patagonia*».—Edimburgo 1871.

El 25 de Diciembre de 1881, Giacomo Bove, compañero de Norden-skjöld en su famosa expedición á las regiones polares árticas, salió de Montevideo con rumbo al Sud, en la *Cabo de Hornos*, mandada por Piedra Buena, y su expedición auspiciada por el Gobierno Argentino y por el Instituto Geográfico, estudió la Isla de los Estados y parte de Tierra del Fuego, publicando á su regreso los informes generales de Bove, de Domingo Lovisato, hombre de ciencia y geólogo de fama, de Decio Vinciguerra, zoólogo y botánico, los dibujos, muy malos por cierto del teniente J. Roncagli, pintor y fotógrafo, y el resultado de las colecciones hechas en dicho viaje por el botánico Dr. Carlos Spegazzini.

A los trabajos del Dr. Spegazzini, débense agregar los muy buenos del Dr. Nicolás Alboff, publicados en el Museo de La Plata.—«*Contributions à la Flore de la Terre de Feu*»—1896.

Recomiendo á quien tenga que estudiar nuestro lejano Sud, el conocimiento de la obra de Bove.

Ramón Lista, poco después, viajó por Tierra del Fuego, llevando de capellán al hoy monseñor Fagnano.

No es su libro de gran utilidad por la poca preparación de su autor,

pero en él se notan algunas pinceladas de bastante realidad. Sin embargo, hay que tomarlo con cuidado.

Fagnano volvió á Tierra del Fuego, descubrió el soberbio lago C'ami y le dió su nombre, por el que hoy es conocido. Predicó entre los onas, y los resultados de sus correrías fueron bien prácticos, pues fundó una misión salesiana en la Isla Dawson y otra en Río Grande, dedicando su vida á civilizar y recoger indios.

Popper dió conferencias, hizo un mapa de la isla tomando los contornos del de Fitz Roy, é instaló los lavaderos de oro del Páramo.

En 1883, la Romanche hizo relevamientos tan excelentes como los de Fitz Roy, y más tarde el Dr. Fernando Lahille publicó algunos de los resultados de su interesante viaje por los canales, en los anales del Museo de La Plata.

En breve, de este mismo autor, se publicará un estudio sobre los Onas de Tierra del Fuego.

Debo citar aquí la colección de artículos que vieron la luz pública en el Sud América, hermosa descripción del archipiélago, que su autor José Manuel Eizaguirre reunió en un tomo en 8.º menor (1). Aumenta el valor de este trabajo el hecho de que Eizaguirre ha dado preferente atención á la parte chilena, haciendo una descripción de la vida y desenvolvimiento de Punta Arenas, y estableciendo sensatas comparaciones entre la vida argentina y la chilena en el lejano Sud.

También el Sr. Mariano Tello ha publicado su viaje por los canales fueguinos y hay en él paisajes bien sentidos y escenas de hermoso realismo.

Después de Piedra Buena, sus discípulos vuelven á los canales; luego les siguen otros y los buques de nuestra escuadra, confundidas sus banderas con las de innumerables naciones que surcan aquellas aguas, contribuyen día á día al mejor conocimiento de esas regiones, formando, en el caprichoso escenario, marinos avezados á las luchas del mar.

Chile, por su parte, convencida de la importancia vital que para ella tenía el Sud, emprendió largos y sabios estudios de los canales, instalando en el Estrecho una flotilla de escampavias, que al mismo tiempo que hacen estudios marinos, los completan con las diferentes ramas exigidas por la ciencia de la marina moderna.

Numerosas partidas de loberos recorren las escabrosas rocas del archipiélago, guiadas por cartas parciales y admirablemente detalladas, difíciles de obtener, y en las que más de una sorpresa hallarán los geógrafos el día que sean conocidas.

Los mineros, en pequeños grupos, viajan por las costas del Atlántico que á Tierra del Fuego baña por el oriente y á veces se internan costeano los ríos y chorrillos.

En 1896, la Comisión Argentina de límites con Chile cruzó Tierra del Fuego de Norte á Sud, trazando la línea divisoria y trayendo un buen mapa de la porción estudiada.

(1) Publicado en Córdoba en 1897.

En el siguiente año, el ingeniero Eduardo Gironde viajó por el interior, recorriendo las orillas del Río de la Turba desde sus nacimientos hasta su confluencia con el Río Grande y haciendo observaciones, especialmente astronómicas, que es de lamentar no hayan sido publicadas aún.

Carlos R. Gallardo, al regreso de sus dos viajes, ha dado conferencias con proyecciones luminosas, haciendo conocer los magníficos panoramas y escenas del Sud. Su compañero de viaje, el Dr. Roberto Dabenne, escribió un libro sobre los resultados zoológicos, que se ha publicado en los Anales del Museo Nacional de Buenos Aires.

El Dr. Pedro Gori dió también, invitado por la Sociedad Científica Argentina, una hermosa conferencia.

Anteriormente, en los años de 1895 á 1897, Otto Nordenskjöld, hizo un largo viaje por el Sud y este es, á mi juicio, uno de los más importantes, por el cúmulo de datos científicos, por lo mucho que vió y recorrió y por la preparación del viajero y del buen personal que lo acompañaba. Entre todos, fué él, quien primero nos dió á conocer el interior de la Gobernación de Tierra del Fuego, internándose hasta el grupo de lagunas centrales que llamó Lagunas Suecas, y llegando á los primeros cordones del norte del Fagnano.

Sin embargo, Nordenskjöld no ha dejado de cometer errores en la parte topográfica, sumamente justificables, cuando se confrontan sobre el terreno mismo.

Más adelante me ocuparé de ellos, con el cuidado que el caso exige.

Su obra, publicada en Estocolmo en 1898, bastante rara entre nosotros (1) trae entre otros un mapa geológico y otro de la difusión de las nieves en la época glacial, cortes geológicos, fotografías y dibujos de zoología y botánica, ocupándose de estas materias en extensos capítulos que dan cuenta del trabajo efectuado por sus ayudantes. *Le Tour du Monde*, ha reproducido muchas láminas y varios artículos del ilustre viajero.

Roberto J. Payró, nos ha dado en la *Australia Argentina* su mejor obra, pues con la soltura de su estilo admirable, ha trasportado á sus páginas, tanto la Tierra del Fuego objetiva cuanto subjetiva.

En el sentido literario, es lo mejor que sobre aquello se ha escrito.

No habrá en su libro la sapiencia de los autores científicos que fueron, en el transcurso del siglo pasado, á hacer investigaciones de detalle; no fué esa tampoco su intención. Hizo un libro de meditación y de pintura, tan altamente real, que el viajero, al recorrer sus páginas, vuelve otra vez á ver, con la claridad de las evocaciones, aquellas arboledas seculares de colores vibrantes, aquellas montes siempre nevados, sobre el fondo de los cielos cargados de nieblas.

La costa patagónica, Puuta Arenas, Monte Sarmiento, Ushuaia, Buen

(1) Existe en la Biblioteca del Museo Nacional.

Suceso, San Juan del Salvamento y Puerto Cook, están impregnados con el perfume de los bosques y el rumor del mar, nebulosos, tristes, lejanos...

No ha perdonado detalle: cuantos al leerlos parecen efectos literarios, son verdades. Todo lo ha visto y todo lo ha dicho. Es un libro escrito con cariño. El mismo Payró me decía: «Yo he observado hasta el color de las sombras que proyectaban las piedras de las costas.

«Patagonia—dice—hará su camino, más lenta, más rápidamente; según la sabia ó desacertada dirección que le impriman los gobiernos. Pero lo hará. En aquellas inmensas soledades,

Le douteur ne voit rien, le penseur y trouve un monde,

El mundo de mañana, asilo de la libertad y escenario del progreso.»

Todas estas páginas de la historia del archipiélago—inclusive naturalmente Tierra del Fuego—pertenecen á la vida momentánea. Y si bien es cierto que desenvuelven el conocimiento del territorio, apenas éste es visitado en su interior por uno que otro individuo relativamente audaz, que se atreve á cruzar el dominio de los onas.

Tierra del Fuego ofrecía un interés principal: sus costas, por las razones expuestas al principio de este capítulo. Mas, dueño ya el hombre civilizado de la Patagonia, con una ciudad en ciernes—Punta Arenas—y una isla como Tierra del Fuego, cuyas riquezas se le ofrecían abundantes, comprendió su porvenir arrebatándola al dominio del salvaje.

La desgracia que se había cernido sobre las embarcaciones, desembarcó con él, y sus primeros avances no debían ser menos horribles, dando rasgos de naufragos á los que vinieran como pobladores y uugiendo con martirios á los valientes misioneros. Una institución y un hombre se destacan en la historia de Tierra del Fuego: la South American Missionary Society y Julio Popper.

La primera en el Sud, perdiendo uno tras otro en manos de los indios á sus sacerdotes; el segundo, sin abandonar por ello sus intereses particulares,—en lo que hizo bien—luchando constantemente en la propaganda por el mejor conocimiento de la gobernación, escribiendo libros, dando conferencias, publicando mapas, combatiendo con decisión los juicios erróneos, y destruyendo los informes de más de un viajero.

El Reverendo Lawrence, de la misión de la península Gable, contó á Payró la historia de aquellos lugares, y ella es tan interesante que no puedo sustraerme á la tentación de transcribirla:

«Un ex-oficial de la marina real inglesa, el capitán Allen Gardiner, salió de Liverpool el 7 de Septiembre de 1850, á bordo de la *Ocean Queen* (Reina del Océano).

Iba enviado por la South American Missionary Society, con el objeto de que fundara una misión en las costas más australes de la América del Sud, para catequizar á los indígenas, y lo acompañaban un misionero, un médico y cuatro ayudantes.

Después de una larga navegación en que se sufrieron serios contratiempos, Gardiner y sus compañeros desembarcaron dos meses más tarde en Banner Cove, puerto de la isla Picton.

La *Ocean Queen* les dejó provisiones para seis meses, dos balleneras y dos botes pequeños para su movilidad, armas y municiones, etc., etc.

Los intrépidos misioneros quedaron solos en aquel país desconocido y entonces inhospitalario, pero llenos de la noble resolución de llevar á cabo la tarea emprendida.

La Isla Picton, que se encuentra en el extremo Este del Beagle, entre Haberton y Sloggett, no ofrecía recursos para la subsistencia. Los yaganes, por otra parte, hostilizaban á los misioneros que habían ido á establecerse en su territorio. Las provisiones comenzaban á escasear, las esperanzas de recibir ayuda de Inglaterra se hacían más problemáticas, y la situación iba presentándose insostenible.

En este trance, Allan Gardiner resolvió abandonar la isla, para ir á establecerse con sus compañeros en lugares más hospitalarios.

Tomó sus barquichuelos, embarcó en ellos los pocos víveres que le quedaban y pocos meses después de su arribo á Banner Cove, salía de allí para ir á buscar la muerte en Bahía Aguirre.

Dirigióse Allan Gardiner, en efecto, á dicha bahía, que se halla á unas treinta millas al Este de Picton, en la angosta punta que Tierra del Fuego avanza sobre el Atlántico. Desembarcó allí, en un sitio que le pareció conveniente, pero luego resolvió dirigirse al Puerto de los Españoles, situado en la misma bahía.

Por si llegaba algún buque de Inglaterra en socorro y llevándole provisiones—desgraciadamente se habían agotado ya cuantas tenían,—dejó sobre una piedra la siguiente inscripción:

Dig below

Go to Spaniard's

Harbour.—March 1851.

«Cave al pié. Vaya al Puerto de los Españoles. Marzo de 1851.»

Al pié de la piedra enterró con las precauciones del caso, para que se conservara, un papel que contenía este angustioso llamado:

«Si Vd. marcha por la playa, milla y media, nos encontrará en el otro bote amarrado en la boca del río, en el extremo de la bahía, lado Sud. No tarde, porque nos estamos muriendo de hambre.»

Desgraciadamente este pedido desgarrador de auxilio iba á conocerse demasiado tarde.

La muerte más horrible aguardaba á los infortunados y valerosos misioneros.....

El buque «Dido», de la escuadra inglesa, que iba á llevarles provisiones, llegó al escenario de aquel drama el 6 de Enero de 1852, muchos meses después de la catástrofe.....

Guiados por la inscripción y por el rumbo que señalaba el papel enterrado, los tripulantes de la «Dido» fueron en busca de los cadáveres, pues no otra cosa esperaban encontrar.

Lo primero que encontraron en el Puerto de los Españoles fué los

cuerpos insepultos del capitán Allan Gardiner y del misionero Mardoment. Más lejos, en la boca del río, estaban los cuerpos del médico Williams y del pescador John Pearce....

El hambre había dado trágico fin á la primera tentativa de civilizar á los fueguinos!

Haciendo honor al desgraciado capitán, la South American Missionary Society, dió su nombre á una goleta, que envió dos años después á las órdenes del capitán W. Parker Snow y en la que venían el misionero G. Phillips y el Dr. Ellis.

Esta expedición fundó una misión en las Malvinas, que fué el punto céntrico de los trabajos que nuevamente se emprendían, pues de allí salió para el archipiélago la Allan Gardiner, recorriendo los canales y entablando relaciones con los fueguinos.

El 1.º de Noviembre de 1859, la goleta llegó á Wualaia, trayendo ocho personas, entre las que venía un misionero.

Sin temer á los indios que se les presentaban tranquilos y amistosos, desembarcaron; mas éstos, echándose repentina y traidoramente sobre ellos, los asesinaron, salvándose solamente el cocinero que había quedado abordo.

Tal fué el final del segundo intento.

A pesar de estos dos fracasos, la South American Missionary Society envió en 1862 al reverendo Stirling, que hizo construir una pequeña habitación en la península de Ushuaia, donde en 1863 se instalaron el misionero Thomas Bridges y John Lawrence.

Desde entonces, los indios, comprendiendo lo útiles que les eran los misioneros, y convencidos de que no se les hacía daño alguno, entablaron continuas y amistosas relaciones, convirtiéndose en buenos colaboradores de la misión. Dominados estos así, los capitales particulares concurren al canal de Beagle, se hizo á Ushuaia capital de la gobernación; el misionero Bridges que había obtenido excelentes resultados con las ovejas traídas á Ushuaia desde Malvinas, se estableció sobre el Beagle en Puerto Harberton; Luciano Ravier instaló un aserradero en Lapataia, propiedad hoy de Adan Zavalla y Cía.; en los alrededores de la misión de Ushuaia se fundaron pequeñas casas de comercio, y, aumentada la población con el personal de la gobernación, Ushuaia tomó el aspecto de un pintoresco pueblo al pié de las montañas.

Tal fué en líneas muy generales, la entrada de la civilización al Sud de Tierra del Fuego. Si no tan trágica, no fué ella menos costosa en la parte Norte, en que, cubierta la llanura de extensos pastizales, el territorio ofrecía hermosas promesas.

Más, el temor á los indios que tan indómitos se habían mostrado sobre el Beagle, detuvo largos años á los pobladores. Al fin la misión Salesiana de Punta Arenas é Isla Dawson, hace cosa de unos quince años, intentó hacer la primera entrada al Norte de la Isla, enviando misioneros y estableciendo una misión á poca distancia de la boca de Río Grande.

No hay que olvidar á Popper, en el Páramo, ni tampoco, las iras despertadas por los *exploradores científicos* y mineros, que habían cometido

atrocidades con los indios que buenamente se les habían aproximado. La misión de Río Grande se incendió, por lo que los padres salesianos se vieron forzados á cambiar de lugar, aprovechando esto para instalarse en las proximidades del Cabo Domingo, sobre el Atlántico, región que la práctica les había mostrado como más excelente, pues sabido es que la nieve es menos fuerte en esos lugares bajos y próximos al mar.

La presencia de los misioneros y la tranquilidad de los indios, animó á algunas personas, y así, como si la misión hubiera sido una planta que hubiese echado sus retoños, poco á poco se fueron aproximando los estancieros y fuéronse formando los establecimientos que hoy tantas esperanzas nos hacen concebir respecto de aquel territorio.

José Menendez, y la Explotadora de Tierra del Fuego, son trabajadores de la primera hora.

Convertido Río Grande en subprefectura; fundada la misión sobre la costa; instalada una comisaría, casas de comercio y las casas de la 1.^a Argentina (estancia de Menendez), se ha formado allí un importante centro de población, que á mi juicio es de mayor porvenir que Ushuaia y en el que, si bien no ofrece la ventaja de tener como esta un puerto para grandes buques, sinó dos, el de Río Grande y el de Cabo Domingo para pequeñas embarcaciones, por lo que muy bien pueden y son servidas las necesidades de la localidad, la gobernación se verá bien pronto en la necesidad de trasportar allí la capital, pues, por la naturaleza misma del Territorio, se encuentra este, la mayor parte del año, sin capital en su mayor extensión.

No es mi deseo determinar si el porvenir real está en el Norte ó en el Sud. Las producciones son bien distintas, como distintas son también en todo sentido ambas regiones.

Pero lo que es un hecho, es que Ushuaia, al otro lado de la isla, lejos de las rutas seguidas, á penas visitada por los buques nacionales, y por una que otra embarcación que se atreve á entrar á los canales, con sus comunicaciones por tierra interrumpidas en todo el invierno por la nieve, dejará bien pronto de ser capital, pues que el gobierno nacional debe hacer sentir su influencia allí, en el Norte, en el foco de la producción fueguina, donde están las estancias, verdadera y perdurable riqueza de Tierra del Fuego.

Veo que insensiblemente, me he apartado de los motivos de este capítulo y vuelvo al tema.

Mi objeto, al escribirlo, fué principalmente demostrar, que, pues recién en estos últimos años, mitad del siglo pasado, el suelo de Tierra del Fuego empieza á producir, aquella isla no ofrecía mayor interés que el de sus costas, razón por la cual, atendiendo á esa única necesidad, sólo ellas eran recorridas. Y que, cuando se trató de ocuparlas, el misionero se destacó de avanzada, trayendo en pos de sí los capitales y fué bajo su protección que se formaron los establecimientos que hoy existen.

Si esa es la historia de Tierra del Fuego, y pues quedan aun terrenos que invadir, ningún paso más seguro que el que se dá con la experiencia del pasado.

Y pues, fueron los misioneros quienes catequizaron al salvaje; hágase lo posible para que una misión establecida lejos de los puntos hoy poblados, sobre la costa Norte del Fagnano mismo, reúna los restos de indios que quedan, y así, seguro el extranjero de no ser molestado en su propiedad, como invadió el Sud y el Norte, lo veremos radicarse en el centro de Tierra del Fuego. No es sin embargo, éste, el único procedimiento práctico. Entre los hombres que tienen allí sus capitales, pueden establecerse dos grandes diferencias, los que la explotan sin que en ello obtenga el país provecho alguno y los que, trabajando, benefician al mismo tiempo á los indios, á la región, á la Argentina. Es á éstos, á los que, en primera línea, recomiendo á la consideración del Ministerio. Estudiados, conocidos, facilitar su prosperidad, es hacer la de Tierra del Fuego.



Canal de Beagle.

CAPÍTULO II

Las montañas—El Sarmiento.—Los lagos Faguano, Jhu y Ch'eépel.—Equivocaciones geográficas—
La nomenclatura de los ríos.—Los ríos Cullen, Sau Martín, Carmen Silva, Grande, Turba,
Menéndez, del Fuego, Ewan, Irigoyen, López, Cerri y Yofre.

La Cordillera de los Andes, en su recorrido longitudinal del continente americano, se prolonga en una dirección constante, formando varios nudos cuyas cadenas se abren y extienden unas veces al Oriente, y otras al Occidente, disminuyendo gradualmente de altura, y subdividiéndose á su vez, abarcan dilatados territorios.

Los macizos del Norte de la Argentina, Bolivia y Colombia, aunque constituidos en su mayor parte por rocas de otros períodos, tienen en su estructura muchas semejanzas con el nudo del archipiélago fueguino.

Difícil es descifrar la historia de aquellas montañas. Grandes conmociones alzaron sus cumbres sobre la superficie del Océano y no menores cataclismos las volvieron á sepultar bajo las olas.

De dónde vienen? Cuáles son sus cabeceras?

La expedición del Bélgica al Polo Sud, pudo ligar la geología de nuestro lejano Sud con la parte polar correspondiente al continente Americano en la región por ella recorrida, de manera que en las primeras edades, muy probablemente, América se prolongaba hasta aquellas extensiones hoy heladas, sosteniendo una cadena continua de cumbres, cubiertas actualmente por las corrientes antárticas.

A ese sistema orográfico debieron pertenecer las actuales islas Shetland, como pertenecen y se corresponden con las cadenas de Tierra del Fuego las montañas de la Isla de los Estados, indudablemente unidas á la anterior hasta la formación del Estrecho de Le Maire.

Mas no tan sólo en esa dirección se extienden las cadenas australes. Este nudo se prolongaba al naciente en mayor extensión de la visible y á ello hace referencia Julio Popper, al explicar la existencia del oro en las costas de Tierra del Fuego y Cabo de las Vírgenes. (1)

«A todo lo largo del litoral atlántico de Tierra del Fuego, hay extensos bancos sub-marinos, á veces de muchas millas de ancho, restos de montañas que desaparecieron en pasados períodos geológicos; son enormes depósitos de piedras, cascajo y arenas, constituidos por cuarzo

(1) Popper Julio.—Conferencia en el Instituto Geográfico Argentino. Ver Boletín. Tomo núm. 12.

y cuarcita, pórfidos graníticos y felsíticos; por diorita, serpentina, sienita, traquita y anfibolita, en los que abunda el óxido de hierro magnético, el hierro titánico, las piritas de hierro y en los que se hallan diseminados en pequeñas proporciones granates y rubíes diminutos, escamitas de platino y pepitas de oro.

Este oro esparcido en la inmensa masa de los residuos minerales que lo envuelve, sería difícil de extraer de las profundidades en que se encuentra y estaría perdido para la humanidad si las olas del Océano, si la Naturaleza misma no se encargara de ponerlo al alcance del hombre.»

Cuando se tiende la mirada por el panorama montañoso de las islas fueguinas, se siente estar, desde el primer momento, en presencia de un escenario que ha experimentado grandes transformaciones. Sus crestas empinadas, agudas casi siempre, sus plegamientos verticales ú ondulados, la trasposición en el orden de las capas geológicas, los precipicios y la confusión de las cadenas, hacen de aquel nudo un laberinto, en el que en revuelta confusión se amontonan las edades.

El enfriamiento continuo de la tierra disminuía su volúmen, las altas temperaturas interiores producían las erosiones subterráneas.

¿Fué en los términos de los tiempos terciarios?

¿Fué en los comienzos de la era moderna?

Frente á Ushuaia, en las cadenas del Oeste de la isla Navarino, formadas por inmensas moles de granitos cuarzosos se presentan bien claras y definidas las capas plegadas sobre sí mismas, como si la presión en dirección del actual Norte y Sud, las hubiese trabajado.

Parece que en esa transición entre los tiempos terciarios y la era actual, correspondiente á la que produjo los hundimientos que inclinaron hácia el Este el suelo patagónico, la corteza de la tierra sufrió allí numerosas dislocaciones, produciéndose una série de canales que los aluviones han ido cubriendo paulatinamente, como sucede con los ríos del Sud de Santa Cruz, en cuyas barrancas, cuando están desprovistas de vegetación, suelen hallarse sus indicios.

El Magallanes y el Beagle, pertenecieron también á estas inmensas grietas.

Así asomaron en las faldas de aquellas montañas las más antiguas rocas.

Así la Era Arcáica que no existe en los Andes septentrionales, pero sí en la cordillera de la costa, vése en los contrafuertes australes y cordón central contíguo, el Paleozóico surge bien caracterizado en las Malvinas, nada se ha visto del período cámbrico, pero entre los estratos de estas islas, indudablemente pertenecientes al nudo austral, se tienden las rocas del período Devónico.

El período carbonífero, también está representado en el Sud, por vetas que, según los propietarios de las minas en explotación, corren de Norte á Sud, desviándose al Sudeste para entrar á territorio argentino, en el Sudoeste de Tierra del Fuego.

En Punta Arenas se explota una mina. Los carbones de Tierra del Fuego se están estudiando en Londres.

Es muy probable que pertenezcan al carbonífero superior.

La Era Mesozóica tiene en el Sud sus representantes, como debe tenerlos el Pérmico.

El Cretáceo ocupa también una parte de las regiones australes, y según Darwin, los esquistos arcillosos del Puerto Hambre y Estrecho de Magallanes pertenecen probablemente al Cretáceo inferior.

La Era Cenozóica ha tenido allí un hermoso teatro, como lo atestiguan sus revueltas rocas.

Grandes glaciares han trabajado allí, y rastros de los ventisqueros son las moles de 80 metros cúbicos, de bloques erráticos, que asoman á largas distancias de las montañas. Aunque en el Territorio de Tierra del Fuego estos están dispersos por toda su extensión, en la parte norte son más abundantes y de mayor tamaño, observándose la llanura, cubierta por ellos en tal cantidad, que, en la distancia, hay lugares en que su aspecto semeja poblaciones con sus casas pintadas de blanco. Su mayor abundancia se nota especialmente en las proximidades de la bahía San Sebastián y entre ésta y Bahía Inútil, lo que se ha llamado Valle de San Sebastián.

Pero si en el intermedio de las dos edades antes indicadas evolucionaba bruscamente el Sud de Santa Cruz, en cambio, en el período carbonífero recién surgió del mar la Isla de los Estados,—«arrancada violentamente de la cadena de los Andes y doblada casi en ángulo recto hácia el Oriente»—según la expresión del Profesor Domingo Lovisato (1) para quien el sistema montañoso de la isla se bosqueja en el Devoniano superior, para formarse en el Carbonífero, lo cual interpone, entre ambas épocas, los largos períodos Secundario y Terciario.

Según él, es una masa primitiva aunque no muy antigua, que sucesivamente han trabajado las aguas del mar y las nieves de las cumbres actualmente en estado de solevantamiento sensible, que comenzó en la última época glacial.

Como la Isla de Tierra del Fuego, la de los Estados, desprendida de la anterior, tiene sus cadenas formadas por rocas semejantes.

Poco complicadas ambas, se reducen las formas litológicas á la «esquistosa y á la cuarcítica de naturaleza porfírica» aunque éstas se presentan en numerosas variedades.

Los micasquistos que se encuentran en Tierra del Fuego, no se hallan en la Isla de los Estados, así como tampoco las rocas calcáreas, más se encuentran en ambas los esquistos filíticos oscuros, los calcosquistos, los esquistos grafíticos, los esquistos cuarcíferos, los arcilloesquistos, esquistos pizarreños, etc. (1)

También son exclusivos de Tierra del Fuego con relación á esta isla, el gneis y los granitos y muy posiblemente, en las cadenas centrales, hay pórfidos.

Menciono á continuación las principales formas litológicas de las montañas australes.

(1) Expedición Bove.



Isla de los Estados

Granito.—Tierra del Fuego, desde el S. O. del Monte Sarmiento, toda la parte occidental de la isla, islas occidentales, Santa Inés, península de Brecknock, islas Stewart, Londonderry, Hoste, Dumas, Pasteur, Wollaston, Navarino, Lennox y Nueva, llegando hasta la de Cabo de Hornos.

Diorita.—Faldas del Monte Sarmiento.

Dioríticas y sericiticas.—Hoste y Navarino.

Cuarzos, piedras arcillosas y carboníferas.—Canal de Beagle y casi toda la isla de los Estados.

Piedras verdes cloríticas.—North West Arm, Canal de Beagle y Yandagaia.

Rocas porfíricas blancas.—Canal de Beagle desde Ooskoovia á Navarino.

(El mapa geológico de Nordenskjöld lleva esta inscripción sobre la Cordillera Carlos de Rumania:

«Disturbed Crystalline rocks», denominación que da también á las cadenas del norte del Fagnano, salvo la última, cabo Peñas y sus proximidades y parte norte de la península Mitre, que considera de la formación terciaria).

En minerales se encuentra:

Oro.—Región oriental de la isla de los Estados, faldas del Monte Richardson, canal de Beagle, costa atlántica de Tierra del Fuego y lecho de muchos de los ríos de esta isla, como Río de Oro, por ejemplo.

Plata.—Puerto Cook.

Plomo.—Isla de los Estados.

Bisulfuro de hierro (cristaloide ó compacto) Isla de los Estados y Tierra del Fuego.

Carbonato cálcico.—Isla de los Estados, Tierra del Fuego, inclusive bahía de Ooskoovia.

Sulfato de Bario.—Isla de los Estados.

Granate.—Monte Darwin.

Lignita.—Isla de los Estados, Punta Arenas y bahía Sloggett. (*)

Turba.—Abundante en la Isla de los Estados y toda Tierra del Fuego. (**)

Examinadas en conjunto las cadenas que cubren el archipiélago en la parte comprendida desde el Estrecho de Magallanes hasta la Isla de los Estados, producen el efecto de tener un punto central del cual partieran en diferentes direcciones. Este centro es el Monte Sarmiento, de 7330 pies de altura, el más hermoso de todos, cubierto de nieve desde sus dos cúspides hasta el nivel del canal Magdalena que pasa á sus pies, el monte Buckland de 4000, á su Noroeste y las cumbres nevadas de sus alrededores, más bajas que estos, debido en parte á las dislocaciones y hundimientos, que elevaron sobre sus faldas las aguas del Magdalena y Sonda del Almirantazgo.

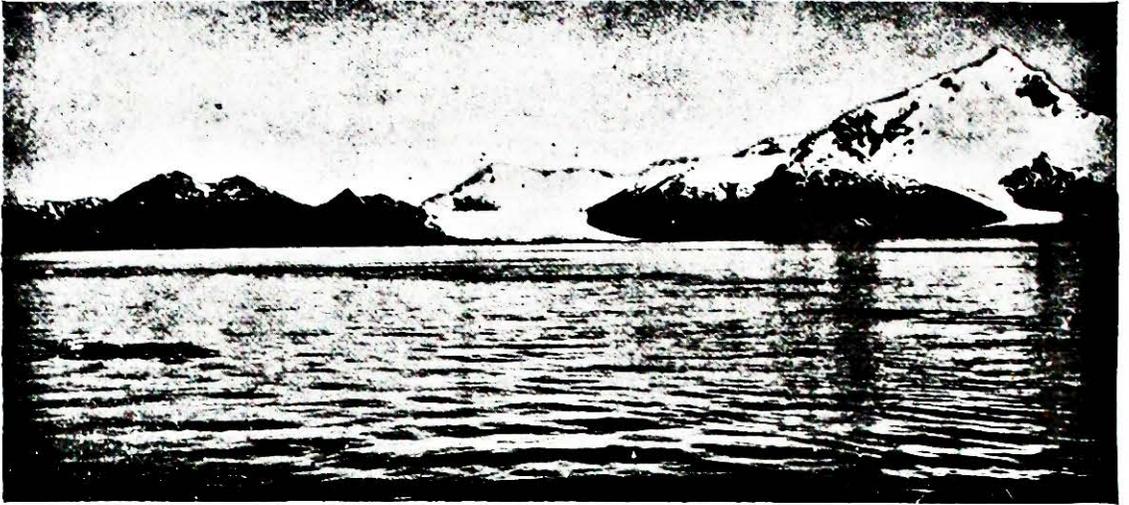
De este gran macizo, el conjunto más maravilloso de cumbres, nieves,

(*) Muestras de estas pueden verse en el Museo de Productos Nacionales, armario correspondiente á Tierra del Fuego.

(**) Por mayores detalles, ver la conferencia del profesor D. Lovisato, Boletín del Instituto Geográfico Argentino, T. 3, p. 336.

vericuetos y arboledas que sobre la tierra le es dado admirar al viajero, se desprende con persistente dirección al Este una cadena que á lo largo de la costa Norte del Beagle, termina en el Estrecho de Le Maire, para reaparecer á continuación, ocupando toda la isla de los Estados.

Este es indudablemente el cordón principal, los verdaderos *Andes fueguinos*, pues en él se alzan las mayores alturas, los montes Darwin de 7.000 pies, Francés de 7.052, Olivaia (*) de 4.324, Cornu de 4.543. Manu



El Monte Sarmiento (7330 piés de altura)
visto desde el Canal Magdalena

de 2.975 y el La Hovari de 2.736. Y es curioso el aspecto de esta sucesión de alturas, que corriendo como dije, al Este, se presentan apenas unidas en la base, formando sus contrafuertes pequeñas cadenas de Norte á Sur, como si fueran un alineamiento paralelo.

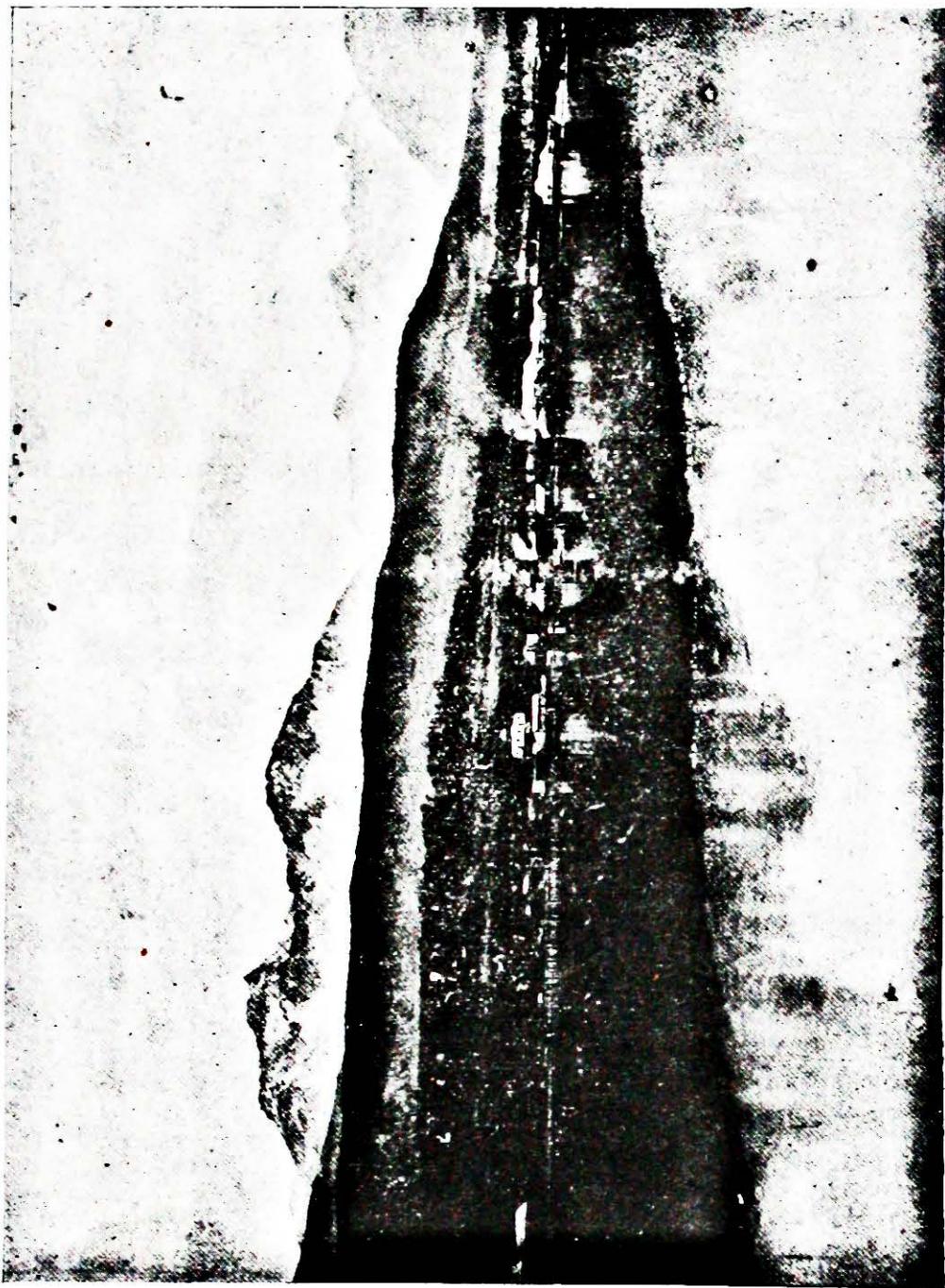
La Cadena Mayor ó central—y al escribir tengo por delante los mapas de Popper, cartas del Almirantazgo y mis apuntes de viaje—es la Sierra Darwin, dentro del territorio chileno de Tierra del Fuego y las continuaciones de la de Valdivieso, á las que en conjunto llamé Popper Cordillera Cárlos de Rumania.

Mientras en el Norte los contrafuertes de esta cordillera constituyen dos cordones perfectamente definidos y continuos, menos altos, como es natural, pues apenas pasan de los 1.000 pies y menos agudas sus cimas totalmente cubiertas de vegetación, los macizos del Sud, cuyos últimos ramales visibles llegan á la isla del Cabo de Hornos, se tienden interrumpidos continuamente por un verdadero enjambre de bahías y canales, ocupando el archipiélago austral desde las islas Camden y Stewart hasta las de Lennox, Nueva é islas Wollaston.

El segundo cordón, partiendo también de ese gran centro que yo

(*) En la mayor parte de los mapas se lee Olivaia. Sin embargo, el verdadero nombre es Olivia, nombre de la esposa de uno de los gobernadores de las Malvinas. (Payró)

Olivia, leído por un inglés, suena Oliváia; como Maipú, Meipiú; Chacabuco, Choquiubiúco; y lo oyó un español y escribió Oliváia.



La Cordillera Carlos de Rumania, frente á Ushuaia. — Vista desde el Canal Beagle.

llamaría *Eje Sarmiento* por la dirección que lleva, se dirige al Noreste, en cuchillas paralelas que surgen de la Sonda del Almirantazgo hacia la bahía de San Sebastián, desapareciendo dentro del territorio argentino, cuyo suelo se presenta suavemente quebrado por sus últimos anuncios.

Popper la llamó *Cármén Silva*, y es el nombre que conserva.

Al Noreste de la Sierra *Cármén Silva*, en la península que allí forma Tierra del Fuego, limitada por bahía Inútil y el Estrecho de Magallanes, corre la sierra Balmaceda, á la que pertenecieron seguramente las cimas de la isla Dawson, separadas hoy por las aguas de Bahía Inútil y corriendo dicha Balmaceda con rumbo al Nor Noreste.

Las otras cadenas del Eje Sarmiento se tienden por la isla Clarence, península de Brunswick y parte Sudoeste del archipiélago, corriendo las primeras hacia el Norte y las otras al Noroeste y Oeste.

Mas los contornos actuales de Tierra del Fuego especialmente, aun después de las grandes transformaciones á que antes me referí, no son los que tuvo en las épocas geológicas anteriores. El mar se retiró en varias edades para avanzar nuevamente y volverse á alejar, y en este movimiento continuo fué dejando terrenos en descubierto, de manera que, cuando el viajero recorre tanto la parte oriental como la costa especialmente, va viendo muchas veces, á más de una milla adentro, los contornos de las antiguas bahías limitadas por las barrancas que se extienden á lo largo de toda la costa, y que los vientos transforman, convirtiéndolas en una línea continua, notablemente visible, desde el Cabo San Sebastián hasta el de San Pablo, por ejemplo, que son las que yo he visto.

Allí, las curvas apoyadas muchas veces en los actuales peñascos que se internan al mar, formadas por esas barrancas, ofrecen, próximas á la costa, una llanura en que las lluvias forman vegas ó llanuras planas y verdes pastizales.

En Tierra del Fuego, tanto dentro de los cordones pertenecientes á la Cordillera *Cárlos de Rumania*, como en la llanura que bajando de ellos y de las cadenas *Cármén Silva* va en suave declive hacia el mar, se forman numerosos lagos, lagunas, ríos y arroyuelos ó chorrillos, que constituyen el más abundante sistema hidrográfico que haya visto yo reunido dentro del territorio argentino

En los senos de la Cordillera *Cárlos de Rumania* se forma el Lago Fagnano, de una longitud calculada en 60 millas y cuyo fondo apenas profundo en casi toda su extensión,—compuesto por las rocas que bajan de las montañas que lo circundan—y tendiendo á ambos lados su angosta playa de dos á tres metros en que las piedras se muestran entre la arena, desmenuzadas, rodadas y trabajadas por las aguas, y cuyo fondo decía, tiene hacia el centro del lago angostos canales de mayor profundidad.

Numerosos arroyuelos bajan á él por toda la costa, y, en el extremo occidental, desagua por el río del Almirantazgo.

La cadena que se extiende por su lado Norte de Oeste á Este, lo separa del lago Jhuin, con el cual,—pues el nivel de sus aguas es mayor que el de este,—debe tener filtraciones que lo proveen, además de los arroyos y las lluvias.

Aunque su tamaño es mucho menor que el del Fagnano, el lago Jhuin ofrece un aspecto muy parecido, por ser casi las mismas montañas las que lo circundan, por sus bosques y sus costas.

Al noroeste del Jhuin, contemporáneo de los anteriores y formado por las mismas causas, se encuentra el Ch'éepeI, llamado por los viajeros anteriores Cheepelmeg, nombre mal dado á mi juicio, pues no lo he oido nombrar así á los indios y sí de la primer manera. Nordenskjöld lo llamó lago Solier, sin duda ignorando el nombre indio. Según su mapa se comunica con el Fagnano, por un río que ha llamado río Jofre.

La sierra que limita el Ch'éepeI por el norte y que se alzó en la época terciaria, lo dividió en dos, desaguando el lago que de él se había formado al norte, por lo que hoy es el valle por donde corre el río del Fuego, y dejando una vasta llanura bañada por un grupo de lagunas,— las Lagunas Suecas,—(1) de las cuales alcanzamos á ver siete y á las que corren numerosos chorrillos.

El resto del territorio, en la parte llana, está cubierto de innumerables lagunas, algunas de más de dos leguas de longitud.

En cuanto á los abundantes ríos, mencionaré de paso los que en esta isla pertenecen á Chile, sólo por la exigencia de esta descripción general.

En la parte norte desemboca el río Urache que desagua en el Estrecho de Magallanes y en las faldas occidentales de la sierra Balmaceda, se forman y desembocan en la bahía Felipe, los ríos del Oro, Stubenrauch y Serrano, al oeste del cabo Boquerón el Santa María y á la Sonda del Almirantazgo el del mismo nombre, que nace en el Fagnano.

Nordenskjöld, que visitó este río, le dió el nombre de río Azopardo.

Como sucede con el lago Ch'éepeI, debe reconocerse aquí y conservarse el de Almirantazgo pues aquel viajero no tiene derecho alguno para cambiar la denominación de un río, perfectamente estudiado y determinado antes que él y conocido así en todo el archipiélago.

Respecto á los ríos argentinos, el mayor número de éstos, siguiendo los accidentes del suelo, corren al Atlántico; poco profundos siempre, de escasa corriente y aunque por llano, en casi toda su marcha, tortuosos cual si fueran revolviéndose entre los caprichos de angostas quebradas.

Como los naturales de Tierra del Fuego en casi todos los casos no han dado nombre más que á los lagos, los viajeros modernos bautizaron los ríos como mejor les pareció, desconociendo unos el derecho de los anteriores y volviendo á darles nuevos nombres los europeos que posteriormente se radicaron allí, de donde ha resultado una completa confusión.

Lista llamó río Pellegrini al que desemboca al noroeste del cabo Peñas, este nombre duró poco, pues pronto fué denominado río Popper, lo que no puede decirse que haya sido mal hecho, porque la narración de Lista es incompleta y difícilmente se reconoce por ella el río Pelle-

(1) Nombre dado por Nordenskjöld.

grini, pero á pesar de que el río Popper no estaba mal dibujado en su mapa, en el que hasta se indican algunos afluentes que realmente existen y que en mapas posteriores no han sido señalados, este río, hoy, se llama Río Grande.

Cosa parecida sucedió con el río 12 de Diciembre que llamó así Lista y que Popper bautizó río Cernadas, lo mismo que los ríos Alfa, Beta, Gamma, Delta, etc., que ni siquiera consideró el explorador dignos de ser trazados en su mapa, por lo que el segundo halló conveniente nombrarlos de distinta manera, poniendo una larga serie de nombres con los que estos señores y más tarde los habitantes, sin conocer los trabajos anteriores, los han llamado como mejor les ha parecido, de manera que entre todos han hecho también otro magnífico enredo.

Que Lista los confundiera no es extraño. Este explorador tenía muy buena voluntad y mejores intenciones, pero le faltaba preparación en la materia; á Popper en cambio le sobraba vanidad.

Es suficiente echar una mirada por el mapa de Lista, hoy que conocemos mejor el territorio, para comprender la cantidad de errores que hay en él.

Ha pasado por la costa y ha dibujado todo el interior..... Si ha seguido el itinerario que indica, ni aun subiendo á las más altas cuchillas de la costa pudo haberlo visto, primero porque desde la costa,—que yo también he recorrido—no se ven los cordones interiores, porque son bajos, y segundo porque todo está cubierto de robles. Ese cordón que él llama cordillera de los Nadales y que indica como si fuera la cadena más alta, dándole una densidad de color igual á la del monte Darwin, pasa apenas de los 200 metros de altura y en caso de existir esas cadenas interiores, son mucho más bajas aun, pues se reducen á simples lomas. Si subió á alguna altura, vió perfectamente clara la cordillera Carlos de Rumania, marcada por una sucesión continua de picos nevados y corriendo perfectamente definida de Oeste á Este. Más aun, en su itinerario por el canal de Beagle, la vió todos los días de un extremo á otro y en su mapa, apenas la indicó como simples barrancas de la costa.

La poca duración de los nombres dados á los ríos se explica fácilmente, al reconocer sobre el terreno que á la mayor parte de éstos se les ha exagerado, sobre todo en el mapa de Popper.

¿Dónde están los ríos Zeballos, Cernadas, Larrazábal, Lainez, Irigoyen y otros?

Simples arroyuelos de uno y dos metros de ancho—*Chorrillos*—como allá se les llama, nacidos en las cadenas de la costa, sin agua algunos meses del año y continuamente variables en su curso, desapareciendo á veces para siempre ó convirtiéndose en afluentes de otros en aquella transformación continua del suelo fueguino, en aquel laberinto de arroyuelos, esos montes tenían que desaparecer como los mismos ríos.

A sus cambios hay aún una causa más que agregar,—el viajero de Tierra del Fuego no lleva casi siempre más que dos guías solamente, el indio ó la brújula. Y es tal la cantidad de corrientes de agua, que el

nombre pierde completamente su importancia. ¿Y quiénes son esos viajeros? Los buscadores de oro que viajan por la playa y que para indicar tal ó cual río ó arroyo dicen:—El que sale al norte ó al sud—del cabo Peñas, ó Inés, ó San Pablo. Eso les es suficiente.

Sin importancia pues la mayor parte de esos pequeños cursos, debido á la gran cantidad que hay de éstos y á la abundancia de agua en todas partes, al hacer mención de los ríos, creo que debo concretarme á los principales.

Río Cullen—Así lo llamó Popper y sigo su nomenclatura. Al Norte de la bahía San Sebastián. Nace en territorio chileno y corriendo al Este desemboca en el Atlántico.

Río San Martín—Ver mapa de Nordenskjöld. Nace como el anterior y desemboca en la bahía San Sebastián.

Río Carmen Silva—Nace en las cercanías del Este de la Sierra del mismo nombre, corre en esa dirección, dobla bruscamente al Sudeste y desagua al Norte de Cabo Domingo.

Río Grande—Antes Pellegrini y Popper. Nace en las proximidades de la línea de límites con Chile y es por el caudal de sus aguas el más importante. Corre directamente al Océano, recibiendo á su margen derecha los afluentes:

Río de la Turba—Que nace en la laguna Deseada y va á juntarse al Río Grande, no directamente, como lo indican algunos mapas, sino describiendo en la segunda mitad de su curso dos grandes curvas, una al Este y la otra al Oeste.

Ríos Menéndez y Mack-Lhenan—Estos dos afluentes del Río Grande, no consarvarán esos nombres, si los interesados no los hacen constar en mejor forma.

Río del Fuego—Nace al Norte del lago Cheépel, en la región de las Lagunas Suecas, corre al No oeste, describiendo una curva semejante á la del río de la Turba, penetra á uua laguna á dos leguas de la costa y corre á desembocar junto al campamento del nombre suyo, teniendo la particularidad de que, en sus términos, va paralelo al mar y tan próximo á él que muchas veces se revuelven sus aguas, por espacio de más de seis cuadras. Nordenskjöld se equivocó al suponerlo afluente del río Grande y también al darle el nombre de Río de la Candelaria.

Río Ewan—Por su importancia, bien puede ser considerado el segundo río de Tierra del Fuego. Va de Sud á Norte y desemboca cerca del cabo Inés, recibiendo numerosos afluentes por ambos lados, algunos importantes.

Río Irigoyen—Respetando lo que otros indicaron y que yo no he visto, quiero suponer que el río Irigoyen tenga la longitud que Popper le ha dado, pero es imposible. Según eso, sus nacientes estarían en el mismo lago Fagnano. lo que no es así, pues en ese meridiano, pasarían ya cortándolo, las primeras aguas del río Ewan.

Río Lopez—Al Este del cabo Argentino, sobre la costa Sud, desemboca al río de este nombre.

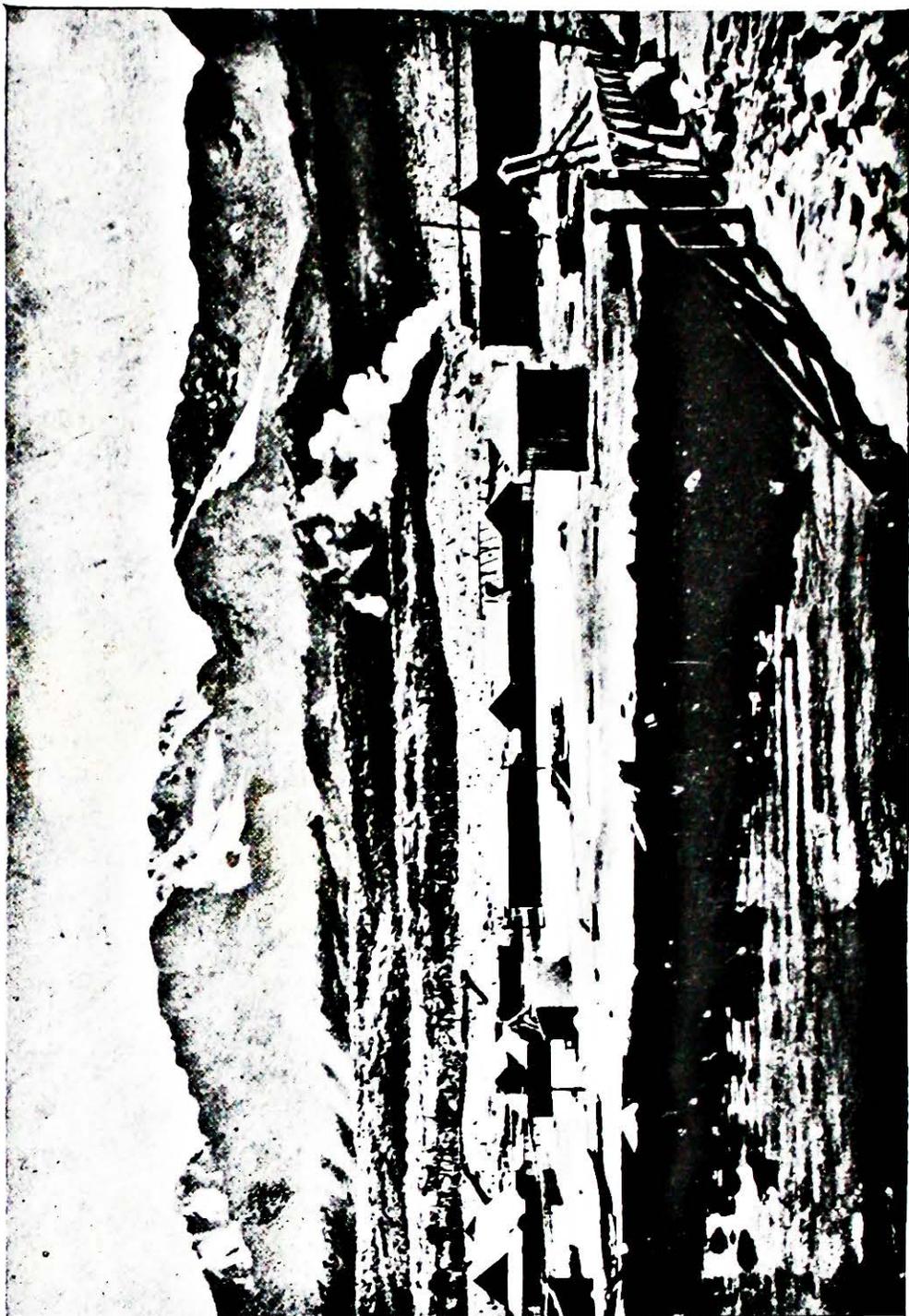
Río Gral. Cerri—Lo forman las vertientes de las dos cadenas que cie-

rran el Fagnano por el Norte y fuimos nosotros los primeros en verlo. Corre de Oeste á Este, mas no pudimos comprobar si desembocaba en el lago ó iba á echar sus aguas al Jhnin, pues solamente lo cruzamos y los grandes bosques interrumpían inmediatamente las visuales. Parecía venir de lejos por su gran masa de agua y las muchas ramas y trozos de troncos que arrastraba. A mi juicio desemboca en el Fagnano, por una ancha boca que es fácil divisar cerca del meridiano 68°, al Oeste.

Rio Yofre—Así le llamó Nordenskjöld. Pone en comunicación las aguas del Ch'eépel con las del Fagnano. Más adelante, si me es posible, me ocuparé de él.



Los "Coibos" frente al canal de Beagle.



Limitados por las nieves eternas....

CAPÍTULO III.

FLORA Y FAUNA.

Distribución del monte.—Tamaños y densidad. El *Fagus* antártica y el *Senecio*.—El zorro, guanaco y coruro.

Limitados por las nieves eternas que en casi todas las cumbres se divisan, visten la superficie total de las islas, ó bajan á la llanura de Tierra del Fuego, hermosas arboledas de hayas (*Fagus*) de diferentes especies, cuyo aspecto fácilmente hace olvidar las frías regiones en que se desarrollan, trayendo al espíritu las gratas evocaciones de los bosques tropicales.

En cuanto alcanza la vista, el escenario está cubierto de variados verdes, y, bajo el matiz de los árboles, la exuberante naturaleza fueguina se apeñusca, ávida de recoger los escasos rayos de aquel Sol, casi siempre arrebatado á la tierra por las frecuentes nieblas del mar y de las nieves, y que con razón ha hecho decir al Botánico Alboff: «La Tierra del Fuego puede ser muy justamente llamada el reino de los bosques, porque éstos son los que dan la nota predominante y homogénea en los caracteres de su naturaleza.» (1)

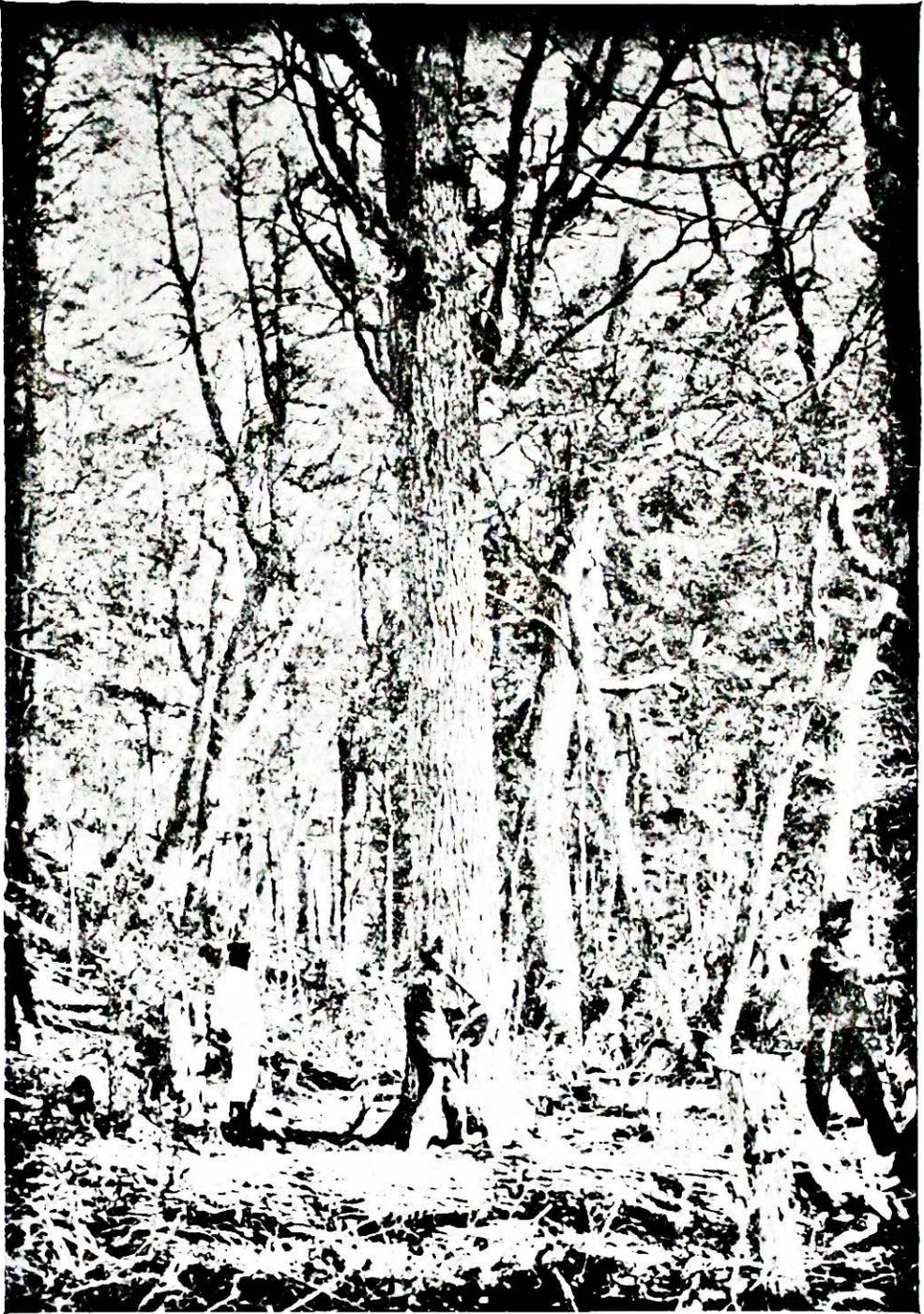
Es un escenario frío y silencioso, en el que cuanto más rica es la vida de las plantas, más pobre parece el reino animal.

Y aquel contraste para el viajero habituado al eterno susurro de nuestras selvas del Norte, en que todo palpita y se extremece en el coro incesante de infinitas especies canoras y bulliciosas, es el primero y más sobresaliente rasgo que recoge el espíritu observador.

El frío, las nieblas y el silencio interrumpido sólo por una que otra nota lastimera con que alguna ave anuncia su presencia, revisten las soledades de intensa melancolía. Nada se agita allí; la Naturaleza no canta, la Naturaleza elabora y lucha lentamente, no como empeñada en extenderse sino en conservarse.

Estas selvas, denominadas fitogeográficamente *Formación de los bosques antárticos* y semejantes por sus principales componentes á los que se extienden hacia el Norte por la cordillera de los Andes de Santa Cruz y Neuquén, ocupan como dije, casi todas las islas del archipiélago fue-

(1) Doctor Nicolás Alboff—La naturaleza de la Tierra del Fuego.—Conferencia.—La Plata.—1896.



Arboles de la "formación de los montes antárticos"

guino, llegando por el Sur hasta el grupo del Cabo de Hornos, aunque no se los encuentra en las últimas islas de este.

Limitándome á la Tierra del Fuego, diré de su dispersión que se extienden por la costa del Beagle, no llegando siempre á la misma orilla, se aproximan por el lado del Atlántico hasta las barrancas del Océano y en su avance hacia el Norte continúan por ellas, para detenerse á menos de media legua al Norte de Río del Fuego.

Allí se ve bien distintamente su tendencia á alejarse del mar, pues su línea de límite dobla al Noroeste, de manera que ocho leguas más al Norte, sobre el Río Grande, se los encuentra recién á tres leguas de la costa. Esta línea declina cada vez más bruscamente sobre el Oeste, hasta desaparecer sobre la costa del Estrecho, se los ve de nuevo cubriendo totalmente casi la Isla Dawson y reapareciendo en la península de Brunswick por la que continúan hácia la Cordillera.

Estos bosques no se muestran como los del Chaco y Formosa, por ejemplo, en grupos aislados ó manchones continuamente, sinó, á veces, en sus términos; pero en el interior de la inmensa sábana de árboles, existen grandes claros, muy de tener en cuenta por su extensión de leguas, con aspecto de pampas dilatadas. Tal es el codo que forma el Río del Fuego, la llanura que se extiende al Norte de la cadena que cierra el Lago Cheépel ocupada por las lagunas y en una gran curva del Río Ewan á la mitad de su curso.

El primero y último de estos claros, son los suelos más pobres que tiene el territorio, pues el terreno es liviano, con gran proporción de pedregullo arrastrado por los vientos, y crecen en él, en reducida proporción, gramillas raquílicas.

Cuando se observa el conjunto de las selvas de la sub-formación sub-tropical que cubre las faldas del Aconquija, se nota la influencia de los vientos y las lluvias, pues trepando las arboledas se recuestan uniformemente sobre un lado solo de las quebradas, lo que llaman á *la sombra de las lluvias*. En estos bosques no sucede nada semejante: su dispersión es general, pero, en cambio, nunca se aproximan á los ríos ni á las lagunas, pues estos corren y se extienden por largos valles limitados por las lomas y los bosques que se alzan sobre ellas. El único caso que he visto, es el del Río General Cerri, debido — naturalmente — á que este río pasa encajonado entre quebradas y los árboles cubren á estas. Sin embargo, no dudo de que sobre el lado Sur ó sea el espacio comprendido desde la Cordillera de Rumania hasta el canal, los bosques llegan hasta la misma orilla de los ríos, principalmente porque estos bajan por entre las montañas. De manera pues que, al calcular el área de dispersión dentro del territorio Argentino, debemos ante todo descontar la parte Norte, desde el Estrecho de Magallanes hasta Río Grande con lo cual los bosques ocuparían tres cuartas partes del territorio.

Este ha sido calculado por Latzina en 21048 km². de los cuales serían de bosque 15786 km². á los que hay que descontar una parte ocupada por los claros que este forma y á que hice referencia, de donde resulta una disminución que aproximadamente (una décima parte menos) hace que el total sea de 14208 kilómetros cuadrados.



Grupo de robles (*Fagus antactica*) en el interior.

Pero si bien es cierto que la dispersión se presenta homogénea, hay que tener en cuenta que su valor varía por el tamaño de los árboles y la calidad de las maderas.

Dentro de estos bosques antárticos es necesario hacer una subdivisión: la *sub-formación del roble* y la *sub-formación del coibo*. La parte de Tierra del Fuego que yo he estudiado, está constituida por el *Fagus antarctica*, que todos allí llaman *roble*, y el *coibo* que, guiándome por la descripción del Dr. Spegazzini, es la variedad de este: *bicrenata* (1).

Según mis observaciones, el *roble* que cubre siempre la parte llana de Tierra del Fuego, llega á pasar sólo los 100 metros de altura, ocupando 20193 kilómetros cuadrados. El *coibo* sólo se extiende sobre las montañas, hasta los 490 y 500 metros, ó sea una extensión de 6593 kilómetros cuadrados.

Como se vé, la dispersión del roble es visiblemente mayor que la del coibo, y, apesar de esto y de que la densidad del monte de robles es mayor, estos bosques valen mucho menos, sobre todo, en la parte recorrida por mi.

Penetremos al bosque de robles.

La altura de los árboles es sumamente uniforme, no pasando los mayores de 10 metros de altura. Del lado de la costa del mar, se vé que están limitados por una línea continua y característica, como si para resguardarse de los vientos del Este formaran ante él una cortina de hojas y de ramas. Estos árboles *Fagus obliqua* Mirb...? van siendo cada vez más bajos á medida que se aproximan á la orilla, raras veces crecen derechos en ella, á cierta altura desprenden un brazo generalmente, abren su copa dejando el tronco desnudo y se inclinan en dirección contraria al mar, debido sin duda á los frecuentes y fuertes vientos del Norte y Noroeste. Un poco más adentro, los hay—y muchos—(*F. antarctica*) que se abren en horqueta desde el suelo, siendo estos más rectos, aunque no sobrepasan la altura indicada.

Por más altos que sean estos árboles, en el llano, siempre ofrecen grandes ramas ó se abren en horqueta á los 1,50 y 2 metros. Seis términos medios de circunferencia (diez árboles cada término medio) me dieron respectivamente 0,58—0,59—0,64—0,65—0,69—0,80 centímetros, á un metro del suelo, ó sea un término medio general de 0,65.

La proporción de los árboles buenos era de uno por nueve malos, bien entendido que en el sentido de su figura é incluidos los jóvenes.

Estos bosques próximos al mar, tienen sus árboles á una distancia de 2 y medio metros unos de otros, lo que dá un total de 1600 árboles por hectárea.

Más al interior, hay mucho monte nuevo también; pero la proporción es de dos buenos por ocho malos, con la característica superior de que hay gran cantidad de los que aún parecen arbustos.

Sobre la orilla del bosque, son, término medio, de 0,10 á 0,15 centímetros de diámetro, y mayores los grandes en su circunferencia, pues pasa esta de un metro frecuentemente.

(1)—C. Spegazzini — *Plantae per Fuegiam collectae*.—1896.



Kto del Fuego — *Fagus antarctica* (jóven)

Las distancias entre sí son iguales en toda su formación.

Bajo los bosques de robles predominan, en la vegetación arbustiva, el Calafate, *Berberis buxifolia* e *ilicifolia*, la Zarparrilla y el *Senecio*, notándose que donde no son hermosos los pastos que crecen bajo el bosque las especies de *Senecio* son abundantes.

En la parte oriental de estos bosques, los árboles pierden sus hojas más rápidamente que en el interior.

Dije que los bosques de *coibo* son superiores á los de *roble*. Yo no los he visitado del lado del Beagle; sólo los he visto desde lejos, pero si en las cadenas del interior, próximas al Lago Fagnano.

Los propietarios y explotadores de montes en Tierra del Fuego, se lamentan con frecuencia de cuánto engañan los colosos:— Vd. los vé—me decía uno—empinados, rectos, seculares; les dá un golpe con el hacha.... están podridos y suena hueco su interior.»

En la marcha al Sudoeste, encontrará el lector algunas impresiones del conjunto y lo que á este árbol respecta.

Salta á primera vista que aquellos bosques del interior son de difícil explotación por la distancia que hay hasta la costa, por la clase de terreno que hay que recorrer y por estar entre las montañas. Sin embargo, por mi parte, los considero más explotables aún que los robles, y de mayor valor. Los robles tienen que salir forzosamente al Atlántico. Los puertos son malos, distantes y escasos. Los mejores robles están en el interior, inevitablemente pues, tienen que recorrer la llanura en su mayor parte. Con los Coibos, aunque ocupan el interior, sucede lo contrario. Dije que cubren las montañas y que las mejores maderas están en el Lago Fagnano. Y bien, el Fagnano es navegable y pueden pasar por él grandes jaugadas. El Fagnano tiene una salida:—El Río del Almirantazgo, que, excepto un reducido trecho en que habría que hacer volar algunas piedras que lo obstruyen, es también navegable. Saliendo pues del río, están en la Sonda del Almirantazgo, es decir, en magnífico puerto tranquilo, sobre el Estrecho,—el paso de los trasatlánticos, sin haber tenido que navegar en embarcaciones apropiadas.

He dado esta mi opinión á cuantos conocí que habían visitado el Río del Almirantazgo, y todos están de acuerdo con ella. Así, las maderas del Fagnano están casi sobre el mismo mar.

Tanto bajo los montes de robles como de coibos, la cantidad de grandes árboles caídos es enorme; pero esto no disminuye la densidad, pues pronto son reemplazados por los nuevos.

Al Norte de la región boscosa, próximo á San Sebastián, corre de Oeste á Este una dilatada zona invadida por diferentes especies de *Senecio*.—extendiéndose desde ella hasta el Estrecho la llanura cubierta de espléndidos pastizales. La presencia del *Senecio* allí como arbusto predominante es explicable, pues estos buscan la humedad, causa á que atribuyo su abundancia en casi toda la Tierra del Fuego y especialmente en esa parte Norte del territorio en que la llanura forma un dilatado valle invadido por él, lo que hace que produzca el efecto de ser la avanzada de los bosques fueguinos, que á pocas leguas más al Sur empiezan á presentarse.

Volviendo á las subformaciones del bosque, haré notar, como otros tantos, que éste no dá aún sus productos en la forma que es de desear, pues, por conveniencias económicas, muchos de los aserraderos actuales explotan sus maderas en una época que no es la que corresponde. Los árboles no se cortan en invierno por diferentes causas, principalmente porque los días son más cortos y todo está cubierto de nieve lo que dificulta su transporte.

Y es sensible que esto suceda. Ya en 1883 decía el Dr. Spegazzini: «La esencia de los bosques, bien manejada y no destruida con cortes bárbaros é inconsiderados, además de modificar un poco el clima, puede dar bastantes buenos resultados, si nó en la actualidad, al menos apenas aumente el movimiento de colonización de la costa patagónica y de la parte oriental de la Tierra del Fuego».

En su trabajo sobre la Flora fueguina (1), nuestro sábio botánico se ha ocupado de la explotación de estos bosques, y como su palabra es más autorizada que la mía, transcribo los siguientes párrafos: «El *Fagus obliqua*, en efecto, puede dar maderas excelentes para trabajos toscos, un material no despreciable para las construcciones; cuando se tiene la precaución de carbonizarlo exteriormente para impedir la putrefacción, presta servicios de mucha duración para travesaños, pilotes, etc.

El *Fagus betuloides* dá una madera inmejorable para todo género de trabajos, tanto por la duración como por la belleza de la veta y del color, siempre empero que sea cortado en tiempo oportuno y trabajado después de estacionado.

El *Fagus antarctica*, que no puede utilizarse en los trabajos, será siempre un tesoro, como combustible para los futuros habitantes de la costa patagónica, fueguino-patagónica y de las islas Malvinas.»

El conocimiento práctico de estas maderas, ha hecho que los intereses de la explotación sean mayores que aquellos con que el Dr. Spegazzini apreciaba entonces esta gran riqueza fueguina, y que hoy, las maderas que en tanta extensión del territorio se encuentran, constituyan una de las grandes fuentes de riqueza y de porvenir allí.

En cuanto á la Fauna, no es mi ánimo extenderme sobre ella, por cuanto no siendo este tema de inmediato interés, reservo mi trabajo para publicarlo conjuntamente con la parte botánica. Esto pertenece más bien á la Zoología sistemática; pero, en la parte que atañe al Ministerio, sólo diré que, en la *Fauna del Interior*, los principales elementos de que el hombre puede sacar provecho, se reducen al Zorro, Guanaco y Coruro.

A mi juicio, el estudio del zorro fueguino puede darnos una buena sorpresa, pues cuando se compara con el *Canis Azara* de otros puntos de la Argentina, se le encuentra mucho más grande,—casi una tercera parte más—y sus colores son mucho más fuertes. Si á esto se agregan otros detalles, muy posiblemente en esta especie se encontrará una novedad.

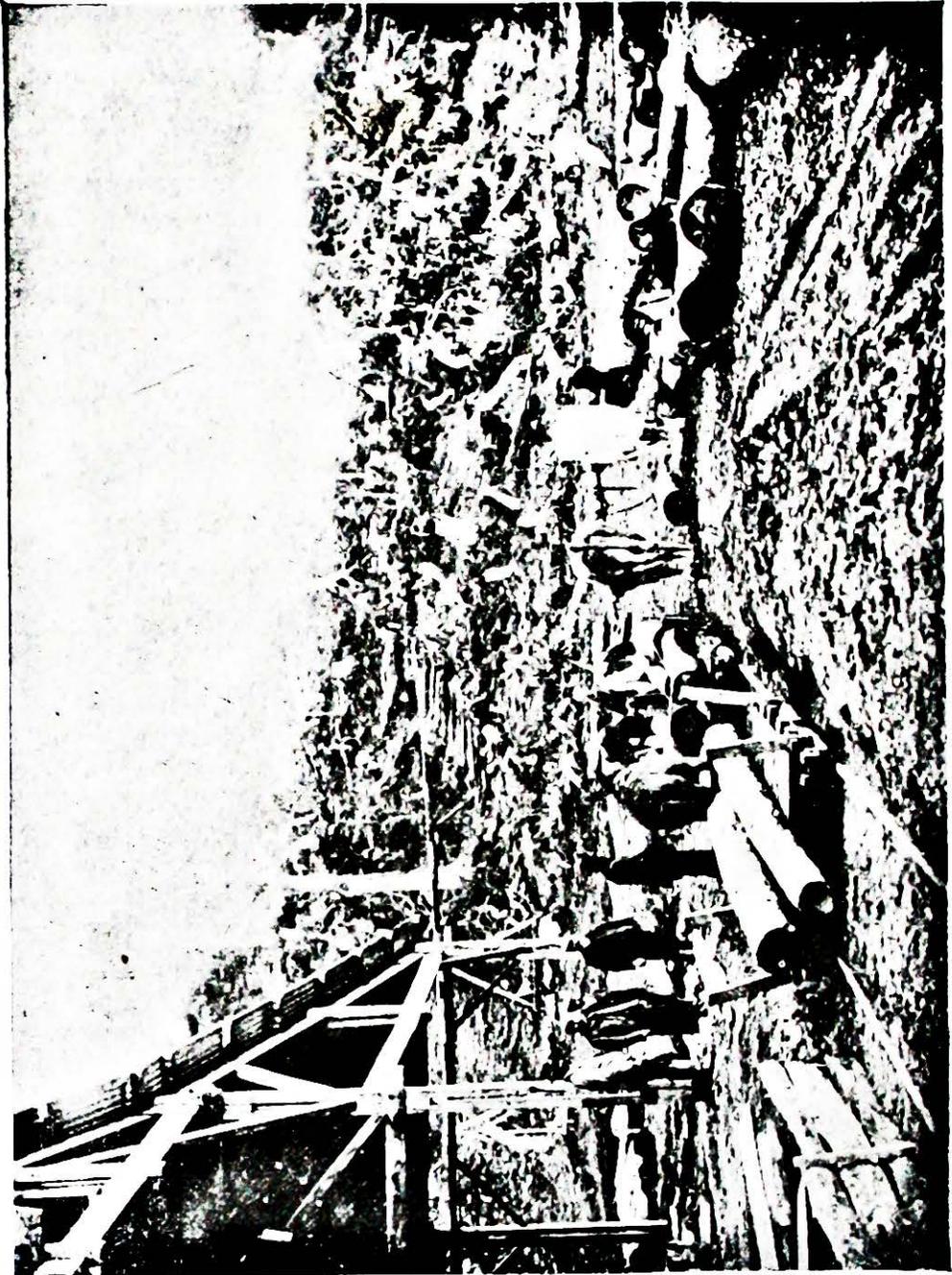
(1) Ver:—C. Spegazzini.—Informes preliminares del Capitán G. Bove.—Buenos Aires. 1883.

Este, es el único representante de los mamíferos carnívoros en la isla, pues ni el Puma (*Felis concolor*), tan común en Patagonia, se encuentra allí, habiendo quedado su límite de dispersión en la tierra continental y una que otra pequeña y próxima isla siendo para mí inexplicable cómo este felino no ha llegado á Tierra del Fuego.

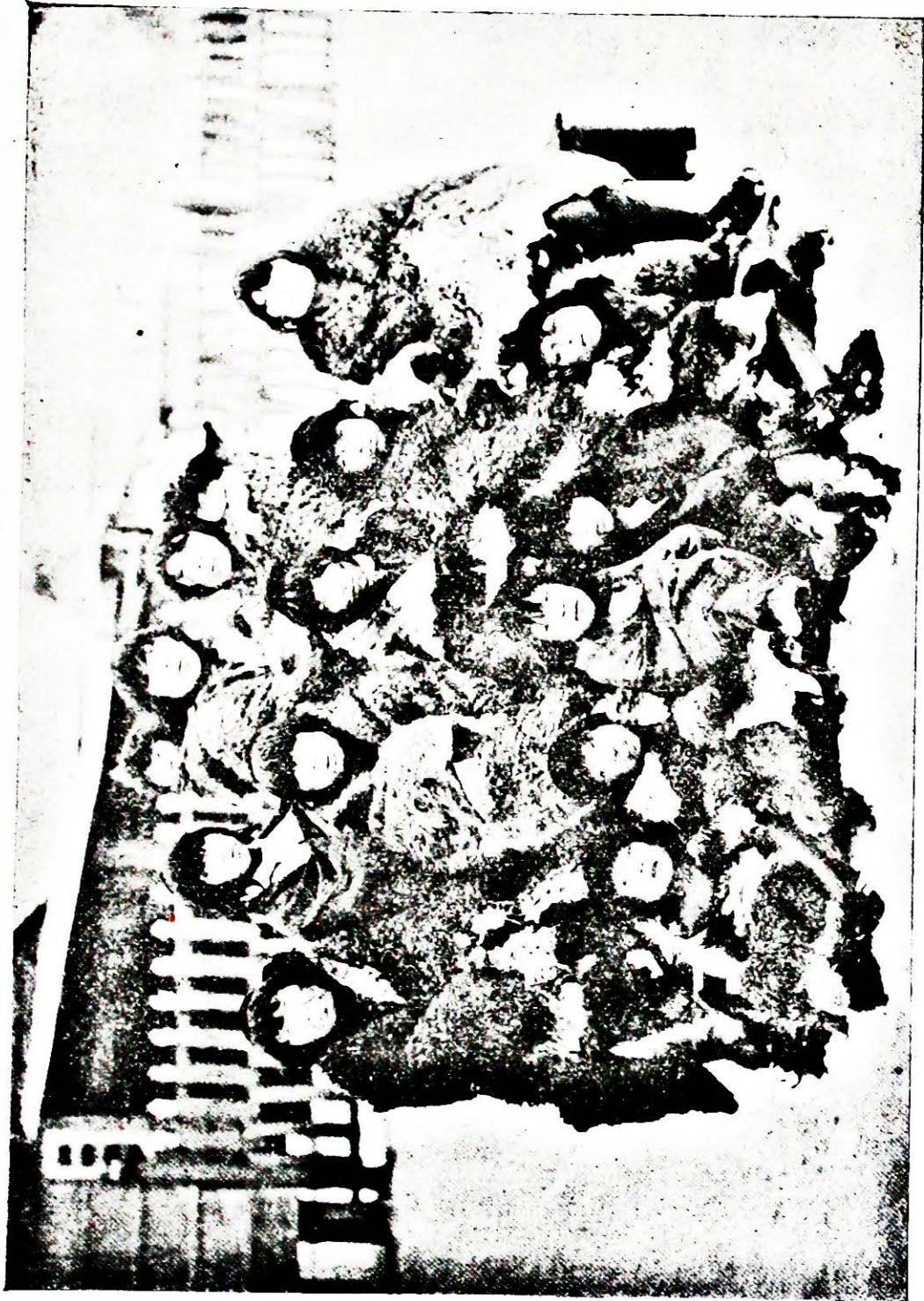
El Guanaco, en cambio, que parece haber cruzado por las angosturas del Estrecho de Magallanes, existe allí en relativa abundancia, pues lo he visto hasta en *piños* de veinte y treinta, lo que parece poco cuando se compara con las enormes tropillas de 1000 y 2000 que recorren los territorios patagónicos. Sin embargo, su cantidad es suficiente para abastecer las necesidades de los indios, y una vez que el Gobierno Nacional produzca una ley tendente á proteger este valioso y útil animal, ella podrá hacerse extensiva á esta gobernación.

El Coruro (*Ctenomys magellanicus*), aunque con caracteres de plaga, y perjudicial el día que la Agricultura pueda invadir Tierra del Fuego, es hoy un animal útil, por cuanto el indio encuentra en él uno de los medios de alimentación, y de sus pequeñas pieles hace mantas y capas de valor mayor que las de zorro y guanaco.

Estas son las especies que en el interior se aprovechan.



Conducción de rollizos al aserradero



Onas "de capa" en pleno invierno

CAPÍTULO IV.

POBLACIÓN.

Extranjeros y argentinos.—Los puntos poblados.—Los Onas.—La vida del Oua y sus costumbres.

Individuos de numerosas razas y naciones ocupan la antigua *korú kinká* (Tierra del Fuego), Onayuska ú Onaisin (Tierra de los Onas), confundiendo paulatinamente sus elementos étnicos, pero conservando bien determinadas sus clases sociales.

En busca de fortuna, de aventuras, de refugio, huyendo de sentencias que quizás abrieron las puertas de las cárceles de la patria lejana; de tránsito unos, otros atraídos por las infinitas bellezas australes ó cumpliendo misiones humanitarias, véense radicados ó recorriendo las llanuras y las montañas, viejos noruegos y suecos cazadores del Polo Norte, marineros ingleses, mineros y pescadores, alemanes, italianos, indios, chinos ó japoneses.

Es una extraordinaria asamblea de lenguas, cultos y nacionalidades. Es una California.

Obsérvase allí que la propiedad y el trabajo,—salvo unos muy pocos individuos—está en manos de los extranjeros; los puestos rentados por la nación siempre desempeñados por los argentinos y que el indio no es allí más que un pária, perseguido más bien que protegido, odiado más bien que perdonado por el pecado de ser indio. Viejo rasgo de la tierra americana, convertido en un sentimiento y una práctica por el hábito de los siglos.

Los ingleses son preferentemente estancieros que en la parte norte de la isla han formado la región ganadera, constituyendo el foco de la mayor producción, por el gran número de haciendas que han reunido.

En buena armonía entre ellos, pertenecen todos á la mejor sociedad inglesa, de la que han traído sus costumbres y aficiones.

Causa verdadero placer visitar los hogares de aquellas gentes, ante cuyo confort, pronto el viajero olvida las apartadas regiones en que se encuentra.

Las grandes condiciones de la región y el espíritu de trabajo de que fueron poseídos, aumentó rápidamente los capitales que ellos llevaron, y, en posesión hoy de valiosas fortunas—casi improvisadas, demuestran, con su presencia, que Tierra del Fuego es realmente una comarca de inmenso porvenir.

En 1898, el ingeniero Pastor Tapia escribía las siguientes líneas en un informe que presentó á la Oficina Nacional de Tierras y Colonias (1): «La habitación de las estancias de los caballeros ingleses en la Tierra del Fuego, con ricas alfombras, tapices y demás accesorios, reúne todo el confort deseable á las inclemencias de la atmósfera en la estación de los fríos. Así viven aquellas gentes entregadas á la labor diaria, en la que siempre el patrón al frente de los peones, toma como éstos el instrumento de trabajo que dirige, fomentando la riqueza propia y dando importancia al territorio. Los he visto en el baño de las ovejas con la pala de madera en la mano, concurrir al mejor éxito del baño de estos animales que conservan limpios y sanos de toda peste. Así se practica el negocio más productivo del territorio: El de las lanas.

«He creído conocer en la mirada de aquellos hombres respetuosos y respetables, las siguientes interrogaciones:—¿Y el gobierno argentino, qué hace para nosotros que, considerándonos ya como hijos de la tierra, la fertiliza nos con el sudor de nuestros rostros? ¿Porqué tan poca solicitud para quien no hace sinó bien?»

Casi siete años después, al visitarlos yo, aquel gesto que entonces preguntaba tanto, era una frase obligada de cuantos me dieron hospitalidad. ¡Con cuánto placer me sentí entonces, primer mensajero de una nueva era, en que la protección del gobierno argentino me enviaba con el grato anuncio de que estaba dispuesto y resuelto á dar nuevos rumbos á aquellas regiones, á pensar al fin en ellas, y á tomar resoluciones definitivas!

Con la creación del Ministerio de Agricultura, dotado de un personal técnico capaz de ser un colaborador enérgico, las estancias de Tierra del Fuego cambiarán de vida por completo, á no dudar, disponiendo de mayores facilidades, por parte del gobierno nacional.

Estas, no son promesas vanas.....

El número variable del personal según la importancia de los establecimientos y las épocas del año, está compuesto en gran parte de ingleses también, que pronto se asimilan al medio y resultan el mejor peón de esas estancias.

Muchos de ellos, si son despedidos por sus patrones, se dedican á la minería, reuniéndose con los individuos que vienen de Punta Arenas en busca de oro y recorriendo en pequeños grupos las playas y los ríos.

Estos grupos se constituyen en sociedades cuyas condiciones comerciales son claramente establecidas antes de emprender todo trabajo y á muchos he visto, en mis marchas, provistos del indispensable mercurio, palas, palanganas, carpas, provisiones, etc. Iban generalmente bien montados y llevando todo su equipaje en los cargueros.

También otros, con equipo menor, se intalan en el Páramo, antiguo lavadero de Popper, sobre el extremo norte de la bahía San Sebas-

(1) Tierras y Colonias. Tierra del Fuego, expediente núm. 16. Memoria del agrimensor Pastor Tapia—1898. Mensura y amojonamiento de las tierras vendidas en remate el 16 de Noviembre de 1897.

tián y que en la época en que yo estaba en Tierra del Fuego, era propiedad del Sr. Reyes (1).

Los mineros van á esa playa, donde hay un pequeño hotel y algunas casillas donde comen y duermen á razón de dos pesos diarios; en tiempos de Popper, tenían que entrar á trabajar completamente desnudos, pues debían dar al propietario el 50 por 100 del oro que extraían. Hoy sólo tienen que pagar á razón de un gramo de oro al día, por lo que como es poca la cantidad que se obtiene de él,—salvo hallazgos felices—los trabajadores sacan de ganancia, término medio al mes, apenas una cantidad que varía entre 100 y 200 pesos papel.

Pero como sucede que, por la forma en que llega el oro á la playa—traído por las corrientes marinas—se encuentra éste en mayor abundancia después de largos y fuertes temporales, en cuanto se tiene noticia en Punta Arenas de que en la costa atlántica de Tierra del Fuego ha habido temporal, acude al Páramo, y á lo largo de la costa, mayor número de mineros.

Si bien esta afluencia de individuos no tendría importancia en el total de los habitantes de otras regiones de nuestra tierra, es muy de ser tenida en cuenta allí, pues por la reducida cifra de población de aquel territorio, el total oscila de una manera considerable.

En cuanto á los puestos rentados por la nación, podría pensarse que los individuos destinados á tan injustamente mal afamada gobernación, serían sólo aquellos que, no encontrando el éxito en nuestras ciudades, hubieran sido relegados á esos confines. Confieso la ignorancia en que estaba y también que fué grande mi sorpresa al encontrarme, tanto en Ushuaia como en Río Grande, con un núcleo de jóvenes distinguidos, de nuestras mejores familias, jóvenes ilustrados en los que siempre hallé cultura y la mejor voluntad.

El entonces gobernador Carrié había reunido en ambas poblaciones un buen número de hijos de San Juan, lo que era para él una gran ventaja, pues obtenía así la mayor armonía entre sus subalternos.

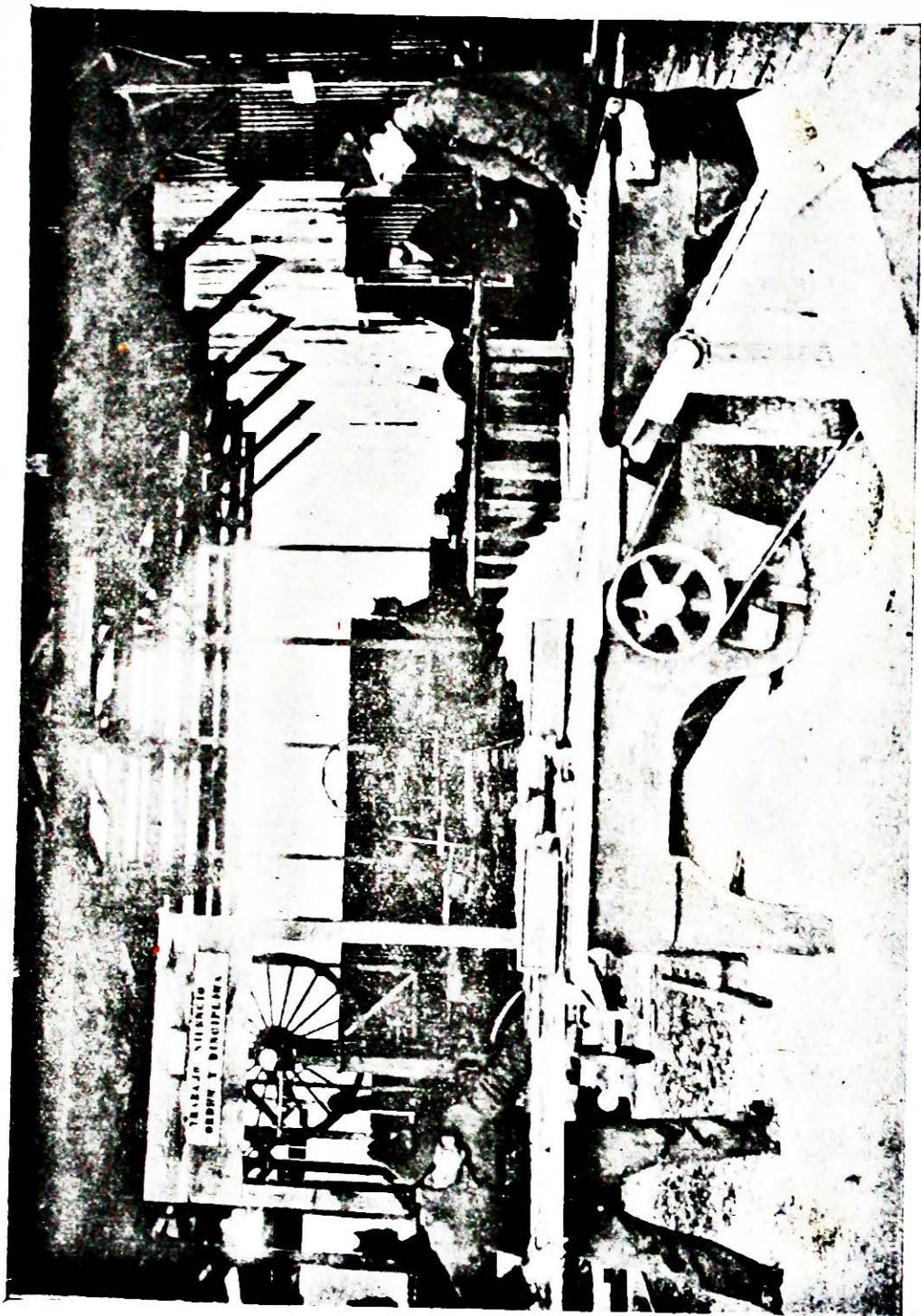
Y sería una ingratitud de mi parte si, en esta página, al recordarlos en conjunto, no hiciera presente mi agradecimiento, enviándoles, ahora que estoy lejos de ellos, mi más cariñoso saludo.

Estos empleados no tienen allí porvenir alguno. Están sentenciados á vegetar; á quedar, después de muchos años de haber entrado á prestar sus servicios, en las mismas condiciones del primer día, y creo que si el gobierno, puesto que sus sueldos y viáticos son reducidos, les facilitara, mientras estuviesen en sus puestos, algunas hectáreas cultivables, de las tantas que tiene allí disponibles, se mejorarían sin desembolso alguno las condiciones en que se encuentran aquellos, obteniendo por su parte el gobierno grandes ventajas.

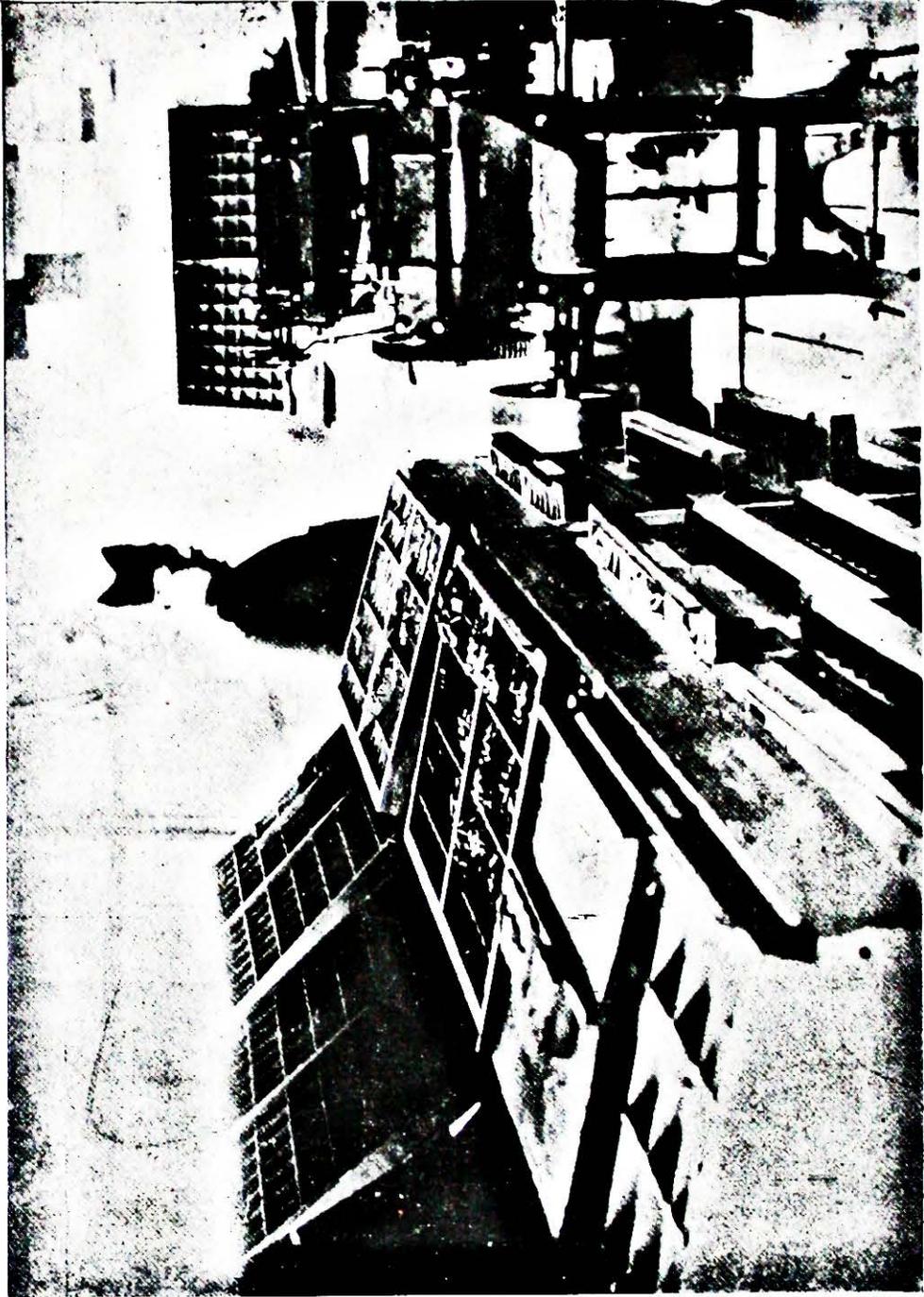
Obsérvase en este territorio la extraordinaria escasez que hay de mujeres, y, por lo tanto, la lentitud del aumento.

A esto se debe que los blancos se vean obligados á recurrir á las

(1) Este señor estaba en tratos para hacer su venta.



Aserradero atendido por los presos de la cárcel de Ushuala.



Taller de tipografía en la cárcel de Ushuaia.

indias que, no exentas de belleza, alcanzan á satisfacer el buen gusto un tanto olvidado por el tiempo y la soledad.

En las afueras de la capital del territorio, está la Cárcel de reincidentes, un establecimiento de construcción ligera en el que un par de imaginarias, uno al frente y otro al fondo, bastan para el cuidado de los presos. Cuando fui á visitarla me quedé admirado y no pude menos que decir al empleado que me acompañaba: Es la primera cárcel que veo en mi vida, en que no haya muros exteriores.

Aquí entran y salen todos, por donde se les da la gana.

—Le parece que no está bien rodeada?— me contestó. Luego miró hacia el Beagle, después hacia las montañas. Efectivamente, de un lado el mar rodaba tormentoso, del otro las cadenas se perfilaban en sucesión continua de bosques y de nieves.

—Dos veces ya se han escapado reincidentes, pero pronto han vuelto, porque aquello es peor.

A pesar de esto, la cárcel, en la forma en que está hoy, es un verdadero peligro para la pequeña Ushuaia, que, con una sublevación de presos, podría verse en serios apuros.

Clasificada pues la población de Tierra del Fuego, tenemos que se agrupa en San Sebastián, Río Grande y Ushuaia, puntos principales á los que hay que agregar los establecimientos diseminados, como las estancias del Norte, la misión Salesiana, Río del Fuego, Caleta Policarpo, Harberton, Lapataia y otros.

Queda pues un grupo del que es mi deseo ocuparme con mayor detenimiento, los pobres indios onas, que perseguidos en su miseria por la insaciable codicia de los blancos, poco á poco han ido retirandose al interior de los bosques—los que han querido salvar su libertad; ó rendídose al hombre civilizado los otros, para ser vasallos.

Muchos son los escritores que se han ocupado de los onas. Por mi parte, en el deseo de aportar mayores conocimientos, he tratado de aprovechar únicamente mis notas, que podrán completar y detallar los interesados, recurriendo á todos los autores.

Aunque—como sucede en el estudio de casi todas las tribus americanas—las teorías referentes al origen de los fueguinos son distintas, la más aceptada, y que á mi, por los caracteres físicos del individuo y sus costumbres, me parece la más racional, es la que sostiene que los fueguinos proceden de la Patagonia,

Por comunicaciones de una de las personas que mejor conocen Tierra del Fuego, el Sr. Lucas Bridges, he sabido que en la península que Popper llamó «Península Mitre» se encuentra una familia de onas, cuyas costumbres é idioma son distintas de las del ona actual. Cuando el misionero Bridges llegó á Tierra del Fuego, fué á indios de este grupo á los que primero conoció. De ellos aprendió algunas palabras, dándose cuenta de que no hablaban la lengua general, pues los demás onas no lo entendían. Estos indios no se relacionan con los del interior de la isla, y según el Sr. Bridges, deben ser los últimos representantes de una invasión á Tierra del Fuego anterior á la llevada á cabo por los onas que hoy la recorren.

Llamo especialmente la atención de los que á estudios americanos se dedican, sobre la urgente necesidad de estudiar estos indios lo más pronto que sea posible, pues sólo quedan de ellos tres ó cuatro, que, dada la prontitud con que desaparecen, dentro de muy poco tiempo, con toda seguridad, se llevaran á la tumba el secreto impenetrable de su religión, sus costumbres y su lengua.

Los indios habitantes primitivos del archipiélago se dividen en onas, alacalufes y yaganes (*).

Los onas—de origen *Tehuelche*,—vinieron á Tierra del Fuego pasando el Estrecho, probablemente por una de sus angosturas, y los alacalufes y yaganes del vecino archipiélago de los Chonos.

Las diferencias tan radicales de escenario, de medios de vivir, la se-



Indios Onas de la parte Norte de Tierra del Fuego.

paración completa de sus aborígenes y las necesidades distintas, pudieron transformar rápida y fácilmente su idioma, que no se resiente por ello, de tener reminiscencias y relaciones bien notables con las lenguas patagónicas. Sea de ello lo que fuere, estas parcialidades poseen un idioma cual pocos en América rico en voces, sobre todo en lo referente á sus relaciones con la Naturaleza, como pude comprobarlo al encontrar, en el vocabulario de la lengua ona, que no hay una sola especie de la Flora que no tenga su nombre indio.

La vida azarosa del salvaje ha dado al idioma, á la voz, á todo lo que se relaciona con la expresión de su pensamiento, cierto indefinible tinte de melancólica humildad y de poesía, que llama la atención en cuanto se le sorprende hablando, y, aunque al oírle parece su idioma

(*) El Sr. Bridges los llamó yagaues, tomando la palabra *yaganasciaga*, canal que divide las islas Navarino y Hoste. El verdadero nombre debería ser *Jamana*, que es como ellos se llaman entre sí.

áspero en el primer momento, el conocimiento de los vocablos revela su dulzura.

Elijo, entre ellos, algunos nombres propios Yaganes: Tescapalawallis, Uacamasar, Simacivellis, Ferness, Acamuto, Sualacaniunellis, Chibul y Manoskaia.

Entre los Alacaluf: Ipachelis, Orkwar, Avelok, Halen, Aiterele, Telechaon, Avilaik, Chaki y Tilcaoon; y entre los Onas: Uyayén, Honik, Kispy, Yefren, Chalten, Cheope, Alualen, Karniel, en fin, todo el idioma. ¿No tiene la música griega?

Estas razas debieron ocupar el archipiélago en épocas muy cercanas á la llegada de Magallanes; pues en ninguna parte se observan rastros de paraderos antiguos, y la rapidez con que el indio desaparece hace pensar, ó que aún no se había hecho al medio que pudo verse forzado á habitar ó el reducido número que hoy queda de éste, diezmando incessantemente por causas cuyo origen está en la naturaleza misma del terreno, fué siempre escaso.

El indio, que en ninguna parte mejor que allí debió recurrir al material que le brindaban las montañas, construyendo habitaciones sólidas que lo defendieran contra los rigores del frío, no tuvo suficiente tiempo para hacer construcciones, manifestación clara de que la raza se ha asentado, y si se objetara que su carácter nómade es la causa de que no hubiese hecho construcciones en piedra, sería desconocer que muchos antiguos pueblos patagónicos, contemporáneos de su llegada al archipiélago, las tuvieron, pues que aún se conservan sus rastros en algunos puntos de la Cordillera y hasta en las proximidades de Puerto Deseado,—los círculos concéntricos de piedra.

Causa tristeza la rapidez con que el indio desaparece.

El Sr. Bridges calculaba en 1883 en 3000 el número de los alacalufes, 2000 los onas y 3000 los yaganes.

Qué queda hoy de esos 8000 indios?

Los onas no llegan á 500, calculando en 200 los que aún quedan libres en el interior de Tierra del Fuego; los alacalufes no pasan de 50, y si hay más de 100 yaganes es mucho.

A la persecución de que han sido objeto por parte del hombre blanco, á su rápida desaparición debida á la tuberculosis, hay que agregar que los indios libres, divididos en grupos, se persiguen entre sí, concluyéndose en los combates que libran con frecuencia.

Al extenderse la propiedad del europeo, sus medios de vida fueron siendo más escasos, porque disminuía su radio de acción, y en el blanco tenía el principal destructor del guanaco, su más importante alimento.

Hombres hermosos como lo son casi todos, de elevada estatura, anchas espaldas y aspecto de atletas, se les ve languidecer y morir en pocos días . . .

El guanaco no se presenta allí en manadas tan numerosas como en Santa Cruz, por ejemplo. Para cazarlo tiene que valerse de hábiles artificios y se ve precisado generalmente á recorrer grandes distancias.

Cuando el estanciero dejó libres sus ovejas en los campos ¿qué idea



Indio Ona con sus esposas.

tenía el indio de la propiedad? Las obtenía fácilmente en grandes cantidades, era de su completo gusto el *guanaco blanco*, y lo robó. Fué entonces considerado como cuatrero, perseguido y *cazado*; mas si se examina bien la persecución de que el indio ha sido víctima, se ve claramente que no era ésta la única causa. La falta de mujeres, y el deseo de poseer las del indio, fué entonces el motivo principal.

Disminuido así su terreno, perseguido y hambriento, con la rapidez con que se reducía su número, se transformaron sus costumbres, de manera que el indio ese, confiado y bondadoso, que salía al encuentro de los expedicionarios, para ser cargado y fusilado, como le sucedió con cierto famoso explorador argentino, que no nombro porque ya murió, pero que se inflamaba al verlo—como el clásico manchego con los molinos y majadas. Ha aprendido hoy á desaparecer en el bosque con rapidez tal, que es fácil viajar por todo el interior de Tierra del Fuego sin ver á uno solo de estos desgraciados, así se lleven las más buenas intenciones.

Como debo fijar preferente atención á los onas, por cuanto es el grupo que ocupa el terreno confiado á mi estudio, me concretaré á ellos, dejando los Yaganes y Alacalufes para trabajos ulteriores (1).

Antes de estudiar al ona y sus costumbres, lo dividiré en dos grupos: el ona reducido y el ona libre.

Al primero se le encuentra convertido en peón, trabajando á la par de los europeos en los establecimientos de campo y especialmente en la misión Salesiana de Río Grande, donde ha constituido una población, viviendo tranquilamente y dedicado á las faenas rurales.

Son éstos respetuosos y obedientes—nos era agradable el encontrarlos en el campo guiando carretas ó llevando majadas, cuando quitándose el sombrero nos deseaban las buenas tardes. Muy curiosos, en las visitas que hacíamos á la Misión, se reunían para vernos llegar en cuanto nos divisaban desde lejos, observaban nuestros trajes, nuestras caras y el modo de andar, haciendo comentarios entre ellos. Siempre sonrientes, hacían sus comentarios en su lengua misteriosa para nosotros, é impunemente nos daban los nombres que más apropiados les parecían, con lo cual les era fácil distinguirnos al hablar de nuestras personas. Los anteojos del Doctor despertaban su unánime hilaridad.

Como la vida en la Misión es siempre más holgada para ellos, los padres salesianos envían con frecuencia indios de su confianza á los bosques, y ellos vuelven invariablemente con otros, que, aunque jamás sujetos á las prácticas regulares que allí se observan, pronto abandonan su capa de guanaco para vestir casaca y pantalones, acompañando á los otros en los trabajos, hasta ponerse pronto á la par de ellos.

Muchas veces las indias, acosadas por sus hombres, y confiadas en lo que á los que vienen de las poblaciones han oído decir ó por haber

(1) Mi compañero de expedición el Dr. Roberto Lehmann Nitsche publicará en breve los resultados de las investigaciones, tanto etnográficas cuanto antropológicas, que hizo sobre el terreno.

observado desde el bosque las costumbres, ó por serles ya insoportable el frío, se aparecen en demanda de hospitalidad.

Entre estas, los blancos eligen compañeras, y del mestizaje se obtienen ejemplares más hermosos aún; vimos en el Puerto Elena una india que tenía tres hijos: uno de italiano, otro de austriaco y el otro de español. Eran tres criaturas rubias que, lavadas y vestidas, hubieran parecido lindas entre nuestros más bellos chiquillos. También eran bonitos los hijos de los gendarmes de Río del Fuego.

Nótase en ellos que, en el color del cabello y la carne, predomina el del padre.

Las mujeres, al abandonar las prácticas salvages, se transforman inmediatamente, siendo uno de sus mayores rasgos la limpieza.

Se bañan en la playa del mar, dos y tres veces por día, dejan de embadurnarse el cuerpo con grasa de coruro y si obtienen aguas de olor las usan con gusto. El cabello desgreñado y revuelto con pedacitos de hojas y ramas de árboles y arbustos, toma con la higiene brillantes matices, lo suelta sobre la espalda, lo recorta á manera de flequillo sobre los ojos invariablemente—que tal es la moda ona,—y lo suaviza y alarga. Pero lo que no abandona son las pulseras, sartas de cuentas, tiras de género ó tientos de cuero, arriba de las muñecas y tobillos. La afición por estas prendas es marcada, y, al dar cuentas á una india, parece dársele la suprema felicidad, pues, encantada, las mira y juega con ellas entre los dedos, concluyendo por acomodárselas.

El Ona libre puede ser dividido á su vez en dos naciones. Aunque de la misma raza y lengua, ellos mismos hacen esta distinción.

Son el Ona del Oeste de la sierra Cármen Silva y el del Este. Entre estas dos parcialidades se odian y persiguen á tal punto que, como antes dije, la guerra que conservan entre ellos es una de sus principales causas de exterminio.

La falta de mujeres, otras veces, los obliga á pasar el límite que entre sí se han dado. Marchan á sorprender, y entonces es que se libran los terribles combates á flecha. Otras veces es la escasez de guanacos y naturalmente que el dueño los defiende.

Tomemos al indio desde su nacimiento.

Ha nacido. Esto no parece haber sido un gran sacrificio para la madre, que, como insensible á la revolución que el interior de su cuerpo ha experimentado, se levanta inmediatamente para darse un baño en el mar, ó, si está léjos de la costa, en el río más próximo que haya. En pocos momentos de la vida se presentan los Onas más salvajes que en éste. Si el parto es difícil, el *Doctor*, ú otro cualquiera, le salta sobre el vientre.....

Y en cuanto á eso de levantarse para el baño, no tiene que sorprender. Río del Fuego dista ocho leguas de Río Grande. La india Cármen, primeriza, tuvo un chiquillo en Río del Fuego, cuatro días antes de que nosotros viniéramos de éste á Río Grande. El indio Pedro—su marido—se venía con nosotros; ella subió al carro de dos ruedas, y sin elásticos, que traía nuestro equipaje, y zarandeada y traqueteada por el terrible

suelo de la costa, hizo las ocho leguas, llegando con su hijo como si nada hubiese andado.

La fecundidad no es grande: tienen generalmente de 3 á 4 hijos, siendo muy excepcionales los casos en que llegan á 8.

Tengo en mi poder una fotografía de una india Yagan con mellizos, caso considerado como extraordinario.

Desde el día en que la criatura nace, la lleva sujeta por la espalda sobre la suya con un pañuelo—si tiene—doblado en triángulo y abrigada con la misma capa, que se echa encima.

Allí vá el recién nacido á todas partes. Es un parásito, que sólo cambia de sitio para mamar.

Las pulseras de manos y piés son el adorno que recibe. Después, cuando gatea, sus primeros compañeros son los perros, y sus únicos juguetes las flechas del padre. Pronto el instinto de imitación se apodera de él. Toma las varas de los arbustos secos y se afana en convertirlas en flechas. Esto lo he observado muchas veces la flecha: es lo que más le agrada.

Cuando ya da los primeros pasos se aproxima el momento en que debe ser entregado al *maestro*.

Este Mentor es quien debe iniciarlo, desde niño, en la ciencia del hombre. Dueño de su vida, y en completa libertad para hacer del niño lo que le parezca, el primer acto del maestro es darle nombre.

Se llamará: Alitol, Koipar, Kuelguer, Eling ó Mysaía,—como el maestro quiera.

Este personaje, tan importante en la agrupación india, debe enseñarle á conocer por sus nombres á los animales y las plantas, dónde debe encontrar á éstas y cómo debe hacer para cazar aves, coruros y guanacos.

Debe enseñarle á hacer flechas y á tirar, á conocer el rumbo dentro del monte, á andar largas distancias, á rastrear, á viajar tanto de noche como de día, á caminar sin ser sentido, y á cruzar las vegas sin ser visto.

Enseñanza extraordinaria que asimila al indio á su medio, aumentando beneficiosamente para él sus medios de vida.

Cuando la educación del jóven indio ha terminado, el maestro lo entrega á la familia. Este es un gran acontecimiento que se festeja por los parientes y amigos en debida forma.

La familia ó la tribu exigen la prueba. Tiene para ello que vivir seis ó siete días en el monte, sin que nadie lo pueda ver. Durante ese tiempo le está prohibido comer corazón, tanto de guanaco como de ave, y recién puede aproximarse á los fogones cuando esta reclusión ha terminado.

Entónces tiene que estar otro tanto de tiempo con la cabeza vuelta sin ver la luz de los fogones. Terminado este requisito, se hace la gran fiesta.

Los hombres forman un grupo con sus respectivos toldos, y las mujeres otro: luego los hombres se dispersan en la noche por el bosque y el muchacho tiene que salir en su busca y encontrar á todos.

Terminada esta, tan difícil cuanto decisiva prueba, el jóven ha terminado el aprendizaje de hombre como todos y por lo tanto tiene iguales derechos.

Cuatro ó cinco veces en el año se hacen las fiestas de baile.

En un claro del monte se enciende una gran fogata que debe arder mientras dure la fiesta; un muchacho ó un hombre se para junto á ella, en derredor se toman los hombres, pasándose los brazos unos con otros, y giran rápidamente, cantando, hacia la derecha.

Las mujeres hacen el círculo exterior, pero no presentan el frente al fuego, sinó el costado izquierdo, tomándose de los codos de la que lleva por delante. Cerrado así el círculo, giran en torno del fuego hombres y mujeres, esforzándose en marearse las unas á los otros.

Este baile dura toda la noche; si hay bebida se bebe, si hay carne se come; pero la embriaguez frecuentemente no tarda en llegar á estas fiestas, y los hombres ruedan en asqueroso monton, convirtiendo en repugnante aquella escena que en el májico escenario tenía evocaciones de horas drúidicas, en las danzas bajo los muérdagos sagrados, á la luz de la hoguera y de la luna,

Otra ceremonia que también se hace, aunque no tan importante, es la del matrimonio.

Es un simple trueque. Cuando el indio desea casarse tiene que pedir la novia á la madre, cambiándola por bastante comida ú otra cosa.

Desde que se casan, los padres no lo miran más, y si por casualidad se encuentran con él, dan vuelta la cara inmediatamente. No se tratan como enemigos, pero esta es la costumbre.

El hombre no se conforma con una mujer. Puede tener cuantas quiera y pueda, parientes, criaturas de diez años, ó viejas que apenas pueden arrastrarse.

El debe proveer á la familia de alimento; sus mujeres, en cambio deben cuidarlo. No sería extraño que este mormonismo fuera una consecuencia de la desaparición rápida de los onas.

Él guía y abre el camino en la pradera ó en el bosque, vigila, lucha, y hasta muere por sus mujeres defendiéndolas.

Muchas veces lo he visto cruzando aquellas tierras, erguido siempre cual granadero á gusto de Napoleón, con la mirada fija al frente, envuelto en su capa de guanaco, con los brazos recojidos sobre el pecho y las manos ocupadas con el arco y las flechas, siempre listas para herir.

A paso acompasado, iba delante de la familia; media docena de perros le seguían, flacos, guanaqueros ó cazadores de coruros, guardianes ó ladrones de ovejas. Detrás las mujeres y los hijos. Las mujeres agobiadas por la carga, pues que, nómadas, porque así las hizo el escenario, van de uno á otro lado como el caracol, con toda la casa y el ajuar á cuestas. Y, en realidad, la casa no es mucho; cinco ó seis varillas de 1,50 á 1,80 centímetros de largo, y unos cuantos trapos, eso es todo.

Pára las varillas entre los arbustos, tiende en ellos los pedazos de trapo que posee, hace un pequeño fogón teniendo cuidado de poner los palitos ó leñas lo más parados que le sea posible, para no hacer mucho

humo ni luz, y allí se tienden los suyos envueltos en su capa. Un par de canastas tejidas de juncos son su mueblaje, tres ó cuatro latas de conservas su menaje de cocina. Una infinidad de cosas inútiles, bolsitas con ocre para pintarse la cara, piedras, pedernales, ramas de plantas medicinales, condimentos, en fin, de todo lo fueguino un poco.

Hay qué comer?—lo que se pueda. Todo es bueno; no sabe de dispepsias: como el camello de Mark-Twain, es capaz de decir hasta virtutas de plomo, pues come coruro y lo encuentra «como comer pajarito» y se relame con gusto con la carne de macá, lo más incomedible que probé en mi vida.

Los onas tienen por principal alimento el guanaco, que persiguen donde lo encuentran, y cazan á flecha, ú ocultándose en un pequeño pozo, que hacen junto á su senda, y que tapau con ramas verdes.

Caza el coruro, otro de sus principales sustentos, valiéndose de una picaña, ó sea un palito con una púa. Una vez encontrado el nido en las galerías de su cueva, lo picanean hasta que sale, y entónces lo agarran directamente con la mano.

Si este hombre, en lucha decidida con la Naturaleza, es realmente un hombre fuerte, sábio é inteligente, como es frecuente que los indios se reúnan en grupos de 4, 5 ó 6 familias, es nombrado jefe ó cacique.

Pero en la naturaleza misma de las regiones que habita encuentra su mayor enemigo, el frío, que en Invierno llega á serle terriblemente insoportable, obligándolo, cuando ya no puede más, á meterse en el agua helada de los ríos, ó á revolcarse en la nieve, para provocar la reacción.

El guanaco, en ese entonces, sale apenas de los montes en las horas de sol; acosado por el hambre, se ve el indio forzado á dar malones en las estancias, cortando los alambrados para llevarse todas las ovejas que pueda. Y cuando se vé perseguido, y que los animales se le van quedando, desgarrata á estos ó los mata, abandonando los últimos al huir.

Cuando la muerte llega, los deudos y los amigos hacen una fosa de 1 á 2 metros de profundidad, de forma alargada, y en la que depositan el cuerpo acostándolo boca arriba.

Primero, en el fondo, ponen una capa de pasto, y sobre esta lo colocan envuelto en su quillango, poniéndole el arco y la flecha, luego otra capa de pasto y encima ramas pequeñas. Una vez hecha esta operación lo tapan con tierra.

Si es el cacique quien ha muerto, además de lo anotado dejan en su fosa todo lo que le pertenecía, haciendo una colecta de flechas en la tribu para colocarlas con las de él.

Eligen para tumba un lugar en que el terreno sea duro.—de preferencia las alturas. No levantan túmulo, ni hacen señal alguna. Los suyos, y los de su tribu, son los únicos que saben dónde está sepultado, como si temieran que, aun después de muerto, viniese el hombre blanco á perseguirlo.

Y allí lo dejan para siempre, bajo los bosques de robles en que arrastró su vida, desgraciada al par que feliz, pues allí luchó por la más hermosa de sus quimeras... su libertad.

Muchas veces, tanto en los bosques del Chaco y Formosa, en las desoladas cordilleras y aquí en la tierra de los onas, he pensado en la guerra inclemente que hemos hecho al indio, guerra injusta, cuando se considera que á él era á quien asistía el derecho de defender su antigua propiedad, perdida paso á paso, por el irresistible poder de las razas superiores.

¿Por qué lo destruimos? ¿No puede ser él, acaso, aún hoy, un buen colaborador de nuestro desenvolvimiento? ¿no lo ha sido, una vez dominado, sirviendo en nuestros ejércitos y establecimientos rurales?

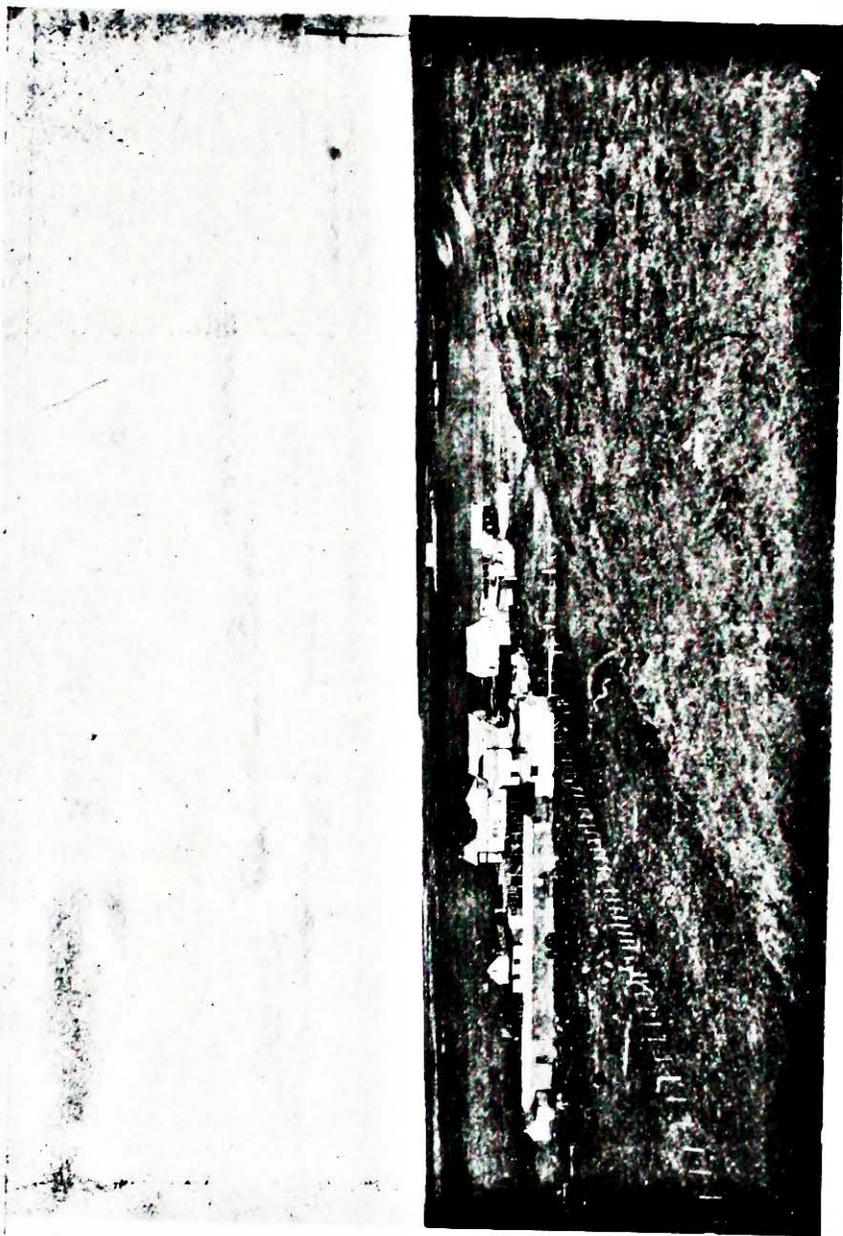
Estados Unidos, la nación de los grandes ejemplos, nos lo dió á nosotros, bien hermoso por cierto, destinando un pedazo de su tierra para propiedad de los *Pieles rojas*. Si nosotros, en Tierra del Fuego, destináramos un pequeño retazo para que en él vivieran los pocos indios que quedan libres, dándoles la seguridad de no ser molestados, no haríamos más que cumplir con un deber de estricta justicia, obteniendo con él la tranquilidad de las estancias que hoy se desarrollan tan rápidamente en aquel territorio nacional, y justificando así, con un acto humanitario, cuanto castigo se aplicara al indio por los robos de ovejas, que posteriormente efectuara.

El indio ona, no es un indio peligroso como se le supone. Todos sus actos buenos ó malos están justificados racionalmente; puede ser un buen colaborador, como lo es en las misiones salesianas de Tierra del Fuego y en otros establecimientos.

Pobres onas!... Cabe repetir la frase del escritor inglés.... « Son las últimas hojas, de un Otoño que se acaba! »



Las últimas horas



Río Grande. — Misión Salesiana de la Candelaria.

CAPITULO V.

La Misión Salesiana de la Candelaria.—Río Grande.—Río del Fuego.

El 2 de Marzo, el *Elena* navegaba frente á Río Grande, esperando la creciente para aproximarse á la costa. Los que hayan visitado la parte oriental de Tierra del Fuego saben bien que esto quiere decir que el *Elena* se encontraba ante uno de esos *puertos* en que las rocas asechan el casco bajo las aguas.

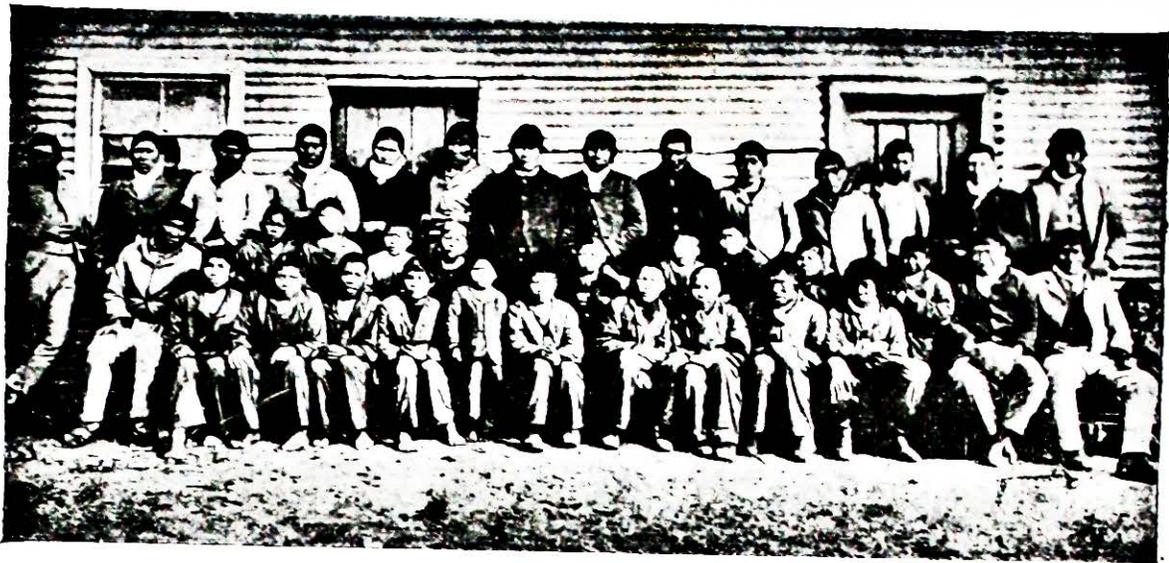
Unas son veces restos de montañas arrastrados por la masa móvil desde las profundidades; otras, la roca desprendida de las barrancas y que ha bajado por la playa; otras, la arista misma de una veta que surge, y siempre, constituyendo una línea avanzada, se tienden paralelas á la costa, convirtiendo en inhospitalarias aquellas playas en que la exportación de los productos constituye un problema realmente difícil. Cuando la pleamar las cubre, el navegante suele atreverse en algunos lugares á pasar por junto y á veces por sobre ellas, y llegar á la ribera, en la que el casco de su buque, en la bajante, descansa seguro sobre la arena; mas un leve error, con frecuencia, deja el barco tumbado para siempre entre las rocas.

A las 10.30 a. m. el capitán Juan Leoni se atrevió á aproximarse—y pasando por sobre los *risos*, como dicen los marinos, fondeó frente á la Subprefectura, donde, llevado por un bote, fué desembarcando el equipaje. No había tiempo que perder. Si lo sorprendía la bajante, quedaba encerrado allí hasta el siguiente día. Estrechamos la mano de aquel hombre cuya pericia tanto habíamos admirado, y el bote, empujado por las olas, fué á varar á pocos metros.

Los marineros saltaron presentándonos la espalda para que bajáramos, pero, aunque la operación fué rápida, no alcanzó á librarnos de dos golpes de mar, que, uno siguiendo al otro, nos empaparon totalmente. Y así, chorreando por todos los ribetes, echamos pie á tierra en el puerto de Río Grande.

Un joven nos esperaba allí, y, al ser presentado, supe que era el comisario de la localidad:—Ernesto de Rosis—y quien debía proveerme de gendarmes, cargueros, animales de silla, armas y municiones. Así se lo decían las cartas del Gobernador y del Jefe de Policía. Encontré en él más que al empleado que obedecía, al hombre que se afanaba complaciéndose en colaborar, oficial y particularmente, en la tarea que nosotros emprendíamos.

Dispuesto nuestro alojamiento en el local de la comisaría, partimos á visitar la Misión, en cabalgata de ensayo, pues para algunos de mis compañeros parecía ser la primera vez que se encontraban en tan grave apuro, como es el de andar á horcajadas en el bruto, á la par de los viejos ginetes.



Onas reducidos de la Misión Salesiana.



Indias Onas en la Misión Salesiana.

La Misión Salesiana de la Candelaria—á cargo del Padre Juan Zennone en cuanto se refiere á lo espiritual, y del Hermano Ferrando en lo que respecta á la parte administrativa,—ubicada próxima á la costa,—y al Sudoeste del Cabo Domingo, dista sólo legua y media de la desembocadura de Río Grande. En hora y media, —largo tiempo en verdad —pero

debido al cuidado que nos exigían los murrangos—estuvimos en ella. Es por su aspecto, una pequeña población tendida al pié de las barrancas que abandonó la última vez el mar. El campanario de la iglesia, la casa de las salesianas, los talleres, el cerco sobre el cual asoman algunas plantas verdeantes aún, la habitación del Padre Zenone y luego la doble calle de pequeñas casas enfiladas—construidas por los mismos indios reducidos—dan á la Misión el aspecto de un alegre pueblito.

Algunos hombres y muchachos que iban de un lado al otro, los unos ocupados en diferentes quehaceres y los otros en bullicioso montón, correteando y riendo, se detuvieron curiosos á observarnos y haciendo rueda en torno nuestro, empeñados en presenciar las primeras escenas de la llegada, escuchaban los cambios de saludo y presentaciones de estilo.

El Padre Zenone, en la primera y siguientes visitas que le hicimos, nos hizo conocer todas las dependencias de la Misión, así como también las de las hermanas salesianas, cuya obra humanitaria y eficaz para el desenvolvimiento de Tierra del Fuego, es bien digna de ser tenida en cuenta.

A semejanza de los fundadores del pueblo incásico, aquel Manco Capac que reunió á los salvages de las montañas peruanas para enseñarles á ser soldados, á tener obediencia y respeto—condiciones indispensables de una sociedad que se constituye,—á cazar y á trabajar la tierra para aprender á amarla, y aquella Mama Oello que enseñaba á las mujeres los trabajos del hogar y las manipulaciones de la lana, los salesianos imprimen al indio una nueva vida, en que, sin esfuerzo, sin quebrar los moldes antiguos, despiertan su razón y su moral.

La flecha que cruza la selva, no es ya más que un juguete en las manos del indiecito, que, porque lo lleva en la sangre, encuentra placer en trabajarla y adiestrarse en los ejercicios de la puntería.

Una fuerza superior á él, la palabra del misionero, le ha hecho perder toda la del arco. Y el indio ese, hijo de los desiertos en que su alma se ha forjado en la adversidad con la fibra de las razas guerreras, convertido en el niño de escuela, á medida que se desarrolla, se convierte en labriego y en pastor.

¡Con cuánta satisfacción penetramos á los talleres de los salesianos! En una amplia sala, veinte indias, que habían trocado el quillango y sus demás atavíos por la bata y las polleras, en cuclillas las unas junto á las otras, estaban hilando lana de la misma Misión. Eran todas adultas, algunas viejas, y aún llevaban el fleco á la usanza salvaje, con el cabello hasta los hombros. Este y las pulseras de cuentas, eran los últimos vestigios de su vida anterior. Si no hubiera sido por ellos, difícilmente, al verlas convertir rápidamente los mechones de lana en delgados hilos que se envolvían en el huso, se habría pensado que recién acababan de ser nómades en el bosque.

En la misma habitación, otra india trabajaba en el telar. Pregunté si al darle esa tarea, se la había preferido por su inteligencia y la hermana, á cuyo cargo estaba la sala, me dijo que todas se turnaban cada dos horas, pues eran igualmente capaces.

Contigua á esta sala, ví otra más pequeña en que una india hacía medias, manejando con facilidad una máquina inglesa muy complicada, en la que si yo me hubiese puesto á manipular, habría confeccionado algun disparate, á buen seguro.

Otro departamento era la Escuela. Sentadas en dos filas y bajo la vigilancia de una hermana, doce indiecitas de edad variable entre los 9 y los 12 años, hilaban también.

El hilo era homogéneo tanto en su espesor como en su resistencia, y el ovillo, limpio, se presentaba igual á los que habíamos visto en manos de las adultas. Pero aquellas criaturas, no habían aprendido eso solamente: sabían leer y escribir. La hermana me mostró los cuadernos en que se desarrollaba el curso de caligrafía y en los que pude observar la transformación de los torpes palotes en clara letra de tipo inglés.

Aún la Misión, me guardaba mayores sorpresas. Pasamos á ver el trabajo de los hombres. Los salesianos prestan á ellos mayor atención, no sólo por el peligro que puede ofrecer el ona que escapa á los bosques después de haber adquirido el conocimiento de la vida civilizada, sino porque al par que aprende á cuidar majadas, á esquilas, á manejar las carretas y los arados, en fin, los trabajos del campo, constituye el personal con que cuenta la Misión para poder sostenerse.

Un hombre de raza europea, puede esquilas cien ovejas por día. Un ona, no llega más que á cincuenta, pero la economía del sueldo equilibra las ganancias.

Y baste para poderse formar una idea de las utilidades que los indios pueden proporcionar, el hecho de que la Misión posee 25.000 cabezas lanares, todas cuidadas y manejadas por ellos, bajo la inteligente dirección del Hermano Ferrando.

Frente á la casa que ocupa el Padre Zenone está la escuela, donde unos veinte muchachos de 9 á 15 y 16 años de edad, aprenden á leer y á escribir por el mismo método de las mujeres, que consiste, simplemente, en la copia repetida de los modelos que traza el profesor en el pizarrón. Era este un salesiano de alguna edad que demostraba verdadera dedicación á su tarea, hartamente difícil, pues los chicuelos indios, no acostumbrados á estar sujetos en el banco, inquietos y distraídos, han de ser capaces de apurar la paciencia de quien no sea como el padre aquél.

Sabían los puntos cardinales, las estaciones del año, que la luna viajaba al rededor de la tierra y que esta giraba á su vez en torno del sol. Que América estaba en este mundo, que la Argentina era un país americano, que era república y que ellos... eran argentinos!

Tarde ya, regresamos á la comisaría de Río Grande.

Desde el local que ocupábamos, se distinguían á 16 cuabras, las casas de la 1.^a Argentina, propiedad del Sr. José Menéndez. Era allí donde debíamos proveernos de carne fresca y al siguiente día me apersoné á su administrador el Sr. Alejandro Mack-Lhenann, á fin de que tuviera preparados cuatro capones, que, según la opinión de algunos, me durarían frescos 15 días.

En este punto, sobre la margen derecha del Río Grande y próximo á su desembocadura, las casas, casi todas de madera y zinc, se presentan agrupadas también. Hay un almacén bien provisto, donde el viajero puede encontrar todo lo necesario, pero muchos objetos, valen á veces el doble en moneda argentina de lo que cuestan en Punta Arenas, en moneda chilena.

Los inconvenientes del transporte..... Ah! Los fletes! El peligro!

Bueno. Hay tres corrales, hechos de madera de roble, cuyos postes duran diez años término medio—destinados al servicio de las casas en que habitan el administrador y empleados—hay oficinas, galpones para la lana, cocina, comedores.

Es suficiente echar una mirada al mapa de Tierra del Fuego, para darse cuenta de la posición ventajosa y de lo extensa que es esta propiedad. Hay 47.000 cabezas lanares, que son esquiladas desde Noviembre hasta Febrero y la lana es extraordinariamente limpia, salvo en los últimos días de Febrero, en que viene sucia con semillas, por lo que hay que apurar la esquila para evitar este mes. El vellón de los capones, pesa hasta 5 kilos.

Me quedan algunas casas de la orilla, de que aún no he hablado.

La Subprefectura del Puerto:—Un galpón y la casa del Subprefecto, hombre de larga barba roja que le da aspecto de Robinson y que vive allí con su esposa.

Es uno de los pocos matrimonios extranjeros—creo el único—que he observado en Río Grande. En general, Tierra del Fuego, es el refugio de los solteros. Alcanzan los dedos de la mano, para contar los matrimonios venidos á ella.—¿Porqué no se casa Vd?—solía preguntar.—La respuesta era lógica.—¿Quién tiene tan poca alma para traer una mujer á pasar el invierno por aquí?

Hay que ver lo que es esto, cuando todo lo cubre la nieve. El Gobernador pensaba como Vd., que había necesidad de matrimonios y la primera pregunta que hacía á los que se le presentaban á solicitar trabajo era:—¿Es Vd. casado? Pero tuvo que desistir; aceptaban traer á la esposa, pero con la condición de probar el primer año. Economizaban los sueldos y después de unos cuantos meses, pretestando que el frío era muy fuerte, se iban.

Nada de esto, sin embargo, nos satisface y yo creo que la causa es otra. Desde la ubicación de las poblaciones y su construcción, hasta la tarea de cada uno de los habitantes, todo en Tierra del Fuego parece inestable.

¿Hacer hogar?—¡Ya lo creo! ¡Cuántas familias viven en la Cordillera, en lugares mucho más fríos que los de Tierra del Fuego. ¿Acaso son mejores los valles de Calchaquí y los mismos antros de los bosques chaqueños? Acaso los Gobernadores Godoy y Carrié no han tenido en Ushuaia á sus familias? Acaso Ushuaia es mejor que Rio Grande?

Pero los solteros prefieren vivir con los indias, conformándose con pensar que se..... refina la raza india y yo pienso que, degenera la blanca.

A siete cuadras de la casa de Jhon Dick, que así se llama el subprefecto, hay una pulpería bastante mal surtida y á dos cuadras de esta, siempre sobre la costa, la comisaría en que nos alojábamos, compuesta por un solo cuerpo de edificio de madera y zinc, ocupada por el comisario y los gendarmes. A los fondos, una pequeña huerta en la que ví algunas legumbres destinadas al consumo, y una línea de carpas y pequeñas habitaciones en que viven algunas indias, mujeres de los gendarmes.

Tal es, en general, la población de Rio Grande, localidad que sigue en importancia á Ushuaia.

El comisario de Rosis, me hizo entrega allí, de los elementos que necesitaba. Doce caballos, aparejos, monturas, carabinas y cuatro ponchos patria, consagrados por la práctica, que, aunque traíamos los nuestros, nos fueron muy útiles, pues el poncho patria es, por la bayeta con que está forrado, el mejor de los abrigos que puede llevarse en las regiones frías.

Preparado nuestro equipaje, el 6 de Marzo estábamos listos para partir, sólo había que esperar la bajante del río, pues la caballada tenía que vadearlo.

A las 11 a.m. vino un gendarme á avisarnos que la marea estaba parada y que debíamos apurarnos; el equipaje fué puesto en un carró de que dispone la comisaría y pasado á la orilla derecha en una chata.

Frente á las casas, el río, próximo ya á desembocar, tiene un ancho de 750 metros y su fondo plano, de pedregullo y arena, permite pasar á caballo de un lado al otro en la baja marea, por el *Paso de abajo* y el *Paso de arriba*, que es más corto aunque más distante.

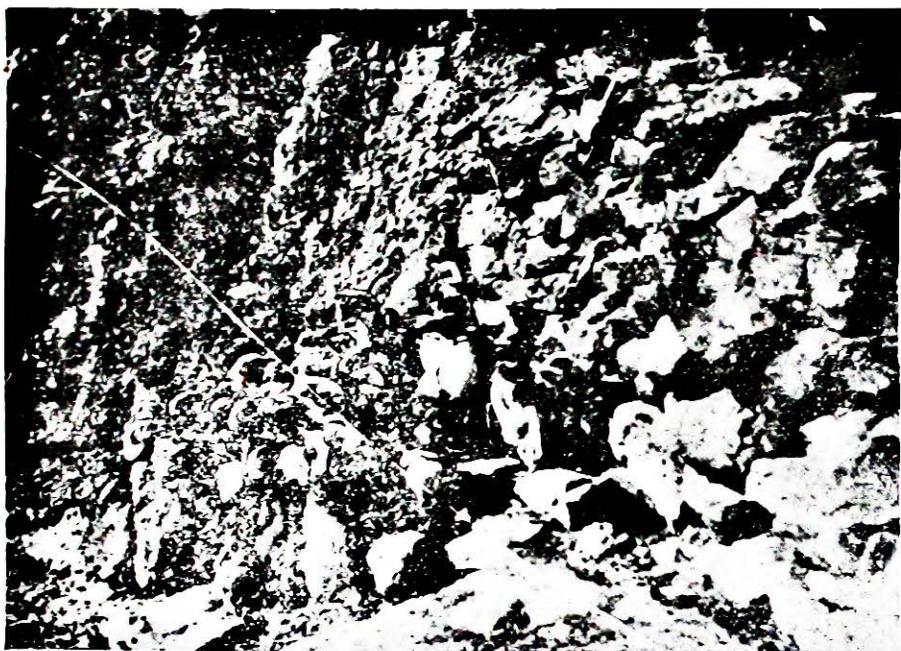
Aún en la marea baja, hay siempre una faja de agua de más de 200 metros, que atraviesan las gentes de la localidad, pero á los que no tienen completa seguridad sobre el caballo, les recomiendo pasen con los botes de las estancias.

Una vez en la orilla opuesta resolvimos no aparejar, pues más rápidamente iría todo en un carro hasta Río del Fuego, mientras, yendo al galope, haríamos campamento en él, antes de caer la tarde.

Salimos de la estancia Primera Argentina á la 1.20 p.m., entrando en dirección á la costa del mar por un potrero de tierra muy pobre, en la que el suelo se presentaba cubierto de troncos de arbustos hechos pedazos. A la derecha corría un cordón de lomas, altas apenas de 8 á 10 metros, formada por anteriores depósitos del mar, pues en algunos derrumbes, se veía que estaban constituídas por pedregullos y arena en su mayor parte. Esta línea, es continuación de la que, completamente igual, aparece desde la comisaria de Río Grande hasta la Misión Selesiana. Próxima á las lomas, la vegetación herbacea que crece á su abrigo, reacciona presentándose más alta y tupida, aunque con ligero matiz amarillento.

Viajábamos al galope. A los 50 minutos, dimos el primer descanso á los animales junto á una aguada dulce en que las gramillas se amontonaban, teñidas de intenso verde; 10 minutos después, en la extremidad de la loma que seguíamos y que conservaba su dirección paralela á la

costa, el camino, más bien la senda, doblaba bruscamente á la derecha llevándonos á terreno más elevado, y en él que los pastos tocaban el pecho de los caballos. La impresión general, evocaba las pampas del Sur de Buenos Aires, pero muy pronto, el aspecto cambió. Una laguna, á la que calculamos legua y media de longitud, transformó el escenario, entrando el camino por un campo suavemente ondulado, en el que se notaba el paso de las aguas fluviales, unas veces hacia la laguna y otras hacía el mar. A la izquierda, aún se divisaba la costa y al pié de un pequeño cabo, de Rosis, que nos acompañaba, me hizo notar que había lobos. No muy lejos del cabo, percibimos un *pingüino* joven. Aún no había cambiado del todo la pluma. Nos aproximamos á él



Grupo de pengüines.

al paso y como no intentara escapar, uno de mis compañeros le echó un lazo. Entónces lo vimos indignarse. Arremetió á picotazos contra las botas de su cazador, le rompió los pantalanes y comenzó á aletear, pero fué en vano, estaba bien asegurado.

Nos encontrábamos próximos á las playa de la extensa bahía que forma el Cabo Peñas y al fondo, en el otro extremo, veíamos los primeros montes. El terreno se presentaba sumamente variado y á veces nuestros caballos galopaban por grandes trechos en que los matorrales de pasto crecían entre el pedregullo. Era esta la parte Sur de la propiedad del Sr. Menéndez ó sean los potreros de reserva para el invierno, pues como la nieve—y emplearé el término local—no *carga* tanto en las proximidades de la costa, se destinan los campos del interior al pastoreo, la mayor parte del año, trayendo las haciendas á aquellos, cuando estos están ya totalmente cubiertos por ella.

Algunas lagunitas ó aguadas que encontrábamos al paso, estaban

ocupadas por grandes bandadas de patos que allí se amontonaban sin tomarse la molestia de escapar.

¡Qué haber de patos en Tierra del Fuego! Creo que nunca pasé más de media hora sin sentir su presencia. En la playa del mar se amontonan y se tienden buscando alimento entre las algas, en comunidad con las gaviotas y las abutardas. ¿Calcularlos? ¡Imposible! Son enjambres cuando están en la playa y nubes cuando vuelan.

A las 4.10 p. m. vadeamos el Río del Fuego con la bajante de la tarde. Próximo á la desembocadura, es angosto de 8 y 10 metros, con las orillas completamente á pique y el fondo pedregoso. El agua, nos daba apenas arriba de los estribos. Veinte minutos después, echábamos pie á tierra en el Destacamento de Río del Fuego, habiendo galopado ocho leguas en tres horas y media. ¡Buena jornada había tocado á los maturrangos!

Lejos de los pueblos en que nacieron, sin más bullicio que el rumor de las olas que revientan en la playa, sin más alegrías que el grito de los chiquillos, sin más amor que el de sus compañeras indias, llevados allí—unos por el vicio y otros por la miseria—viven los gendarmes á cuyo cargo está el cuidado del territorio contra los avances de los hambrientos onas.

Su jefe inmediato, es el sargento Fermín Quinto, un joven correntino, rígido y disciplinado, bien capaz de sujetar á los *nenes* que tiene á sus órdenes.

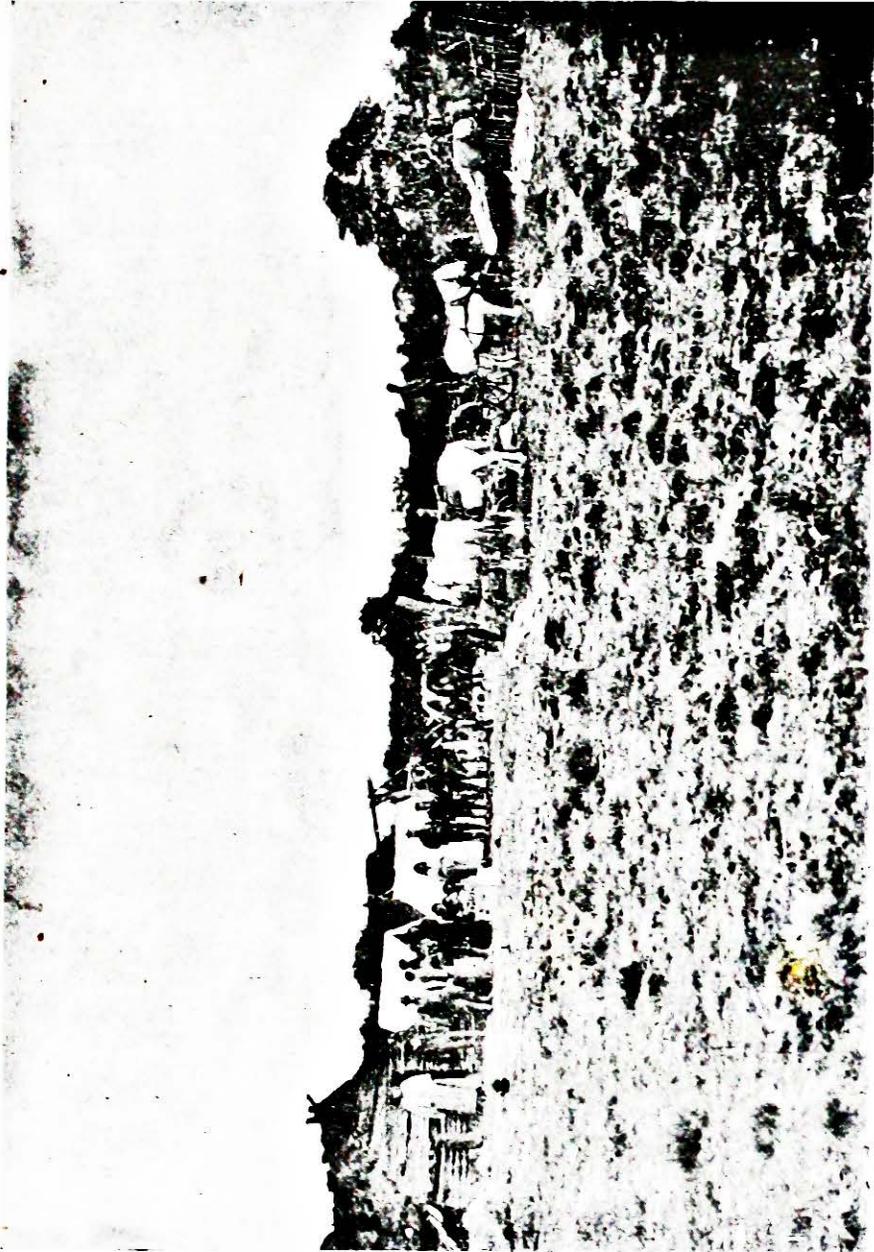
Y podrá, quien esto lea, figurarse de qué clase son aquellos,—vencidos que la vida arrojó á tan apartado lugar, bebedores y jugadores que ya nadie soportaba y que encuentran en Río del Fuego, económico sanatorio.

Cuando nosotros llegamos, había allí nueve individuos de los que, cuatro tenían sus esposas, ó sea matrimonios á la fueguina, sin partida en el Registro Civil y sin bendición religiosa, lo que hace un total de trece personas adultas á las que hay que agregar cuatro criaturas.

Aun tengo algo más que censar en Río del Fuego: los perros, muy dignos de ser tenidos en cuenta por su gran utilidad.

La clase que encontré allí, á parte de algunos guardianes, es la llamada *guanaquero*, una variedad de galgo de color leonado, alta, de 0.75 centímetros hasta la cruz y que se emplea para la caza del guanaco, á lo que debe su nombre. A mi juicio, estos perros debieron ser traídos de Europa por el Sr. Bridges ó algún otro misionero inglés. En las localidades que distan de las estancias, el guanaquero es un colaborador indispensable para el que las habita, pues siendo como es, tan rápido el guanaco en la carrera, no alejándose sino en muy raros casos de los bosques que tanto abundan y refugiándose en ellos al primer peligro, como que bien conoce que en el bosque es imposible su persecución y por lo demás, siendo tan difícil por todo esto su caza á bala, el habitante de Tierra del Fuego, se vería con frecuencia obligado á largas jornadas, en busca de carne.

Pero el guanaquero husmea el rastro. Sigue la senda del guanaco,



Destacamento de Río del Fuego.

lo encuentra, corre, lo alcanza y saltándole al pescuezo ó lo sujeta hasta que llegue su amo, ó lo desgarrar y mata.

Cuando el perro es jóven y el perseguido un ejemplar fuerte, se limita á sujetarlo por los garrones, pero cuando ya es diestro, no hay guanaco que escape de sus colmillos. Los indios y los blancos lo estiman, como que saben que cuando falta carne, es suficiente una excursión corta, acompañados por uno de estos perros, seguros de que al volver, traerán en las ancas del caballo cuantos guanacos hallen en el camino.

De este tan importante compañero del hombre, los gendarmes poseían una media docena.

La localidad, por falta de puerto,—aún para embarcaciones menores—no tiene porvenir alguno. Es simplemente un campamento á 600 ó 700 metros del mar, para el que solo se han tenido en cuenta los buenos pastos de las vegas y el abrigo que ofrecen los bosques de robles, que por la costa dan principio allí hasta los términos del territorio por el Sur.

El monte, aquí, no tiene hermosura alguna. Los árboles son pequeños, pero en cambio, el suelo es muy rico en especies, casi todas en flor. Del lado Sudeste y Sudoeste, el suelo, al irse elevando suavemente á medida que la vega desaparece, perfila bajos cordones de lomas en las que el monte—todo roble y arbustos de calafate—se presenta algo mejor. Estas lomas, de las que ya me he ocupado, pertenecen á la serie de antiguas bahías del mar y cierran la vega, larga de veinte cuadras por seis de ancho por un lado, mientras que por el otro, se tienden las elevaciones de la costa actual, de manera que las aguas, no encontrando salida, se detienen formando pantanosa llanura.

Como aún tenía que hacer los últimos preparativos, demoramos dos días en Río del Fuego.

Cuando el país que se visita, es de continuo recorrido, el arreglo de una expedición, no presenta mayores inconvenientes. El mapa está hecho; se sabe que se van á encontrar montañas ó ríos en los puntos A ó B; se lleva un guía, un individuo nacido allí, que va previniendo la duración de las marchas y enseñando que el C, es aquel y el D, aquel otro, con lo cual el viajero *va llevado* y en todos los momentos, sin recurrir á mayores investigaciones, sabe el lugar en que se encuentra, pero cuando se tiene por delante un mapa aún casi en blanco y no existe una sola persona que haya hecho las marchas proyectadas; cuando no sabe si aquella *tierra incognita* está toda invadida por bosques, por lagos, ríos ó pantanos, su situación es de las más difíciles. En tal caso, debe ir preparado á todo.

En la mañana del 9 de Marzo, estaba todo listo y desde aquel momento debían acompañarme:

El Dr. en medicina y filosofía, Roberto Lehmann Nitsche, distinguido antropólogo alemán—Director de la Sección Antropológica y Etnográfica del Museo de La Plata,—que venía con el objeto de estudiar los indios onas sobre el terreno; el Ingeniero Agrónomo Cressenso Calcagnini, encargado de hacer las observaciones meteorológicas, el herbario

y observaciones agrícolas: el ingeniero italiano Francisco Rossi, encargado del relevamiento topográfico de la región que íbamos á recorrer, trazando á la vez el itinerario detallado de la marcha, y los gendarmes Pedro Covasovich — intérprete ona y vaqueano; Mesquita y Quinteros, encargados de los cargueros, comida, etc.

Todo preparado, abandonamos el Destacamento á medio día, con dirección al Sudoeste.



Pedro Covasovich. — Ona: guía.

CAPÍTULO VI

Salida de Río del Fuego.—La llanura sin árboles y el codo de Río del Fuego.—Un error de Nordenskjöld.—Los coruros.—El curso de Río del Fuego.—Los turbales y la mutilla.—Las Lagunas Suecas.—El Lago Ch'épel.—El bosque de coibos.

La parte del territorio que se me había ordenado estudiar, es la limitada al Norte, por el paralelo 54°; al Oeste, por la línea divisoria de Chile y la Argentina; al Sur, por la costa Norte del Lago Fagnano y al Este, por el Océano. El Norte, había sido ya examinado por los ingenieros encargados de hacer las mensuras de los lotes que se prolongan por el Sur hasta las proximidades del Cabo y el Oeste, por la comisión demarcadora, que ha producido un buen mapa.

El interior, aún propiedad del Estado, permanecía relativamente poco conocido, pues los únicos trabajos á nuestro alcance que de él se ocupan, son los llevados á cabo por el eminente explorador Otto Nordenskjöld y aún de este, no se ha publicado la obra definitiva, sino breves reseñas muy generales y la parte correspondiente á la costa, aunque continuamente visitada por los mineros buscadores de oro, interrumpida con frecuencia por desembocaduras de ríos y arroyos, no tenía para mí, por el carácter de mi misión, un gran interés, por lo que hallé mayor conveniencia en internarme lo más que me fuera posible.

La estación era avanzada, salía de Río del Fuego con fecha 9 de Marzo—debido á la demora del vapor Chubut, de Buenos Aires á Punta Arenas y al largo viaje que hicimos en el vaporcito Elena—se esperaban ya las primeras nevadas, y como el Lago Fagnano se halla encerrado por montañas, corría el peligro de fracasar, al encontrarme detenido por las nieves. Debía pues, llegar á la pirámide puesta por la Comisión de límites sobre el Fagnano, con la mayor brevedad posible; así fué, que, contrariando mi deseo de contornear el terreno que debía explorar, me ví obligado á cortar camino, cruzándolo diagonalmente, de lo que hoy me alegro, pues de esta manera me ha sido posible verlo casi por completo.

El primer, día es siempre el más pesado. Los jinetes no acostumbrados á estar largo tiempo sobre el caballo, se cansan pronto, los aparejos no amoldados al animal descomponen la carga á cada momento y si los encargados de cuidarla—como sucedía—no son prácticos, el aprendizaje demora más la marcha.

La vega de Río del Fuego, se internaba en la misma dirección que deseábamos seguir, por lo que el camino al principio, no ofrecía mayores

dificultades, permitiéndonos adelantar camino al paso durante 40 minutos.

Pero bien pronto encontramos las primeras dificultades, casi las únicas de la mayor parte del viaje. El monte se cerraba limitando la vega y como era nuevo y bajo, mezclado de árboles que apenas tenían 0.10 y 0.15 centímetros de diámetro, nos vimos obligados á detenernos para buscar la salida y abrir paso á los cargueros.

Las muchas vueltas y las molestias indicadas, no nos permitieron adelantar, más de tres leguas.

Cuando el Sol se ponía, acampamos en las proximidades de un cerro, que con dirección Sudoeste, veíamos desde Río del Fuego.

Los árboles en todo el terreno recorrido, ocupan lo alto de las lomas y nunca las vegas. Esta característica distribución del monte, pude comprobar, más tarde que es propia y general de los montes fueguinos. Apenas uno que otro roble crecía en los terrenos bajos; allí sólo había herbosos pastos y el agua se estancaba entre las matas, formando un suelo pantanoso, en que los animales hundían sus patas. Siempre, en estas vegas, corrian *chorrillos*—como llaman los habitantes á los hilos de agua de poco ancho y escasa profundidad—que pasan entre los pastos, aplicando este nombre á corrientes bien distintas de los *chorrillos* del Norte de la Argentina.

Los chorrillos que vimos en las vegas, nacían y morían en ellas, sin tener comunicación con mayores corrientes de agua. El pasto verdeaba en sus orillas y el resto se presentaba de tinte amarillento.

Con frecuencia, encontramos en las ondonadas, troncos de árboles volteados por el viento ó los años, que han caído de las lomas. Ya descompuestos por el tiempo y las aguas, los caballos los rompian al pasar.

En algunos lugares hay extensas arboledas quemadas y que aún se conservan de pié. En sus troncos los líquenes han encontrado su medio y crecen abundantes, presentando el cuadro, curioso aspecto, como si una pasajera nevada, hubiese dejado sus copos en las ramas.

Estos rastros de incendio, cuya explicación no encontraba, despertaban mi curiosidad. Habiendo interrogado al indio Pedro, me dijo que cuando algún indio moría, los parientes ó los miembros de su tribu hacían estos incendios. Después, tuve la oportunidad de ver la facilidad con que el fuego se propaga en ellos. Un fósforo prendido en la marcha, días después, cayó encendido entre el pasto. Dos días consecutivos duró el incendio y al volver, vimos que se había propagado y extendido por los pastos húmedos de la vega y quemado los árboles en más de cinco cuadras.

Las vegas, ocupadas por pastos altos, se nos ofrecían á la vista cruzadas en todas direcciones por rastros de guanacos y de indios.

Los de estos últimos, fáciles de distinguir por lo que son más anchos, se dirijían casi siempre hacia el Norte—la Misión Salesiana.

El lugar elegido para campamento, era excelente. Cuanto puede desear el viajero, lo teníamos reunido allí. El bosque daba su leña, la

tropilla se refocilaba entre el hermoso pastizal de la vega y el agua fresca y clara, corría serpenteando con rumbo al Este.

Instalados en las carpas, cuyas sogas habían sido atadas á los robles, me acordaba de marchas terribles que en otros viajes hice por regiones áridas, en que el mayor problema, era encontrar agua, teniendo que pasar largas noches heladas, tratando en vano de recuperar el calor al abrigo de las hogueras hechas con pasto.

La loma en que estaba el campamento, como en general, todas, tenía su origen al Oeste, disminuyendo en dirección al mar, cuyo rumor nos llegaba por entre la vega, que, siguiendo al mismo rumbo, nos permitía ver el azul lejano de las aguas—¿Y si hubiésemos costeado la playa y entrado por la vega?—Creo que hasta con rodados hubiéramos podido llegar, pero, y la marcha al Sudoeste?

Antes de partir al siguiente día, tomé la circunferencia de los robles, que me dieron un término medio de 0.15 y 0.20 centímetros de diámetro.

Eran algo mayores, pero inexplotables por su forma.

Antes de que el sol saliera, envié al indio Pedro en busca de camino y me trajo la noticia de que la vega se prolongaba por algunas leguas al Oeste y que suponía que si la recorriamos, podríamos dar la vuelta al cerro á cuyo pié estábamos acampados y cuyo bosque no permitía el paso de los cargueros, á no ser que abriéramos camino á machete.

Aún era la madrugada, cuando listas las cargas, montamos á caballo.

Ni el menor soplo de viento agitaba las hojas de los árboles. Tierra del Fuego parecía estar dormida.

Era profundo el silencio y la soledad, apenas perturbada por el ruido de las granillas pisadas ó por el grito de algún gendarme que animaba á los animales rezagados.

Ibamos siempre al Oeste y las arboledas que costeábamos abrían el paso, aproximándose á uno y otro lado hasta los 30 metros y otras veces ensanchándola hasta los 300.

Algunos guanacos, nunca molestados allí por el jinete, se detenían en grupos de cinco ó seis, dejando que la caravana se aproximara, pero como si adivinaran, cuando ya iban á quedar á tiro de carabina, el macho relinchaba ordenando la retirada y desaparecían entre los árboles.

A las dos horas de camino, la vega quedó circundada de árboles; me adelanté en busca de su salida y no había andado veinte metros, cuando tuve que sofrenar de pronto, ante el terreno, que bruscamente inclinado, bajaba al Oeste.

No había de ser la única vez que este suelo caprichoso debía sorprenderme. El terreno que seguíamos, había ido subiendo insensiblemente, disimulado por las lomas y los bosques que en todas direcciones se dilataban, y allí, dislocada completamente, me presentaba una pampa cuyos límites opuestos eran lomas también y más lejos, montañas azules..... Mis compañeros cuando llegaron, quedaron admirados.

Los pastos, como un moaré, se revestían de un suave matiz amarillento. En algunas lomas bajas, crecían montecillos de robles; una pequeña, muy pequeña laguna ocupaba el centro y viniendo del Sud-sudoeste, formando codo para correr directamente al naciente, pasaba el Río del Fuego, por el lado opuesto al en que estábamos.

Al llegar á este punto de la narración, creo oportuno hacer notar que el Río del Fuégo no corre en la forma supuesta por Nordenskjöld, que en su mapa le ha dado el nombre de Río de la Candelaria—convirtiéndolo—por su posición, como lo indica en el mapa, en afluente del Río Grande.

La pampa indicada en su mapa, está algo más al Sur y formada por las mismas causas que alejan las arboledas de las orillas de los ríos. Formando un codo brusco, como puede verse en mi mapa, el bosque deja un vasto *limpión* que toma aspecto de pampa. El error del viajero es muy explicable, cuando se vé el itinerario que ha seguido y con el mapa suyo y el mío por delante, el lector podrá darse cuenta de que Nordenskjöld ha hecho una marcha en falso, alejándose del verdadero afluente del Río Grande en una dilatada curva de más de ocho leguas de incómodo camino y que al encontrar el Río del Fuego, precisamente poco antes de que doblara hacia el mar, lo ha tomado por el de la Candelaria y así lo ha seguido. Una prueba más evidente aún, es la vuelta cerrada que ha dado antes de cruzarlo y en cuya marcha, si realmente hubiese sido afluente del Río Grande, también lo habría tenido que cruzar y entonces no habría supuesto su curso con una línea de puntos.

Para cerciorarme mejor de esto, á nuestro regreso, lo seguimos por esta llanura, pudiendo comprobar que cae á una laguna de algo más de dos kilómetros, que á su vez desagua en el mar.

Sea el Candelaria, como el Sr. Nordenskjöld lo ha llamado, afluente del Río Grande si se quiere, el hecho es que lo que él ha dibujado, es Río del Fuego y que este dobla al Este y desemboca en el océano.

La arboleda que cubre la falda que nos veíamos obligados á bajar, no presentó dificultades mayores, pero á poco de andar, una de las mulas se fué á un turbal que se formaba al pie y en él tuvimos que meternos para descargarla. Más adelante, el caballo del ingeniero Calcagnini sintió que la cincha se había corrido, lo que le fué tan molesto, que si el jinete no se apea á tiempo por las ancas, el buen animal lo hubiera hecho volar, como volaron monturas y alforjas, al empuje de sus corcovos y patadas.

Total, dos termómetros rotos.

Anoto este incidente que pudo tener mayores consecuencias, por la pérdida de los instrumentos.

Una vez al pié de la falda, cuya altura no llega á 80 metros, continuamos por la pampa que encontramos invadida por turbales y cuevas de coruros.

La cantidad de éstos era extraordinaria, como nunca la había visto ni imaginado. Al lado de un suelo fueguino ocupado por el terrible roedor, no son nada los campos de San Juan, Catamarca, Salta ó el Te-

territorio de los Andes, donde lo llaman *Tucu-tuco* ú *oculto*. Cada 50 centímetros, asoma aquí la boca de una cueva, pronto están juntas, y si el curioso se asoma á una, no es difícil que encuentre cerca y antes de la salida dos ó tres bocas más.

Los animales al andar sobre aquel terreno tan poco resistente, se entierran en ellas á cada paso y la vegetación en todo el terreno ocupado por estos, es sumamente reducida.

Al principio creí que el coruro ocupaba las vegas únicamente. Después, cosa curiosa, lo encontré en los pantanos, en los turbales, en lo alto de las lomas y de los cerros y aún bajo los bosques, en fin, donde el terreno se presenta liviano ó fácil para su sempiterna cava. Pero si los pantanos están cubiertos de agua, el coruro se ve forzado á retirarse. Allí entonces, los pastos crecen espléndidos.

Para que el ingeniero Rossi pudiera anotar la dirección de los cerros, hicimos campamento en esta llanura y el ingeniero Calcaguini aprovechó el tiempo, juntando plantas.

Pasada la noche y dispuestos á hacer una larga marcha, partimos á medio día, aproximándonos al Río del Fuego, que por la dirección que traía, nos fué ventajoso seguir.

En su curso, observé algo extraño, que no había visto nunca en llanuras semejantes á esta: lo caprichoso de sus vueltas. Los ríos de las montañas, bajan siguiendo siempre las curvas de las faldas, pero aquí, corriendo por un plano que no presenta obstáculos á primera vista, serían incomprensibles sus caprichos, si la constitución misma del suelo que recorre no lo explicara.

El terreno de la parte llana, está formado por aluviones que presentan puntos más resistentes que otros al trabajo de las aguas. Llegan estas, se detienen en una faja más dura, buscan las aguas salida, la siguen por terreno más blando hasta encontrar otro banco y así otra vez tienen que doblar.

De esta manera, el Río del Fuego corre en línea recta, traza una larga curva, se inclina sobre un lado del valle que á ambos lados forma, ó bruscamente se dirige al otro, vuelve hacia atrás otra vez, corre en una dirección constante ó vuelve á serpentear y todo en curvas tan cerradas, que más de una vez me aproximé á mirarlo, creyendo que su corriente era nula, pero el río pasaba velozmente, ancho de cuatro y cinco metros, recojiendo los chorrillos que venían de las lomas, lavando sus orillas sin vegetación, en cuyos bordes, las matas de pasto parecen asomadas, aguardando el momento en que el agua, llevándose la tierra, se las lleve á ellas también.

No habríamos remontado el río durante dos horas, cuando—ya á nuestra espalda la pampa—empezamos á ver las primeras cadenas del macizo que ocupa el interior del territorio.

¿Qué sierra sería aquella que de intenso azul perfilaba sus contornos empinados?

El mapa, en blanco casi todo y en el que á penas hay uno que otro río dibujado, y si hay cerros—sin indicación alguna que pueda guiar al

viajero, nos era de escasa utilidad. Entonces, sentí que empezaba á reconciliarme con aquellos que siempre, al verlos bautizando ríos y cerros á *Troche y moche*, había considerado exhibicionistas. ¡Cuán necesario es el nombre, sobre todo, si la región es montañosa, y allí en Tierra del Fuego especialmente! Fitz Roy dejó cientos de nombres ingleses en los cabos, bahías y penínsulas. Dió nombre hasta á las piedras que hay bajo el agua. Otro tanto hicieron la expedición de La Romanche, Popper, Lista, Bove y muchos más, facilitando así los reconocimientos posteriores y evitándose largas referencias en las descripciones locales. Sintiendo pues esta falta, resolví dar nombre especialmente á los cerros, siempre que me viera obligado á ello.

Pero á poco andar, pude reconocer que la cadena extendida á nuestro Sudoeste, era la que Nordenskjöld llamó cerro Hedición. Aunque la escala de su mapa es reducida y debió ser Edición sin H, respeto el nombre porque el cerro está bien ubicado en él y se le reconoce fácilmente. Como Nordenskjöld, pues, lo llamaré en adelante, cerro Hedición.

Habíamos dejado, como decía, la pampa á nuestras espaldas, entrando á lo que bien puede llamarse el valle del Río del Fuego.

Las montañas que corren de Oeste á Este, se extienden hacia el mar, en suaves lomas que desaparecen en dirección á la playa, y el río buscando su nivel, corre por entre ellas, alejándose unas veces y otras alejándolas á ellas, de manera que por sus cambios continuos de curso, va haciéndolas desaparecer paulatinamente á la vez que forma ancho valle, variable entre los mil y mil quinientos metros.

Las gramillas, que predominan en todo el territorio, son más abundantes en las orillas de los ríos, formando bañados algunas veces, pero, bien entendido, invadidos por pastos aún más hermosos.

Fuera de estos bañados, el suelo está talado por los coruros, aunque la vegetación conserva su aspecto de vega, extendida hasta el bosque,— que se aproxima hasta lo alto de las lomas. En las hondonadas, no hay árboles nunca: por ellas bajan los chorrillos y si el agua no encuentra salida ó no la hay, el desarrollo de los turbales es inevitable. Aprovechando el exceso de humedad los invaden los musgos y el *Champon* (*Azorella*) que en la cordillera,—y especialmente en el Norte—llaman *Yareta*, preparando el terreno para que en aquella alfombra húmeda entre á desarrollarse la *mutilla*, verdadera plaga fueguina, que unida á las anteriores, imposibilita más aún el paso del agua. Comienza entonces la lucha de las especies, los musgos un momento vencidos, van á desaparecer bien pronto, pero otras nuevas semillas caen sobre los champones vencedores y otra vez vuelven á verdear entre ellos. La *mutilla* sigue extendiendo sus raíces y sus ramas por todas las grietas; las viejas raíces de las plantas muertas se descomponen con ellas y el agua baja en busca de la napa más cercana, nunca distante.

Bajo la superficie del turbal, hay pues, una capa formada por la red compacta de raíces en descomposición y la superficie vegetal, va así aumentando la altura del suelo. Pero un coloso se desprende de la selva viva y cae tumbado, otro lo sigue; las plantas cambian de lugar y así,

sin el cálido aliento de los trópicos, la tierra aquella removida por la continua cava del coruro, tiene su vida y sempiterno movimiento, bajo el soplo helado de los vientos australes.

Tal es la vida del turbal.

Más no es él tan sólo, el medio en que la mutilla se desarrolla; allí también en lo alto de los cerros y en las faldas, extiende sus ramas cargadas de hojas y de frutas. Son estas, tan abundantes, que hay veces en que parecen racimos de uvillas, agradables cuando están maduras y amargas cuando recién la fruta empieza á enrojecerse. Los indios y muchos que no lo son, gustan de ellas. El indio Pedro, como un vicioso, se tiraba del caballo en cuanto parábamos á descansar y buenos retos se llevó más de una vez por su afición á la mutilla.

En algunos pueblos de Alemania, las familias pobres, cosechan una fruta muy parecida á esta en el aspecto y sabor, con la que hacen dulce que venden á los viajeros. Dada la gran abundancia de esta, ella podría ser fuente para una pequeña industria.

Dejemos la mutilla y sigamos la marcha.

El monte apenas varía junto al río. Muy raros son los árboles que pasan de 0.30 centímetros de diámetro. A las tres horas y media de camino á la derecha del valle, encontramos una capa gruesa de más de tres metros, constituida por planchas de areniscas terciarias de tinte amarillento, inclinada de Oeste á Este. Era la primera veta bajo el subsuelo y la misma que había ya observado en las barrancas del mar. Era también la primera que veíamos en el interior. Algún curso antiguo del río la dejó en descubierto.

Debido sin duda á la presencia de los árboles, no vimos ninguna otra en la región, pero más al Norte del territorio, anotamos con frecuencia la presencia de capas semejantes, especialmente hacia el interior.

Después de vadear un angosto chorrillo, afluente del Río del Fuego y anotado en el mapa, el valle se ensanchó hacia el Sudeste y el Sudoeste por ambos lados, ofreciéndonos una dilatada llanura, á cuyo fondo el panorama de las montañas, hecho de cadenas cubiertas de bosques en su primera línea, asomaba erguidos los picos eternamente nevados de la cadena, cuyos piés baña el Beagle por un lado y el Fagnano por el otro.

Como el Río se desviaba más al Sudoeste aún, lo seguimos costeando, libre de bosques al frente.

Pronto lo encajonó una loma alta de 40 metros, pero en nada variaba su ancho y su camino de víbora.

Era ya tiempo de hacer alto.

El cerro Hedición, que desde la entrada al valle del Río del Fuego nos había mostrado sus cimas, se nos presentaba ahora en toda su longitud de Oeste á Este y otro igual, continuaba más al Este en la misma dirección.

Éran estos los primeros que pronto tendríamos que visitar.

El 12 de Marzo, amaneció nublado completamente. La niebla invadía el escenario, cerrándose totalmente á los cincuenta metros. Rossi necesitaba

ver los cerros—y como la marcha del día anterior había sido pesada y larga, resolví que hiciéramos campamento allí, por todo el día, lo que Calcagnini aprovechó herborizando.

Nuestro primer intento en la salida del día 13, fué cruzar el río, pero, aunque angosto, tenía un metro de agua, y su fondo era fangoso en más de otro metro de profundidad.

Tuvimos, pues, que desistir y cambiando de dirección completamente al Este, costear el valle, en cuyo centro, veíamos una extensa laguna. En la parte Norte de esta planicie, la vegetación herbácea es escasa, siempre por causa de los coruros, pero todo lo demás está cubierto de pasto, lo que unido á su piso fangoso aunque inclinado y á los chorrillos que á cada paso se encuentran, me hace suponer que casi totalmente la cubren las aguas de la época culminante de las lluvias. (1) Había dispersos en este valle, algunos granitos desprendidos de las montañas, correspondientes al período glacial. En todo el territorio se los observa á muchas leguas de las montañas y de tamaños que á veces alcanzan á los ocho metros de largo.

Son enormes.

Después de costear esta llanura, acampamos al pié de un cerrillo desnudo de árboles en el lado opuesto al río del Fuego. Rossi y el indio Pedro, lo treparon inmediatamente para tender algunas visuales, mientras los demás, nos ocupábamos en instalar el campamento.

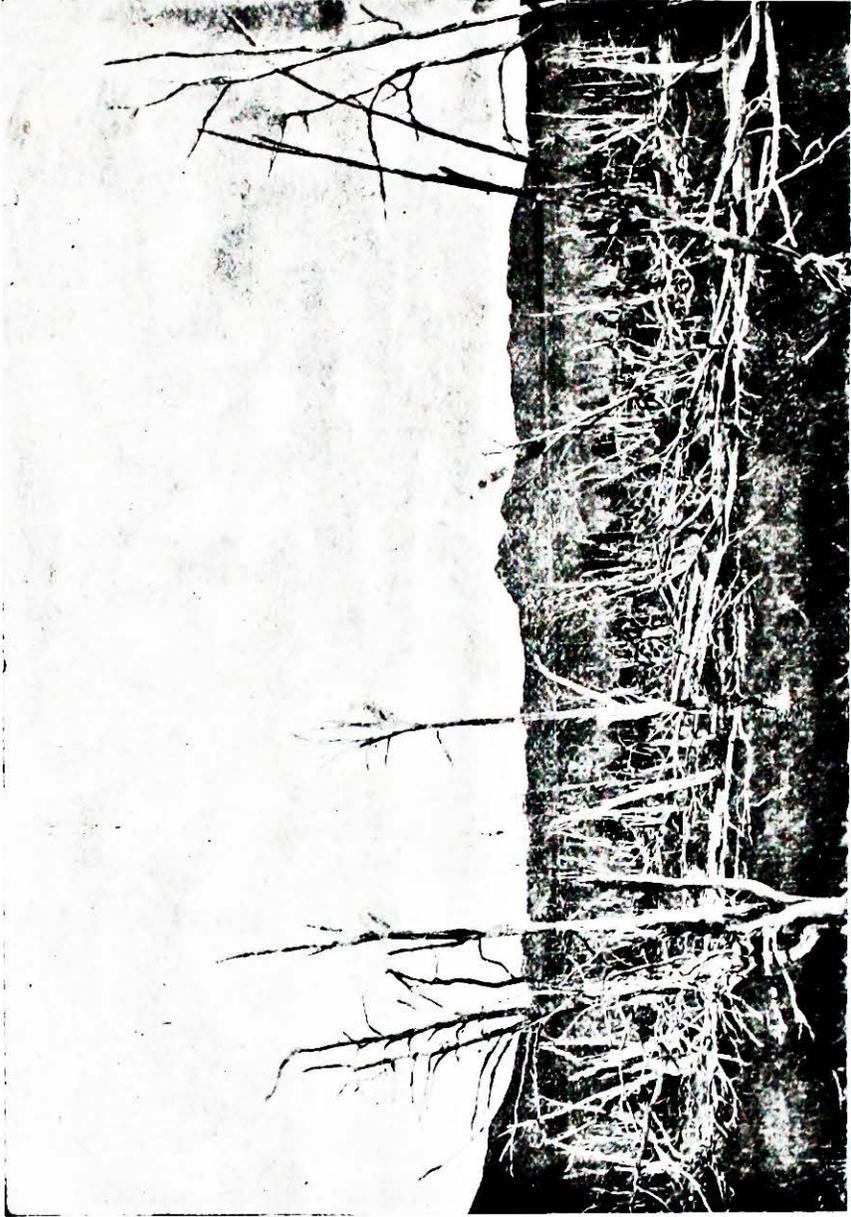
Terminada esta operación un momento después, llegué acompañado por el Dr. Lehmann Nitsche á la cima, en persecución de un guanaco, y cuál no sería mi admiración al encontrarme en presencia de un hermoso lago ancho de una legua por lo menos, que se dilataba del otro lado de la cadena á que nos habíamos aproximado y que, inmóvil en la tarde callada, reflejaba en sus aguas los últimos fulgores del sol que declinaba en el ocaso!

Aquel era un sueño de colores, al que daban intensas melancolías las penumbras de la hora, el profundo mutismo de la naturaleza, la soledad y la amplitud de las líneas que trazaban el contorno. Cuanto busca el arte en la armonía de la imagen y el color del detalle, palpitaba en ese escenario rico en impresiones infinitas de ensueño y de poesía. Y allí, olvidados por completo del guanaco, nos quedamos tendidos en la cima, hasta que la noche desvaneció todo, confundiendo las sombrías masas de los bosques en el plateado reflejo del lago sereno.

Al bajar con el doctor que también volvía impresionado por la magnificencia del lago, se nos unieron Rossi y el indio, este último no tan encantado de las bellezas de su tierra, como siempre sucede y además porque no entendía de estética, lo que es lógico.

Al otro día, deseosos de contornearlo y saber qué lago sería aquel, cambiamos de campamento, instalándonos en sus orillas.

(1) En este punto de la marcha, no vimos más que una laguna. Más adelante, pudimos distinguir otras adyacentes. La que habíamos visto era la mayor de todas y por su posición con relación al cerro Hedición, reconocimos en estas, las Lagunas Suecas, llamadas así por Nordenskjöld.



Lago Ch'éepel y Cerro Herrera, al fondo.

Es el lago Ch'eépel, llamado Cheepelmej en algunos mapas, uno de los tres grandes lagos, que ocupan los senos de las principales cadenas de Tierra del Fuego, pertenecientes á la cordillera Carlos de Rumania, tres á cual más hermosos y pintorescos. Este, situado al Norte del Fagnano y Noroeste del Juin, es hoy el más pequeño, pero en el último período, que á mí me parece ser el terciario, acupaba también la llanura que acabábamos de costear, quedando dividido en dos, uno el actual y el otro la parte de la llanura próxima, cuyas aguas, encontrando salida por donde hoy mismo baja el Río del Fuego, dejaron desnuda esa parte invadida hoy por la vegetación.

Esta cuchilla, que redujo á la mitad el lago Ch'eépel, tiene hoy su centro en la montaña que lo cierra por el Norte y que era la misma que observábamos desde la entrada al valle del río.

• En el primer día de campamento, dimos nombre á este cerro, denominándolo Escalada.

El cerro Escalada, que como antes he dicho, limita el lago Ch'eépel por el lado Norte, no nos permitía ver desde el punto en que estábamos, el otro extremo del lago, pues un peñasco que se divisaba en lontananza justamente á donde el perfil de la montaña terminaba en el nivel del agua, nos hacía abrigar la duda de que el lago, detrás de él, ó doblaba allí, ó tenía una angostura, ó lo que veíamos era la boca de un ancho río.

Mientras Rossi, acompañado por dos gendarmes, lo trepaba para tomar su altura y determinar su posición, el Dr. Lhemaun Nitsche y yo hicimos una excursión siguiendo la costa por el lado del cerro. Para ello, salimos de madrugada.

El agua de una limpidez cristalina, nos permitía ver el fondo pedregoso del lago hasta una distancia mayor de diez metros y algunas piedras, que asomaban á más de cien metros, nos mostraban claramente que el declive de su fondo era escaso. En conjunto, el lago no me producía el efecto de ser profundo, pues, por la orilla que costéábamos, si bien el cerro era bastante inclinado, al llegar á medio metro del nivel del agua, se quebraba bruscamente, formando la costa que seguíamos, y del otro lado ó sea por el Sur, las cuchillas que bajaban de los cordones centrales de los macizos ó iban á morir en las orillas ó cortadas á pique, nos dejaban ver que también había playa á sus piés. Sin embargo, en el centro, el fondo, formando canales, es de alguna profundidad.

Entre las piedras rodadas de la orilla, asoman á trechos, clivadas verticalmente, las rocas que constituyen el cerro y siguiendo las curvas de éste, el agua penetra formando continuas bahías abrigadas de 100 y 300 metros, en que viven caiquenes (abutardas), patos y zaucudas pequeñas. El bosque llega hasta la misma playa y, formando una línea continua, se extienden por el límite de la tierra vegetal, matorrales de violetas amarillas cuyas hojas alcanzan un diámetro de 0.10 centímetros.

A las 4 p. m. llegamos recién, tras una marcha continua, á enfrentar el peñón que desde el Oeste veíamos. Situado equidistante de ambas orillas, ocupa el centro de una angostura que forma el lago, de 400 metros

allí á lo más, y por su pequeñez y exposición á los vientos, está desnudo de vegetación. Otro peñón, más pequeño y bajo, se alza á poca distancia de este. Desde el punto á que á duras penas habíamos llegado, nos pareció que el lago se volvía á ensanchar continuando al pié del cerro, pero no siéndonos posible continuar por la hora y lo doloridos y lastimados que teníamos los piés, como que habíamos caminado todo el día sobre piedras generalmente quebradas, tuvimos que regresar á la noche, calculando que entre la ida y la vuelta, habíamos hecho más de seis leguas. Al siguiente día, regresó Rossi y confirmó nuestra observación, pues desde lo alto del cerro, había visto la otra parte del lago, igual á la que teníamos en frente, más una contigua extensión no menor, apenas separada por una muy angosta faja de tierra.

Volví á subir con el Doctor para recorrer el cerro y separándonos de la orilla, nos internamos en el monte de *coibos*, los primeros que veíamos. La maraña de las orillas y los muchos árboles pequeños que hay en ellas, habían sido causa de que este no me llamara la atención mayormente.

Los primeros anuncios del monte que trepa por las faldas, son árboles de pequeñas proporciones, formados por grupos de robles jóvenes, de 0.10 y 0.15 centímetros de diámetro y que se distribuyen en manchones, dejando vegas entre sí, pero ya en las faldas del cerro, los robles tienden á desaparecer, predominando el *coibo*. Son los coibos, verdaderos colosos de 14 á 20 metros de altura con circunferencias de 2.50, 2.60 y 3.15, habiendo dispersos, entre las distancias de 3 metros que ellos guardan, algunos jóvenes de 0.20, 0.25 y 0.30, ctms. de diámetro, que aunque delgados, no por ello son menos bajos, pues en la altura confunden su copa con los viejos.

El tronco es generalmente recto, siempre sin ramas bajas y formando copa en la altura, sin duda debido á que creciendo del lado Sur, se hilan en busca de la luz del sol. Esta tendencia á hilarse, es característica de los coibos, según pude verlo después en el lado Norte del cerro, donde igualmente abundan.

El suelo constituye allí un verdadero colchón de hojas secas, gajos y troncos en descomposición, y es extraordinaria, casi increíble, la cantidad de árboles seculares que hay tumbados en él.

Escasos helechos, abren sus frondas raquílicas y hay muy pocas gramillas. La *flechilla* ó *amores secos* es el vegetal predominante de la baja formación, pues el calafate tan frecuente, solo llega á las orillas del bosque.

Las *barbas* ó *liquenes*, que no perdonan árbol, invaden también á los coibos que asoman sus ramas cargadas, como si pendieran de ellas, numerosos cortinados.

La hermosa fisonomía de los bosques fueguinos, produce aquí sus primeras impresiones.

El más profundo silencio reina en el bosque; la vegetación herbácea asoma á trechos, macilenta unas veces, otras de vibrantes verdes. Aquí, donde los árboles están con hojas, hay en su conjunto, con frecuencia,

evocaciones de las selvas tucumanas y allá, donde los árboles han caído, sin color, retorcidos y abiertos en largas grietas, se cree estar en las selvas del Norte de Europa. Pero en aquel cambio continuo, el bosque tiene sus pinceladas características. No es él, el hijo de las nieblas y del sol, como aquellas selvas de nuestros trópicos: no se ve allí la obra rápida ni la lucha que libra la vida bajo los lejanos montes de cébiles. Todo se modela aquí, más lentamente, porque el frío lo envuelve y lo detiene, mientras todo allá... todo la precipita y la engrandece.

¡Cuántas veces, al ver que el árbol se afana en vano por sostenerse gigante, y que al fin cae para volverse tierra bien pronto, al ver este hacinamiento de troncos y de ramas en descomposición, he recordado los árboles seculares tumbados en las faldas del Aconquija y en cuyos brazos un mundo diminuto de musgos, líquenes, criptógamas y á veces hasta retoños, se animaban viviendo de sus jugos!

La selva vieja no recibe el menor soplo del viento. Es una selva muda.

Las raíces, asoman en algunas partes, sobre la delgada capa de humus, que solo tiene de 0.20 á 0.40 centímetros de espesor.

El sol indeciso, baja hasta el pié de los árboles y sus pálidos resplandores, parecen los primeros anuncios del invierno que llega...

CAPÍTULO VII

El cerro Hedición.—Marcha del Fagnano —Río Cerri.

Habiendo terminado los trabajos de aquel campamento sobre la orilla occidental del lago Ch'eépel, aparejamos y emprendimos la marcha á las 4.35 con el deseo de llegar, rumbo al Oeste, al pié de la sierra que en aquella dirección parecía ser la parte occidental de la cadena Norte del lago, á cuyo pico mayor, llamé cerro Escalada.

El monte estaba completamente seco, debido en parte, á un pasado incendio; á los líquenes y musgos que destruyen los árboles; al viento, á los coruros, que son indudablemente una importante causa destructora y á las mismas lluvias que los derrumban.

Como en todos los bosques, abundaban los colosos caídos. El terreno se elevaba paulatinamente y á los diez minutos de andar, estábamos á veinte metros sobre el nivel del lago. Pronto la selva muerta desapareció, encontrándonos en una planicie cubierta de matas ralas, de pastos ya secos, una que otra planta de calafate, pequeñas, no alcanzando á formar arbustos y continuos limpiones de pedregullo.

Las cuevas de coruro, como siempre.

A nuestra espalda, el cerro Escalada, visto por sus términos orientales, presentaba sus flancos totalmente cubiertos de coibos; las cadenas que rodeaban el lago, dejaban ver amplias hondonadas y el lago, extendido en el valle que ellas forman, lejos de ser aquel turbulento Ch'eépel, cuyas aguas viéramos revueltas como las del mar, era una sábana inmóvil y azul.

Cruzamos un montecillo también de robles muertos y nos detuvimos.

Era imposible continuar con los cargueros y recién estábamos al pié, casi, del cerro aquel.

A nuestro frente, el terreno subía de nuevo.

Un chorrillo que venía del Sur, bajando de las cadenas del Fagnano y que llevaba sus aguas á una de las lagunas que antes habíamos visto al NO. del Ch'eépel, engrosadas sus aguas por las de algunos hilos que bajaban frecuentes de las cerros, nos presentaba sus orillas, formadas por paredes verticales de más de 1 1/2 y 2 metros, las que habríamos podido saltar con nuestros caballos, pero esto hubiera sido difícil para los cargueros, que por ser el fondo del chorillo pantanoso, nos habría dado gran trabajo en caso de caer.

Acampamos, pues, en un bosquecillo de robles jóvenes, para explorar el lugar en busca de buen paso hacia el Fagnano. La tarde y la mañana del siguiente día, se perdieron en excursiones inútiles. Saí con dos gendarmes y, al fin, por el aspecto, tuve que convencerme de que ya—como en el primer momento me había parecido—los cargueros no podrían seguir.

Estábamos al pié de este cerro, que hacía ya algunos días, veíamos. Era el cerro *Hedición*.

Con el objeto de ver mayor escenario y aún, con la esperanza de descubrir un paso que por allí me permitiera aproximarme al Fagnano, me dispuse á cruzar con los gendarmes el riacho aquel y la vega que forma, emprendiendo la ascensión por su lado Este.

Pocas veces se presentan al viajero, perfíles y rasgos más característicos, que aquellos que forman el cerro Hedición. A su pié, me convenía una vez más de que este y el Escalada, constituyeron anteriormente una sola cadena, dividida en los tiempos relativamente modernos en que se formó esa abra que hoy permite la entrada por entre ellos sin necesidad de hacer ascensiones. Abra de más de legua y media, á penas ocupada por las lomas que forman la parte Oeste del cerro Escalada y que se extienden hasta morir junto al chorrillo, en cuyas márgenes habíamos acampado. Allí, á pocas cuadras de nosotros, se alzaba la falda oriental del Hedición, en la cual, por este lado, terminaba.

Visto su contorno longitudinal, tanto desde el Norte como desde el Sur, esta cadena, como digo, se determina claramente. Es una masa de contornos curvos en la distancia, un *cerro-bola*, como lo llamaría un paisano de las provincias del Norte—y en su continuación hacia el Oeste, disminuyendo con la perspectiva, una sucesión de picos semejantes entre sí. Los bosques, como los del cerro Escalada, por su constitución, trepan hasta las cimas, dejando algunos limpiones, debidos á ser aquellos lugares, demasiado empinados. Por su costado oriental, la selva estaba muerta. Divisábamos con los anteojos el inmenso hacinamiento de árboles secos y descortesados.

A pesar de lo empinado que el terreno se presentaba, lo preferí para trepar, pues ya por experiencia, sabía cuán dificultosas son las marchas dentro de los grandes bosques de aquel territorio.

Después de buscar una angostura en que pudiéramos saltar el riacho, cosa que hicimos á poco andar, entramos á una espianada en que el terreno, pantanoso, estaba invadido por el *champon* (azorella) y éste á su vez, por la mutilla. Era un terreno cuya vegetación lo preparaba para convertirlo en turbal.

Terminado el llano, dimos principio á la ascensión.

Trepábamos lentamente, saltando troncos de árboles, que en otra hora fueron de veinticinco y treinta metros y que yacían tendidos, sin ramas y sin raíces, vidas cuya duración de decenios de años, se cortaron al soplo de los vientos . . .

Aquí descansaban entre las piedras, mas allá amontonados unos sobre

otros; teníamos que trepar cuatro, cinco, seis troncos, para volver á pasar otros. Todo hacinado, todo revuelto en confusión, todo sumido en la sempiterna mudez de la selva sin hojas y sin nidos. Las rocas también se desmoronaban, bajando lentamente al llano. Y no era éste su primer desprendimiento; otro anterior las despedazó trayéndolas allí y confundiendo el gneis con cuarzos, granitos y masas de esquistos arcillosos. Pero sin embargo, éstas se correspondían y eran las mismas del Cerro Escalada, pues como él, pertenece la armazón del cerro á la formación terciaria, habiendo recibido ambos, los mismos aluviones.

Llegamos á los 150 metros. Los gendarmes se detuvieron.

Entre los troncos, habían encontrado un filón de rocas en el que crecían numerosas plantas de frutilla, con los frutos maduros. Son éstos los lugares en que esta especie crece. Mientras ellos descansaban juntando aquellas ricas frutillas que tienen delicado perfume y algo de la frambuesa, yo me tendí á contemplar el paisaje que á medida que subíamos, dilataba el horizonte.

El derrumbadero en que nos hallábamos, era un resultado de los vientos y las lluvias que al encontrar liviano aquel terreno, fácil y rápidamente llevan á cabo allí su tarea destructora. A pesar de esto, la desaparición del monte aquí, no parece haber sido lenta, sino que todo se hubiera derrumbado en un solo momento; sin duda algún vendabal, de esos frecuentes en el Sur, encontró el suelo ablandado por las aguas ó las nieves y consumó la obra, dejando uno que otro árbol, de los que aún algunos se conservan, pero que, sin hojas ni corteza, pronto caerán en el montón que los rodea.

Próximos á la cumbre, nos detuvimos á descansar, preparándonos para el último esfuerzo.

Muy poco había de aumentarse el panorama en el corto trecho que nos faltaba. Pronto entraríamos al bosque, así es que aproveché para contemplarlo.

Tierra del Fuego se tendía á todos lados, en un cuadro policromo de lagos, vegas y bosques.

Al Norte y Noroeste, las ondulaciones que siguiéramos durante las marchas anteriores, disminuídas por la distancia y las arboledas que las cubrían, nos presentaban la llanura, hasta el mar casi,—pero que no alcanzábamos á ver—y á los otros rumbos, las cadenas aquí verdes, más allá eternamente blancas, de la cordillera Carlos de Rumanía.

Por un amplio claro de la cadena que se tiende por la margen Norte del Fagnano, á nuestro Sudeste veíamos un pedazo de aquel y sus aguas iluminadas por el sol del medio día, se extendían de brillante blanco.

El lago Ch'eepeel se mostraba próximo á nosotros, en casi toda su extensión; los dos peñascos del centro, perfectamente visibles desde la altura, son uno de sus detalles característicos.

Dentro de la región montañosa, no se alcanzaba á ver otros lagos.

En la parte llana, apenas percibíamos Río del Fuego, encerrado entre las lomas, pero las lagunas del valle próximo, comunicadas por un en-

jambre de chorrillos que adivinábamos entre el pasto, eran desde allí, fáciles de observar.

Era aquel, un soberbio mirador que la naturaleza nos proporcionaba y el terreno desplegaba sus esplendores á groso modo, abundantes doquiera llegaba la mirada, pero también, doquiera, se extendía la desolación de sus desiertos.

Era sin embargo el Sur, lo que más me atraía, pues por aquel lado debía divisar el paso hacia el Fagnano.

Una ancha y prolongada vega se internaba en aquella dirección. El riacho del campamento bajaba por ella á las Lagunas Suecas, viniendo de muy lejos.—quizás de las montañas del Fagnano, hasta las cuales la vega se aproximaba. Pero, aunque cubiertos de exuberantes pastos, eran en ella los turbales abundantes de manera tal, que la marcha con los cargueros me pareció imposible.

Un momento después, llegamos á la cumbre.

Los gendarmes me pidieron permiso para hacer una fogata.

—¿Para qué?—Les pregunté.

—Es que todavía no hemos visto indios y tampoco sabemos donde están. Ellos se avisan y buscan con humaredas que hacen en las cumbres y cuando vean la nuestra, contestarán.

Siendo razonable el pedido, los dejé entretenidos en amontonar leña, y me interné en el bosque de la cima.

Estaba compuesto de *robles* y de *coibos*; los robles, más hermosos que los del llano, crecían indiferentemente, mezclados, á veces, con los coibos. Estos se desarrollaban, sobre todo, en los lugares abrigados y ensenadas, iguales en tamaño á los que antes viéramos caídos en el derrumbadero y á los del cerro Escalada y muy semejantes en su fisonomía, pero aquí, bajo los coibos, entre los trozos de gneis, que es la roca que en la cima se encuentra, abundaban las frutillas, lo que no sucede en el cerro anterior.

Ví frecuentes rastros de guanacos, hacienda vacuna y yeguariza.

Esto me llamó la atención. Pregunté á los gendarmes, que me contestaron que al Sr. José Menendez (1ª Argentina) se le habían alzado algunas vacas y toros finos y, también una tropilla de yeguas con un padrillo que le había costado cinco mil pesos.

Las vacas se han aumentado dentro de los bosques y en el día se calcula que ha de haber libres, cerca de mil.

De Río del Fuego suelen salir los gendarmes á cazarlas. No deja de ser una suerte, porque con ellas se aumentan los medios de vivir del indio.

Cuando me reuní con los gendarmes, estos estaban esperando la respuesta de los indios.... aún no han contestado.

Nuestra bajada fué casi fantástica. Diestros ya, descendíamos saltando como *kangurús*. Los golpes eran frecuentes. El derrumbadero se extendía bajo nosotros. Los gendarmes, á veces, alzaban piedras de algunos kilos, las tiraban contra otras, repercutía el choque en la falda y, rebotando en saltos cada vez más prolongados, se detenían en el llano.

Un viaje semejante, habían hecho las piedras, que cayendo de las faldas, elevaban el nivel del pie del cerro.

Al fin, también nosotros, en ese descenso, no menos golpeados que las piedras, llegamos al llano y después de un momento, nos reunimos á los compañeros.

No había que vacilar: el partido á tomar era uno solo; para seguir era necesario dejar los cargueros. A las 4.30 p. m. del mismo día, emprendimos la marcha, encargando á los gendarmes Mezquita y Quinteros del cuidado del campamento, yendo nosotros en lo montado y llevando solo lo indispensable.

Los ponchos de goma,—la prenda más útil que puede llevar el viajero en la Tierra del Fuego, venían en las cabezadas, y no pudiendo llevar carpa, cargamos con todos los abrigos que nos fué posible, distribuyendo las provisiones para cuatro días, en nuestras alforjas.

Costeando la márgen derecha del arroyo aquel que corre á las Lagunas Suecas, y que á nuestra salida llevaba escaso caudal de agua, emprendimos la marcha con rumbo al Sur, que era la dirección que el arroyo traía y en la que se extendía el valle por el que este corre.

Desde el cerro Hedición, esta vega parecía llegar hasta las mismas cadenas del Fagnano. ¡Cuánto cambia el aspecto desde la altura! Ahora íbamos por el llano, entre un laberinto de arboledas y nuestra tarea se reducía á descifrarlo, ayudados solo por la suerte.

En algunos lugares, el suelo es sólido, en otros la vega, que en la parte plana es más bien *ciénaga*, (*) nos engañaba á cada paso y los caballos se enterraban hasta los garrones.

Al llegar á los turbales, era necesario detenerse mientras el gendarme indio, buscaba paso.

Estos turbales, son bien característicos, pues su color rojizo claro en conjunto, los destaca entre los pastizales, en manchones de dimensiones variables.

Se extienden á uno y otro lado del arroyo.

Los coruros en este valle son mucho menos abundantes, lo que no deja de llamar la atención, pues por su composición, el terreno es igualmente liviano.

Como el terreno es más alto aquí que en lo anteriormente recorrido, la estación hace el efecto de estar más avanzada. Marzo terminaba. Ya se estaban marchitando las hojas de los árboles y en su verde aceitunado se veían las manchas rojas de las ramas secas. Las plantas jóvenes, que crecen en los términos del bosque y en las vegas, tenían ya sus hojas de brillante rojo.

Fácilmente saltamos varias veces el arroyo, cada vez más angosto, y el terreno—siempre pantanoso á pesar de su suave pendiente—iba disminuyendo en su ancho, aproximándose el bosque á ambos lados.

Al doblar un montecillo, dejamos de costear el cauce, prefiriendo continuar la marcha en la misma dirección.

Los matorrales de mutilla estaban cargados de frutos, lo que hacía las delicias del goloso gendarme indio.

(*) Aunque todos dan el nombre de vegas á los pastizales, las partes próximas al agua, en todas partes, son más bien, *ciénagas*.

El pasto aislado en pequeños matorrales que indicaban haber estado cubiertos de nieve, mostraba sus tallos rígidos y amarillos.

De pronto, la vega quedó cerrada por el bosque á nuestro frente y después de una marcha de tres minutos bajo los árboles, fuimos á salir á otra más pequeña, pero más pantanosa. Este trecho, lo hicimos sin dificultad, pues los robles, de buena altura, abrían sus ramas arriba, lo que era un indicio de su vejez. Pero después de cruzar esta vega, nos encontramos con un accidente del terreno muy semejante al que en la marcha del primer día, nos mostró inesperadamente la llanura en que dobla el Río del Fuego.

El suelo se inclinaba bruscamente; habíamos subido mucho y ahora teníamos que apearnos para descender.

Eran las 7.10 p.m. El crepúsculo de la tarde invadía el interior del monte y en él, ya nada se veía.

Nos parecía estar junto á un valle, de cuyo fondo llegaba rumor de aguas.

El suelo estaba húmedo y como siempre, pantanoso.

Bajamos. Unas veces saltábamos grandes troncos de árboles, otras, caíamos. A saltar y á caer, pronto se acostumbra el viajero en aquellos lugares.

La noche nos sorprendió al pié del barranco. Prendiendo fósforos pudimos continuar, por entre un colchón de helechos y gramillas hasta detenernos todos, tan sorprendidos como admirados.

El rumor del agua, era de un torrente, en cuya orilla acabábamos de hacer alto. Y aquel río inesperado casi, que en la tiniebla nos parecía más ancho, un verdadero río de las montañas, pasaba haciendo turbulentos remolinos, bajo los robles y los coibos.

Más á pesar de su belleza, no nos detuvimos á contemplarlo; el día había sido lluvioso y ya era tiempo de pensar en nosotros.

Después de una de esas cenas de marcha, en que el menú no es muy condimentado, ni variado que digamos, nos envolvimos en nuestros ponchos é impermeables como mejor nos fué posible y nos dispusimos á pasar la noche de cualquier manera.

—Ya no va á llover más—dijo el gendarme indio.

—Por qué?

—Porque ha salido la luna.

—Ah! Con que tú crees que la luna disipa las nubes?

--Se las traga. (1)

—Si eso fuera cierto—¡Qué bien dormiríamos!

Pero á pesar de los pronósticos meteorológicos del hijo de la tierra y á pesar de la luna, llovió toda la noche, amaneciendo empapados y más cansados aún.

Las primeras claridades del día nos permitieron ver el río, que con velocidad de cuatro metros en cinco segundos ó sean cuarenta y ocho metros por minuto, pasaba junto á nosotros viniendo del Oeste y alejándose con rumbo al Este.

(1)—Es esta una creencia de los indios.

Su ancho, poco variable, es de veinte á veinte y dos metros; su lecho de pedregullo, permite el paso por todas partes y apenas llega á los 0.80 centímetros de profundidad en el centro.

En ambas márgenes, las gramillas no son ni altas ni tupidas, pero á pocos metros crecen compactas.

Los coibos y los robles, muy semejantes aquí en su forma, crecen mezclados, ofreciendo el hecho raro de crecer próximos al agua, hermosos y abundantes. Es el único río en cuyas orillas los he visto.

A pocos metros, veíamos extensos matorrales de plantas de violeta, constituyendo una alfombra tupida, y bajo los troncos en descomposición y las charcas, crecían helechos, alcanzando sus frondas á 0.50 centímetros y un metro de longitud.

La zarzaparrilla, abundante en todas partes, es aquí el arbusto que predomina y entre los claros de las plantas, como siempre, el suelo se nos ofrecía cubierto de hojas secas.

La presencia del río aquel, llevó nuestros espíritus á lugares lejanos; mis compañeros se acordaron de su tierra; yo pensé que era muchísimo más pintoresco que nuestros riachos del Delta paranense, y que, cuando los hogares de los obrajeros se alcen en sus orillas, será éste, el más hermoso rincón del suelo argentino, pues nada igual había visto en todo lo que ya llevo recorrido.

Pero el asunto era seguir, tratando de conservar los caballos mientras nos fuera posible, así que echando á andar, lo pasamos llegándonos el agua á penas á los piés, y una vez del otro lado, emprendimos la ascensión de una cuchilla, que aunque cubierta de bosque, tenía la ventaja de dirigirse al Sur, es decir, al Fagnano.

Dije que habíamos amanecido empapados y así continuamos. A la mojadura, hay que agregar el cansancio de las marchas anteriores y lo mal comidos que estábamos, pues todos, en el deseo de llegar cuanto antes al lago, habíamos preferido no desayunarnos con unas succulentas costillas de guanaco, que solían asomar en las alforjas del Dr. Lehmann Nitsche. Con esta advertencia el lector conoce nuestra situación, y ahora, puede seguirnos.

La lluvia continuaba fina y constante, envolviendo en brumas de plata las copas de los coibos y robles, de las que también caían gotas —y estas mojaban mejor, porque eran grandes y pesadas.

Sobre las rocas se extendía una gruesa capa de arcilla, en la que más que caminar, lo que hacíamos era patinar.

Sobre la arcilla, se asentaba una finísima capa de humus. La falda de la cuchilla era empinada y al clavar sus cascos los caballos, la capa esa, sin consistencia alguna, se deshacía y los pobres animales resbalaban á cada paso.

Como caerse y quedar apretado entre un caballo y un tronco debe ser poco agradable, tuvimos que apearnos y continuar á pié la ascensión pero la sierra no era alta y pronto la trepamos. Más, cuando llegamos á la cima, el bosque se hizo más tupido y no pudiendo continuar con los animales, resolvimos seguir á pie.

La lluvia continuaba.

La cima se corría á nuestro frente, en una sucesión de ondulaciones que nos parecían más causadoras aún.

A nuestra izquierda, se abría una profunda quebrada, en cuyo fondo, un torrente bullicioso, describiendo remolinos y saltos, enviando sus continuos rumores hasta la altura, se precipitaba serpenteando en dirección al río que cruzáramos un momento antes. Otros más reducidos, bajaban á él por las faldas de la quebrada, cuyas rocas de color gris azulado daban extraña fisionomía al paisaje.

Estas faldas, casi completamente á pique, presentaban el aspecto de profundos derrumbaderos, entre los que, en algunos puntos, solían crecer pequeños montecillos, expuestos á caer el día menos pensado.

El suelo fueguino, pronto iba á darnos una muestra curiosa de su originalidad.

• Había observado que en la altura, el calafate era abundante y me había reducido á tomar nota de ello, pero á renglón seguido, apunté en mi libreta: «es insoportable, odioso».

En aquel momento de la marcha, el filo del cerro se enangostaba bruscamente, viéndonos en la necesidad de pasar un trecho—relativamente corto, con precipicio á ambos lados y allí, cuando ya empezábamos á olvidar los turbales del llano, donde las aguas encontraban fácil salida por ambos lados y hubiéramos considerado imposible la formación de tan desagradable estorbo, nos veíamos precisados á pasar algo, sino peor, por lo menos, semejante.

En aquella altura, la mutilla se desarrollaba como en terreno propicio, alcanzando los matorrales una densidad y altura mayor de la hasta entonces observada, y entre ella, el calafate se enredaba y crecía formando una ramazón tupida, sobre la que inevitablemente nos veíamos obligados á pasar.

Y pasamos.—Pero cómo! Haciéndonos pedazos la ropa y las carnes, con las espinas de esta planta. Era un buen obsequio que la montaña nos daba, en esa marcha que nunca olvidaré.

Y la lluvia seguía, tenue y fría.

Mis compañeros estaban realmente cansados y cada trecho representaba un esfuerzo.

Hoyos y arroyuelos, en los que saltábamos ó nos metíamos; arbustos, piedras; el suelo hecho una alfombra resbalosa; vueltas, subidas, bajadas, todo esto rendía; y la selva, la selva sempiterna de coibos en que más de la mitad estaban derrumbados, tendidos á nuestro paso, obstáculos que había que franquear en una gimnasia intermitente, no muy fatigosa donde un solo tronco era el caído, pero sí, muchas veces un problema casi para las piernas que empezaban á flaquear, cuando eran cuatro, cinco, seis, tumbados unos sobre otros, fofos y falsos, bajo las botas que se enterraban en su madera, ya en pleno proceso de descomposición.

—Un esfuerzo más y llegamos al Fagnano!

—Vana esperanza . . . Allí mismo los árboles se separaban para mostrarnos al fondo, otra cadena; más alta, más larga aún, cubierta totalmente de árboles y á la que para llegar era necesario, antes, bajar la que pisábamos.

Esa cadena, pues, era indudablemente el cordón que costea la costa Norte del Fagnano.

—Llegar?—Imposible!

Ya apenas quedaban fuerzas para volver; no se podía abandonar los caballos que quedaron atados entre los árboles; los abrigos habían ido quedando en el camino y con los caballos estaban todas las provisiones.

¡Cómo nos habían engañado las montañas!

Todos nosotros, al salir, estábamos seguros de ver el gran lago desde esta cuchilla y sólo encontrábamos esa cadena enorme que se alzaba delante.

Sobre un tronco caído, nos sentamos en fila, á descansar.

Al llegar á este punto se ocurrirá preguntar porqué era mi empeño en llegar al Fagnano.

La respuesta, es sencilla.

Este lago está considerado como una de nuestras más hermosas joyas, por todos los que lo han podido ver, que son contados. Claro que, nosotros también, estando tan cerca, deseáramos visitarlo.

Existía, además de esto, un motivo mayor.

Estando la parte llana cubierta de robles, en su mayor parte inexplotables en el estado actual de la industria en el Sur, y extendiéndose los mejores montes en el interior, pero inexportables por la clase y extensión del terreno que es necesario recorrer para llegar á los puertos, no teniendo otra salida más económica que el Fagnano mismo, lo primordial; es conocer las facilidades con que las maderas pueden salir á las costas de dicho lago.

El viaje de mi predecesor Nordenskjöld, tuvo por uno de sus principales resultados, determinar la existencia de valle ó abra, que se extiende desde el Sur del lago Ch'eépel hasta el Fagnano mismo, lo cual, aunque no encontrado con el objeto con que yo buscaba las comunicaciones, establece claramente un camino fácil para la salida de las maderas, pero dada la longitud del lago, este no es suficiente, por lo que las salidas más al Oeste, ó sea, más próximas á la desembocadura del lago, beneficiando á la parte occidental del territorio, disminuyen el camino de su riqueza.

Era esta la principal razón.

—Volvamos?

—Sí, pero antes quiero hacer constar una observación.

Muchos de los mapas argentinos de Tierra del Fuego, traen escrita —sobre el lugar que estamos pisando, esta anotación: «Montañas y bosques, casi impenetrables...» Como Vds. ven, esto es perfectamente accesible. Si nosotros no llegamos al Fagnano, no ha sido por culpa de la naturaleza, sino de la mojadura que desde ayer tenemos encima. Hemos hecho la parte más penosa en estación muy avanzada, pero la hemos hecho. Volvemos, precisamente, desde el punto en que el camino empieza á hacerse más fácil, pues que ahora baja. Sin embargo, hemos elegido la parte más difícil. También, cuando se hagan á un lado los árboles caídos

y esto esté transitado, las marchas por aquí, no tendrán nada de dificultosas.

Como se ve, las maderas pueden salir por las cuchillas de los cerros, por las quebradas y los valles.

Desde el cerro Hedición hasta donde nos encontramos, otro podrá llegar fácilmente en dos días, tres á lo más—y hasta con cargueros, si ha cesado unos días de llover. (*)

Ahora, ya podemos regresar.

—¡Sin ver el Fagnano! ¡Haber llegado tan cerca!—También yo me sentía mortificado. Por entre los árboles, llegaba hasta nosotros un rumor lejano... como de agua...

—Quizá el lago no está lejos, se siente como ruido de olas...

—Quizá—dijo el indio—es el viento entre los árboles de las otras montañas.

Y emprendimos la marcha de regreso, con la esperanza perdida de llegar por allí al Fagnano, pero, como siempre la desgracia de los demás es un consuelo, volvíamos recordando que otras expediciones tampoco habían llegado por esta dirección y que éramos nosotros, hasta la fecha, de los pocos que por allí, se internaron.

Al cruzar el río nuevamente y que quedaba anotado en nuestro mapa, lo llamé Río General Cerri, recordando al jefe del ejército argentino, cuya vida ha sido y es como este río, que empezando por un hilo en las faldas de la montaña, avanza cada vez más grande y torrencioso, pero llevando siempre en su carrera, aguas cristalinas.

(*) Hicimos la marcha por lo alto del cerro, siguiendo un rastro bien claro de indios y guanícos, que por muy gastado, indica la frecuencia con que se le recorre.

ÍNDICE

	<u>Página</u>
INTRODUCCIÓN	3
CAPÍTULO I. — HISTORIA Y BIBLIOGRAFÍA.	
Descubrimientos y exploraciones de los españoles, portugueses, holandeses é ingleses.—Los viajeros modernos.—King, Fitz Roy y Darwin, Bover, Poppe, La Romanche, Lahille, Gallardo, Nordenskjöld y Payró, la South American Missionary Society y sus miembros.—Ushuaia y Río Grande.....	5
CAPÍTULO II. —	
Las montañas.—El Sarmiento.—Los lagos Fagnano, Jhin y Ch'éépel.—Equivocaciones geográficas.—La nomenclatura de los ríos.—Los ríos Cullen, San Martín, Carmen Silva, Grande, Turba, Menendez, del Fuego, Ewan, Irigoyen, López, Cerri y Yofre	21
CAPÍTULO III. — FLORA Y FAUNA.	
Distribución del monte.—Tamaños y densidad.—El Fagus antártica y el Senecio.—El zorro, guanaco y coruro.....	35
CAPÍTULO IV. — POBLACIÓN.	
Extranjeros y argentinos. — Los puntos poblados. — Los Onas.—La vida del Ona y sus costumbres	46
CAPÍTULO V. —	
La Misión Salesiana de la Candelaria.—Río Grande.—Río del Fuego.....	63
CAPÍTULO VI. —	
Salida de Río del Fuego.—La llanura sin árboles y el codo de Río del Fuego.—Un error de Nordenskjöld.—Los coruros.—El curso del Río del Fuego.—Los turbales y la mutilla.—Las Lagunas Suecas.—El Lago Ch'éépel.—El bosque de coibos.....	74
CAPÍTULO VII. —	
El Cerro Hedición.—Marcha del Fagnano.—Río Cerri	86

SECCIÓN	31
ESTANTE.	1